

VILLA de MADRID



Sumario

Más Casa de Campo, por ANTONIO
IZQUIERDO.

*Este Madrid de todos y ese Madrid
de Juan Esplandú*, por RAMÓN
FARALDO.

El Tranvía, por ENRIQUE PASTOR
MATEOS.

*En memoria de D. Camilo Alonso
Vega*, por LUIS RODRÍGUEZ DE
MIGUEL.

Puerta - 71, por TOMÁS BORRÁS.

La Tela, por C. R. P.

*De la playa de Recoletos a la Mari-
blanca*, por ANTONIO DÍAZ-CAÑA-
BATE.

La reforma del viejo casco urbano,
por MANUEL MARLASCA PÉREZ.

La mesa en el Madrid romántico,
por JOAQUÍN DE ENTRAMBASAGUAS.

La Posada del Peine, por CARMEN
RUBIO PARDOS.

*Cultura y juerga matritenses (1906-
1931)*, por FEDERICO CARLOS SÁINZ
DE ROBLES.

*La Plaza de Toros y el mirador de la
Villa de Madrid, sitios en la Huerta
de la Priora*, por AGUSTÍN GÓMEZ
IGLESIAS.

*Breve perfil de un madrileño: Pedro
de Répide y noticia de una confe-
rencia*, por JUAN SAMPELAYO

*La aportación de Madrid a la litera-
tura española*, por PEDRO DE RÉ-
PIDE.

El cementerio de El Pardo, por
MARIO GONZÁLEZ MOLINA.

Fotos: SUMMER - SAN ANTONIO.

CONTRERAS - ORONÓZ.

PAISAJES ESPAÑOLES.

Ilustraciones: ESPLANDÚ,

GOÑI,

RICORD.

Depósito legal: M. 4.194-1959

PUEYO, Artes Gráficas.—Luna, 27 Madrid

VILLA *de* MADRID

R E V I S T A D E L E X C M O . A Y U N T A M I E N T O

DELEGACION DE EDUCACION

DIRECTOR:

R U F O G A M A Z O R I C O

REDACCION Y ADMINISTRACION:

P L A Z A D E L A V I L L A

Telefonos: Dirección, 248 62 29;

Administración, 248 01 29

PRECIO POR EJEMPLAR: 70 PESETAS

SUSCRIPCIONES

Año: 280 pesetas

M A D R I D

AÑO VIII

NUM. 32

Ayuntamiento de Madrid

VILLA

de

MADRID

MAS CASA DE CAMPO

Por ANTONIO IZQUIERDO

La previsión de Felipe II al ordenar la formación de un bosque—1566—junto a la villa de Madrid, alcanza nuestros días. La finca tiene su origen y su nombre en esa real disposición que ampliaría el propio Felipe II al ordenar desde Bruselas a su secretario, Juan Vázquez, «que puesto de acuerdo con Gaspar Vega, adquiriese por un precio moderado la posesión titulada Casa de Campo de los Vargas, situada en la otra parte del Manzanares y contigua al sitio que fue elegido para formar el bosque».

La previsión de Felipe II, como digo, alcanza nuestros días. La Casa de Campo es ya un elemento insustituible en el conjunto urbano de Madrid. Entiendo que la antigua finca de la Corona cobra su sentido popular—en el más noble y digno concepto de la palabra—en los tiempos de la alcaldía de don Pedro Rico, durante la segunda República. Hasta ese instante, la enorme finca es un coto de disfrute minoritario, al que se accede mediante la formulación de determinados requisitos. Desde aquellos momentos, en medio de unos u otros avatares, la Casa de Campo es un dominio público o una conquista irreversible.

En 1939, con la Constitución de la fugaz y trágica segunda República, quedan abolidas todas las disposiciones legales establecidas en orden a la finca. Pero la Casa de Campo sigue siendo una conquista popular, tal vez porque durante los años de la contienda fue campo de Marte. En la altiplanicie del Garabitas ganó la Medalla Militar individual un oficial joven que años adelante sería alcalde de la capital de España y que defendería el gran parque forestal con pasión frente a las apetencias concitadas para la ampliación de una de las segregaciones de la Casa de Campo. Me refiero, ya lo sabéis, al conde de Mayalde.

La guerra sembró la finca no sólo de dolor, sino de riesgos; riesgos que permanecerían durante mucho tiempo y que limitarían, inevitablemente, el dominio vecinal de aquellos terrenos. El Estado español que nació

de la empresa militar y política del 18 de julio de 1936 derogó la Constitución republicana, pero mantuvo abierta la Casa de Campo al vecindario. En 1963, al serle otorgada a Madrid la Ley de Régimen Especial, el Gobierno, consciente de la función urbana que ejerce la antigua finca de la Corona y consciente, a la vez, de lo que esa finca significa en el instinto de los madrileños, la cede en pleno dominio al vecindario, sin que el Ayuntamiento pueda enajenarla, parcelarla o destinarla a otros fines.

La rotundidad de ese texto, sancionado favorablemente por las Cortes Españolas, puso sobre el tapete una cuestión importante y delicada: las cesiones existentes en favor de entidades privadas, ya que la ley reconoce sólo las cesiones hechas en favor del Ministerio de Agricultura y de la Organización Sindical. La Ley de Régimen Especial desvanecía, a la vez, aquella ilusoria pretensión de sumar a una de esas parcelaciones nuevos polígonos del parque. La Casa de la Villa ha reivindicado la integridad total de la finca, pero ha tenido que aceptar fórmulas administrativas que fueron sancionadas por Ayuntamientos anteriores.

En 1971, cuando ya el debate de la reintegración a la Casa de Campo de aquellas parcelas segregadas en 1941 se desvanecía en las columnas de los periódicos, la alcaldía de Arias Navarro planteó, a propuesta de la Gerencia Municipal de Urbanismo, la ampliación de la finca. La actitud del Ayuntamiento ha sido resuelta e inteligente, aunque difícil, porque sobre los terrenos elegidos para esa ampliación existían previsiones especulativas, que había que combatir. En la historia de Madrid habrá que registrar, con el rigor y la solemnidad de los grandes acontecimientos, la reunión del Área Metropolitana en que fue debatida la pretensión municipal elevada a ese organismo en 1969.

Habrà que registrar también, sin merma del honor que merecen los ejecutores y defensores de esa propuesta, que pocas veces ha estado el Ayuntamiento de Madrid tan respaldado por el vecindario y por los medios de comunicación. Con rigurosa unanimidad, los periódicos adoptaron una postura beligerante en defensa de la ampliación. Alguna vez he dicho que cualquier operación que pretenda ejecutarse en favor de la Casa de Campo contará con ese respaldo; del mismo modo, Madrid será unánime en rechazar cualquier gestión que trate de mutilarla o de evitar que aquellas zonas reivindicadas para su integridad se desvanezcan en manipulaciones administrativas más o menos legales.

La alcaldía de Arias Navarro ha tutelado la finca con esmero: ha abierto en ella polos de atracción y penetración, la ha mejorado. Con su desarrollo culmina una etapa de protección a la Casa de Campo que no encuentra fáciles antecedentes.

A. I.

ESTE MADRID DE TODOS Y ESE MADRID DE JUAN ESPLANDIU

Por RAMON FARALDO



Calle de Segovia.

Si Sevilla habla más que escucha y Barcelona escucha tanto como habla, Madrid escucha, habla y, sobre todo, mira. Especialmente mira; vive con los ojos, de ellos y para ellos. Madrid está en la mirada de sus transeúntes, de quienes ejercen el oficio de mirantes desde balcones, quicios, asientos, terrazas. En el largo

y cálido verano, las mesas de cafés y restaurantes suelen disponerse haciendo pasillo en la acera, de forma que quien debe atravesarlo lo hace entre un doble frente de ojos que ejercen una benévola fiscalización. Para gente demasiado desenvuelta o demasiado tímida, este Rubicón estival es causa de intimidaciones y



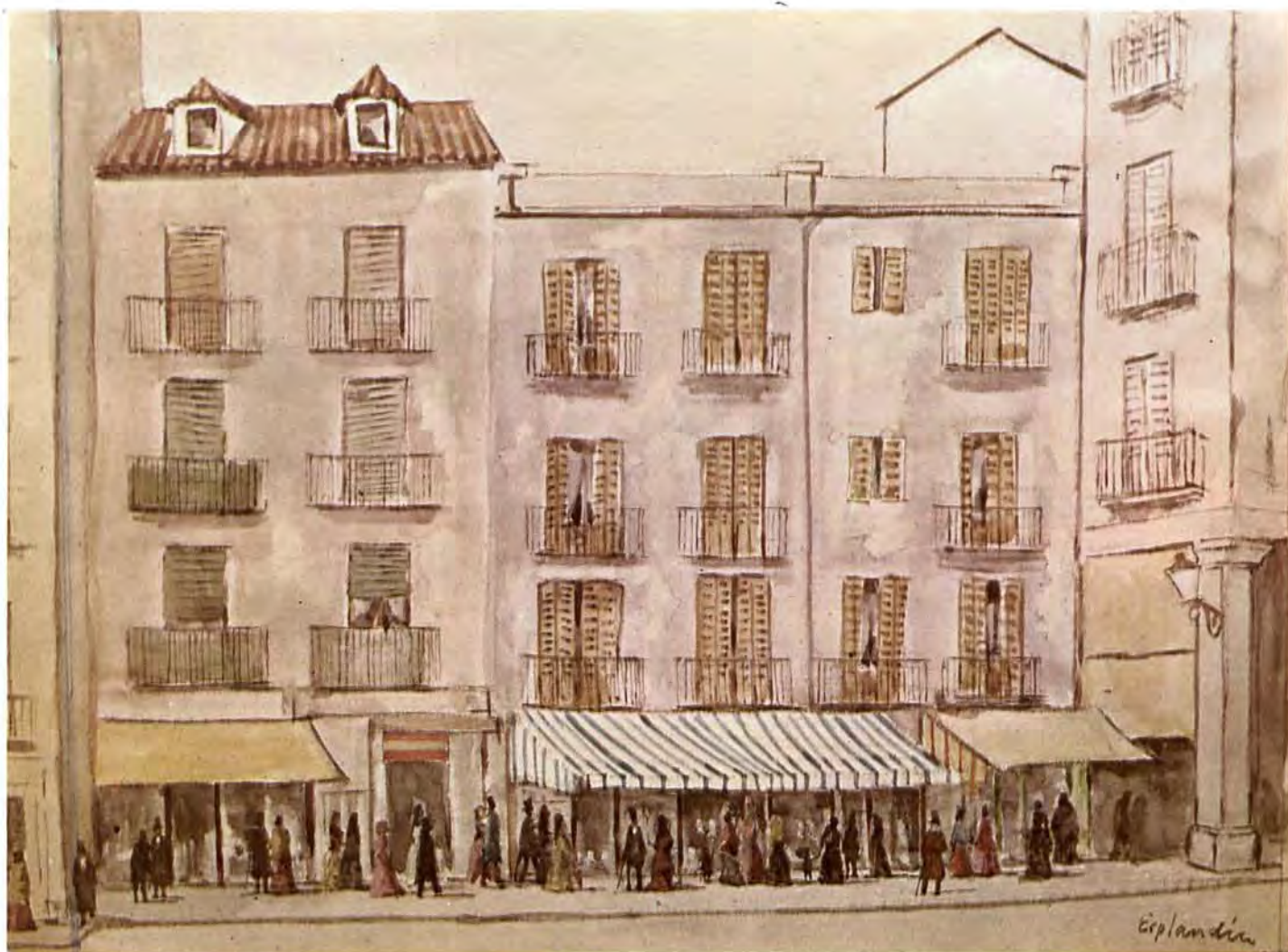
Puerta del Sol.

arrogancias, de arrugamientos y estiramientos inesperados. Madrid necesita ver para creer, o quizá al contrario: necesita que le vean para ser como es. Los madrileños se echan a la calle «a ver qué pasa». No hace falta que pase nada; les hace falta «ver». Tal vez porque la visualización es barata, pasiva y no ocupa sitio, circunstancia que los tiempos nuevos ha hecho decisiva.

Los hombres que practican alguna de las artes visuales no tienen la vida cómoda en este ambiente de visualizadores y visualizadoras proverbiales, esto es, de competidores espontáneos, aunque entrenados cívica y físicamente. Hay que provocar su adhesión haciéndoles ver lo poco que ellos desaperciben, revelándoles intimidades o secretos demasiado sutiles para sus ojos, operando y probando que la operación lineal, colorista o estatuaría es geométrica, poética y socialmente exacta. Que lo que ven estampado o plasmado dice la verdad. Que ellos son quienes son, y el artista es quien es.

Juan Esplandíu, dibujante, pintor, imaginero a dos dimensiones, firmante de una obra que en gran parte

alude documentalmente a Madrid, ha ganado un nombre y un lugar en la tradición plástica de la capital. Sus hallazgos en este orden poseen un acento, una cadencia, una locuacidad propia, además de la propiedad descriptiva. Esplandíu es siempre él, además de ser el asunto, tipo, tono otoñal o veraniego, festivo o diario, soledad o gentío, arrabal o corazón, interior o intemperie de esta urbe. Esplandíu puede trazarlo todo, reinventarlo todo, con la certeza de que por sus reinvisiones circulará aire del Guadarrama, olores atmosféricos y ambientales que ricamente da el secano urbanizado a la redonda del Palacio de Oriente, percepciones de seres, sucesos y expectativas cuya hora marca y divulga el reloj orquestal de Correos, la esfera ritual del de Gobernación o alguna de las campanas que rigen o pretenden regir barrios y distritos del mismo Ayuntamiento: campanas de San Antón y San Lorenzo, del Carmen y San Andrés, de Góngoras y Descalzas Reales, inflexiblemente ligadas a una historia o a una crónica, a una fecha o conmemoración que, referidas a Madrid, siguen en activo sin melancolía y sin añoranza. Madrid es acaso el núcleo urbanístico europeo más reacto a la morbidez de lo que



Calle de Toledo.

fue, a la complacencia en su antaño o en su ayer. La capital vive hoy, para hoy, desde hoy y con hoy; las reminiscencias se incorporan a su actualidad y constituyen actualidad, como la Torre de Madrid, los espolones polémicos e interminados de la plaza de Colón, los rascacielos del acceso Norte, ciudad deportiva, nuevos bloques populares y viejas acacias del Retiro.

Por extraña casualidad, Juan Esplandiu es quizá el único transcriptor colorista de la Villa que ha mantenido y mantiene un flúido nostálgico, una impregnación legendaria alusiva a otro tiempo. Por cierto, ¿a qué tiempo? A Esplandiu le sobra viveza para temporalizarse en el romanticismo, a la manera de Larra; en el naturalismo un tanto aséptico de Galdós o en la realística acidez de Baroja. Tampoco, documentándolo en el archivo plástico local, puede referirse al primer o al descaro goyesco, al claroscuro tenebrista de Lucas o Alenza, al pesimismo solanesco o a la euforia elegantemente pavonada de Aureliano de Beruete. Tampoco cabe en el poderoso radio de Francisco Sancha, extraordinario y veraz creador del Madrid de Sancha. Juan Esplandiu no es alineable en estas filas

ilustres, y actúa al margen de ellas, como un francotirador apostado en una torre o mejor confundido con la gente, vestido de gente por fuera y de poeta por dentro, agregando su Madrid particular al Madrid general.

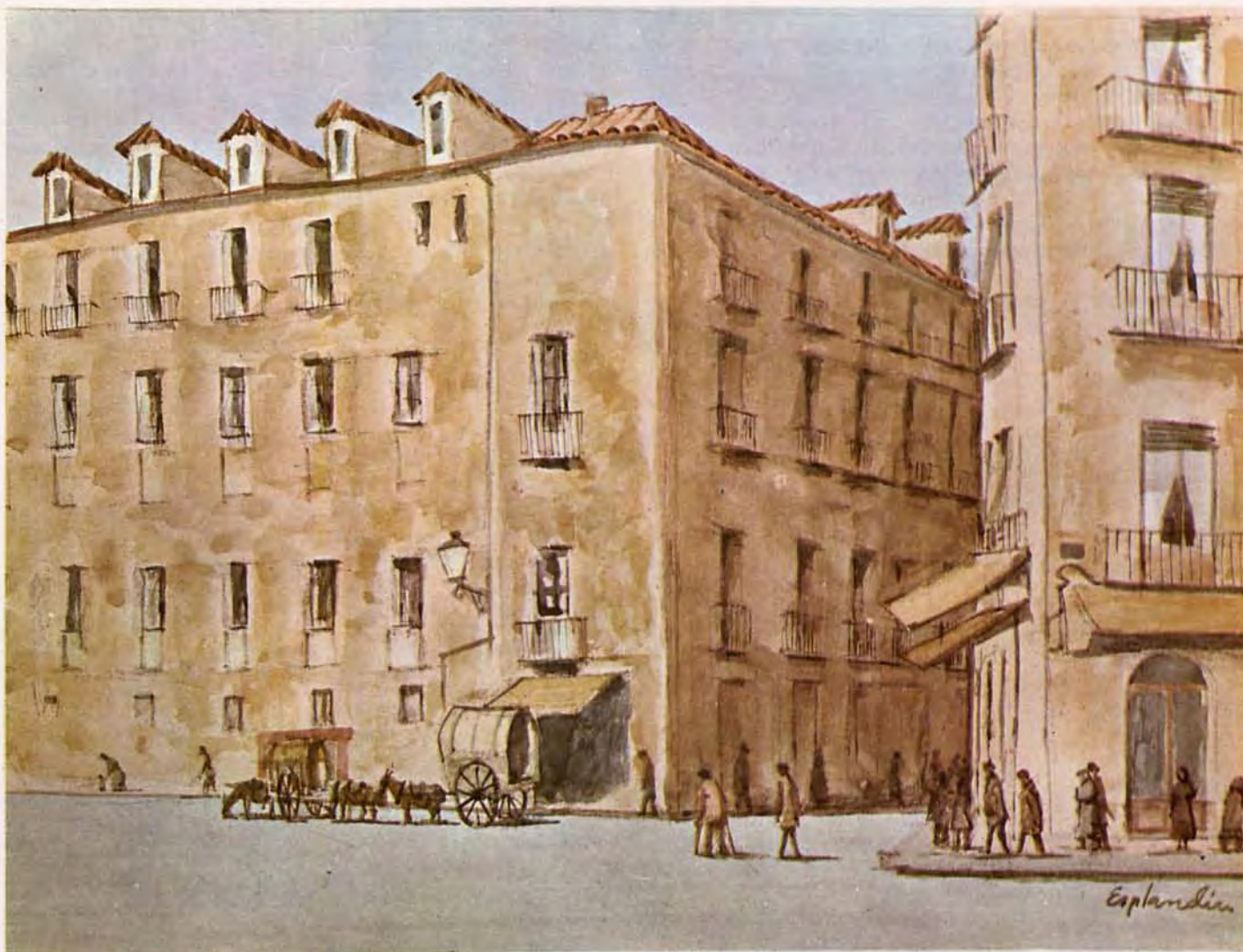
Personalmente opino que hay en Esplandiu, además de un humanizador de principios geométricos y arquitectónicos, un psicólogo a golpe de vista, un Proust más que un Freud, facultado para resumir la biografía de cualquier desconocido sentado en una mesa aislada del café, de una pareja que se aleja entre árboles o esquinas, de un grupo humano con gentes mayores, menudas, perros, bicicletas, protagonistas, curiosos, enverjados, balcones expectantes, pavimentados viejos, viejos azules, dorados juveniles y ocre sin edad. En ese del café, en esos de la tertulia, en quienes pasan de largo o coinciden en torno a un vendedor ambulante, Esplandiu reconoce al provinciano llegado a Madrid para ser alguien y resignado luego a ser uno más, con su provincianismo rezumante bajo la compostura raidamente impecable de la capital. El substrato provinciano, que no ha hecho a



Las Ventas.

Plaza del Cordón.





Plaza de
Segovia Nueva.



La vuelta
de la busca.

Madrid, pero sin el cual Madrid no sería como es, mitad rompeolas, mitad castillo famoso, agitado como un conglomerado de ferias regionales, desamparado otras como la aurora de sus serenos: esa resaca de flotación comarcal y asimilación cosmopolita. La voracidad de calles violentamente usadas o infinitamente olvidadas. La yuxtaposición, ya muy débil, de risueña horteroocracia, y grave funcionarismo y «élite» familiar, todos estos infiltrados del cuerpo y el espíritu madrileños se hallan presentes, tácitamente presentes, en las versiones plástico-neurológicas de Esplandíu.

Ciertamente, el adagio itinerante «de Madrid al cielo» no es desmentido por el pintor, pero no le basta. En sus paisajes capitalicios, Madrid se deja ver como tierra abierta a todos, de acceso fácil, de permanencia menos fácil, de ilusión eternamente viva en quienes lo sueñan desde lejos, y eternamente esperanzada en quienes lo disfrutan desde dentro. Esas cantidades de ilusión, esperanza, llegar, permanecer, mejorar en efectivo o en pasivo, hablar de lo mismo criticando o celebrando lo mismo. Incluso esa última fibra de aburrimiento o tedio oculta bajo una euforia de escape, luces neón, vehículos, tumultuosidad dominguera,

se hallan al frente o al envés de la obra firmada por Juan Esplandíu, madrileño en sus colores, en sus esquemas, en sus cuadros, en sus ilustraciones, en todo lo que de Madrid ve cualquiera y en lo que sólo ve él, bondadosamente por cierto.

La obra ilustrativa y no ilustrativa de Esplandíu continúa en activo. Madrid no es quizás como fue, pero sigue siendo Madrid. La luz, el ámbito, la tonalidad de sus innovaciones sigue identificándole como villa y corte, sigue haciendo su permanencia y su magnética atracción. Todavía, buscando entre las gentes más o menos jóvenes, más o menos nuevas, pueden encontrarse los tipos y los ámbitos que el pincel o la pluma de Esplandíu descubrieron. Hay, pues, motivos para suponer que la vivacidad del pintor continuara mostrándonos lo vivaz, lo melancólico, el ayer que es hoy y el hoy que ya es mañana. El reloj de Gobernación sigue siendo reloj y señalando la hora. Afortunadamente, todavía no le han agregado un calendario, como a otros relojes. Afortunadamente, la hora que suena sonó igual hace unos años y, es probable, seguirá sonando igual, pase lo que pase.

R. F.



Jugando al cané en la pradera de San Isidro.

EL TRANVIA

Por ENRIQUE PASTOR MATEOS



Ayer se ha verificado la inauguración del tran-vía de Madrid. Esta línea que parte del extremo del barrio de Salamanca para ir hasta el barrio de Argüelles, se inauguró ayer en toda la parte terminada, desde la Puerta del Sol hasta lo último del barrio de Salamanca. En la Puerta del Sol esperaban a los convidados, a las once y media, seis preciosos y cómodos coches, tirados por tres caballos, que condujeron a los convidados hasta el punto antes indicado. Allí se sirvió un espléndido almuerzo, servido por el fondista Lhardy, y al que han asistido cerca de 200 personas. Entre éstas figuraban muchos hombres importantes del comercio, la industria y la ciencia, representantes de la Prensa, políticos eminentes, extranjeros interesados en empresas industriales planteadas en España y comisiones de las corporaciones populares. Presidía el señor González Vallarino, abogado consultor de la empresa del tran-vía, y a su derecha se sentaba el gobernador, a la izquierda, el alcalde popular, y a uno y otro lado, el capitán general de Castilla la Nueva, señor Bassols, y varios individuos del Ayuntamiento y de la Diputación Provincial.

La mesa formaba una extensa herradura y estaba con mucho gusto adornada y colocada en el espacioso local que ha de servir de depósito de carruajes. Las paredes de éste estaban tapizadas con los colores nacionales y adornadas con guirnaldas, escudos de armas y banderas españolas e inglesas.

A la hora de los brindis los inauguró el señor González Vallarino y a éste siguió el señor gobernador, que habló de la concordia de los partidos como medio de prosperidad y brindó por don José de Salamanca, a quien tanto debe la industria; después, el señor Salamanca, que dio las gracias e hizo un justo alarde de sus sentimientos patrióticos, hablaron el señor Pellón y Rodríguez y el señor Albareda, éste a nombre del señor Olózaga que había tenido que retirarse; el señor Galdo que estuvo siempre modesto, elocuente, patriótico y oportuno; el capitán general que se hizo

intérprete de los sentimientos del ejército a favor del progreso y desarrollo de la industria; el ingeniero inglés don Carlos Ross, tan estimado ya entre nosotros, que en correcto castellano dijo frases galantes, elocuentes y muy discretas; el señor Campo, que brindó por las clases obreras; el señor Villabrille y el ingeniero inspector, señor Barrón.

La empresa merece bien del vecindario de Madrid, por la mejora que ha introducido, y es digna de que sus esfuerzos obtengan resultados prósperos, que indudablemente han de redundar en provecho de la población, mucho más el día en que se extienda su vía a otros radios de la capital.

La línea fue proyectada por don Daniel O'Ryan, que obtuvo permiso para estudiarla. Los estudios se hicieron bajo la dirección del ingeniero don Carlos Ross. La concesión fue obtenida por don Domingo Trigo. Todos los tres quedaron como únicos socios concesionarios.

La casa que ha formado la empresa es la de los señores Ashers Morris y Compañía de Londres.

El ingeniero constructor se llama Mr. Henry Gore.

Hoy se abre a la explotación la línea desde la Puerta del Sol al extremo del barrio de Salamanca y, según parece, dentro de pocos días la empresa pondrá en servicio coches de verano no menos lujosos y cómodos que los actuales.

La inauguración del tran-vía de Madrid tiene gran importancia, porque prueba que el capital inglés tiene confianza en la consolidación de la tranquilidad de España.

La misma casa inglesa de Ashers Morris y Compañía, que ha formado la empresa para el tran-vía de Madrid, va a construir un ramal de ferrocarril que desde Basbastro irá a empalmar en Selgua con la vía férrea de Zaragoza a Barcelona.

(«El Imparcial», núm. 1.448. 1 de junio de 1871.)

El día 31 de mayo de 1871, pronto hará un siglo, circuló por vez primera en Madrid un tranvía. Los madrileños hubieron de contemplarlo con asombro, y eso que la única novedad importante la constituían los raíles por donde discurría el pesado carruaje, puesto que los caballos que servían de tiro era la tracción habitual en la época. Mayor sorpresa causaría años más tarde la aparición del primer tranvía eléctrico que, para mayor espectacularidad, surgió coronado de chispas por defecto de acoplamiento del trole.

Este acontecimiento, aparte de la novedad y de la relativa sorpresa, iba a ser de gran trascendencia para nuestra Villa y Corte. Con él se iniciaba el establecimiento de un sistema, el primero, estable y duradero de transportes públicos, factor indispensable para el crecimiento material de la urbe.

LOS TRANSPORTES URBANOS

A lo largo de todo el siglo XIX había sido éste, problema básico,

en todas las grandes ciudades del mundo. Existía el omnibus, es decir, el coche de caballos de gran capacidad destinado a dar servicio, como ya su nombre indica, a todo el mundo, pero el problema era de organización: establecer líneas regulares de recorrido fijo, bien servidas y a precios económicos.

París, ese París de prestigio inigualable en donde se miraban por entonces todas las ciudades, después de varios intentos y consiguientes fracasos lo había conseguido en tiempos de la Restauración, mucho antes de que Haussmann realizara sus grandes reformas.

En Madrid en cambio, sólo podemos hablar de ensayos, tímidos cuando no frustrados. Don Angel Fernández de los Ríos, en su inestimable guía, nos informa ampliamente sobre la cuestión y viene a decirnos, en resumen, que Madrid pasó tres décadas discutiendo su conveniencia cuando ya los omnibus circulaban por París, y que, aparte algún curioso antecedente,

llegó a 1856 sin poner en práctica la inevitable decisión.

En esta fecha todo estaba preparado para que Madrid tuviera al fin el transporte público que tanto necesitaba, pero la empresa fracasó antes de iniciar sus actividades y hubo de esperarse nueve años para reproducir el intento al que pronto iba a seguir de nuevo el fracaso.

Así pues, cuando apareció el tranvía vino éste a resolver tan árdua cuestión y habría de constituir la base de todos los planes de expansión de Madrid, que durante varios decenios estará ligada a la extensión de su red tranviaria.

EL TRANVIA

No es fácil reconstruir la historia del tranvía. Parece que en la segunda década del siglo XIX, en una mina del País de Gales, se les ocurrió construir unos raíles de madera y hacer deslizar por ellos un carromato. Era la primera idea, pero habían de pasar varios lustros hasta que el francés Loubat inventase

el rail plano de acero, con lo cual se lograba una estabilidad, una resistencia y una velocidad hasta entonces no conseguidas.

Su aplicación al transporte de viajeros dentro de una ciudad se realizó por vez primera en New York, a mediados de siglo y durante veinte años fue abriéndose paso lentamente en las principales ciudades europeas. La primera concesión en París es de 1854, pero en 1873 aún no se había generalizado el sistema. En 1860 empiezan a circular por Londres. En 1865, en Berlín. Madrid llegaba con sensible retraso, aunque no excesivo.

Por otra parte, los tranvías de Madrid no eran los primeros en España. Las autoridades públicas se habían ya ocupado de ello promulgando una ley el 5 de junio de 1859, cuando aún no circulaba ninguno por nuestra geografía. Correspondía inaugurar el nuevo sistema de transporte a uno que circuló, desde 1861 entre Carcagente y Gandía. Por las mismas fechas que la capital, Barcelona estrenaba también su primer tranvía.

Mientras tanto, una cuestión babilónica preocupó a los españoles. ¿Cómo habían de llamar a ese artefacto al que sus inventores los ingleses habían bautizado con el nombre de tranway?, palabra para ellos sumamente expresiva, para nosotros provista del encanto de lo exótico y misterioso.

Hasta llegar a la actual expresión no dejó de haber vacilaciones, que se reflejan en grafías provisionales, como *tramvía*, *tram-vía* y *tran-vía*; pero la más curiosa y divertida controversia se produjo en torno al género gramatical de la palabra. El recién nacido ¿era masculino o femenino? ¿Era el tranvía o la tranvía? Algún arranque viril debió observarse en el recién estrenado artefacto, pues hubo de prevalecer el signo de la masculinidad.

LA PRIMERA CONCESION

Un suelto publicado en los días de la inauguración en uno de los periódicos de la Corte, resume de esta forma sus antecedentes: «La línea del ferro-carril, ayer inaugura-



do fue proyectada por don Daniel O'Ryan, que en agosto de 1865 obtuvo permiso para estudiarla. Los estudios se hicieron bajo la dirección del ingeniero don Carlos Ross. La concesión la alcanzó don José Domingo Trigo. Todos tres quedaron de únicos socios concesionarios. La casa que ha formado la empresa es la de los señores Asher-Morris y Compañía, de Londres. El ingeniero constructor se llama don Henry Gore».

La concesión, en efecto, se había firmado el 11 de diciembre de 1869, pero el 6 de agosto de 1870 don José Domingo Trigo, primitivo concesionario, la cedía a Mr. William Morris y el 23 de diciembre de 1872 se constituía «The Madrid Street Tramway Company Limited», que conocida con el nombre de «Compañía del Tranvía de Madrid» iba

a realizar la explotación durante casi treinta años. Estos datos son suficientemente elocuentes para revelarnos el origen de la financiación de esta importante empresa madrileña.

Esta inició su servicio con 24 coches y 120 caballos, dato que le debemos a Fernández de los Ríos, que cinco años más tarde se quejaba de que «el tranvía de Madrid ha reemplazado los tiros que comenzó a usar con caballos escuálidos, de poco valor y fuerza, destinados a la plaza de toros y emparejados con mulas, para mejor efecto estético del tronco: los coches nuevos son infinitamente peores, en todos conceptos que los antiguos y, aunque retirados los del imperial, ni unos ni otros son como los de Inglaterra para conducir 46 viajeros, ni como los de Francia para llevar 54,

ha abusado empaquetando frecuentemente ese número. La autoridad ha puesto coto al desorden, pero la empresa da lugar a otro no menor, permitiendo que, por no repartir números, los viajeros se apoderen por asalto de los 16 asientos reglamentarios».

HACIA EL PRIMER REGLAMENTO

Sobre el funcionamiento de los tranvías de Madrid, en los primeros tiempos, resultan, además, sumamente reveladoras estas tres noticias de muy diversa índole.

El 10 de noviembre de 1871 don Antonio Gómez, comisario de Carruajes, elevaba al Excmo. señor alcalde, primer presidente del Ayuntamiento, un largo oficio en el que daba cuenta de los «abusos», «re-



petidas quejas» y «justas y reiteradas reclamaciones de los particulares y de la prensa». Reconocía el señor Gómez que habiendo reclamado el pliego de condiciones de la concesión y leído detenidamente «la empresa estaba en su derecho al admitir dentro y fuera de los coches, no sólo los 18 asientos que anunciaban, sino cuantos cupieran de pie, pudiendo asimismo pararse en cualquier punto, marchar con la velocidad que les conviniera, interrumpir el servicio, prestarle con cualquier intervalo, con el número de coches juntos o separados que estimaran y exigir cualquier precio por los asientos».

De todas formas, el diligente señor Gómez había decidido hacer valer el peso de su autoridad para que sólo utilizasen los carruajes el número de viajeros que correspondían a la capacidad del mismo. Pero su intervención no fue afortunada. La empresa declinó su responsabilidad achacando a los cobradores el abuso. Este había continuado, no obstante, denuncias y multas y como curioso remate de este forcejeo, los mismos coches que ostentaban la víspera un anuncio de 18 asientos, aparecieron un día anunciando 24 «yendo de pie y aun fuera del coche los que no pueden alcanzar un pedazo de asiento», graciosa expresión incrustada en la prosa administrativa.

A este diligente comisario hay que atribuir el primer intento de reglamentar el servicio de tranvías en Madrid. Fueron redactadas unas bases en las que se establecían horarios y tarifas, a los empleados se les exigía el uso de uniforme y tanto a éstos como a los viajeros se les prescribían determinadas reglas de conducta. Estaban previstas paradas reglamentarias, concretamente en la Puerta del Sol y una incipiente señalización que comprendía, entre otros, el cartel de «completo».

No sabemos cuál fue el resultado de estas gestiones, pero cabe suponer que la actividad de este enérgico comisario, enérgico e impaciente, puesto que el día 16 reproducía su escrito del 10 en términos aún más perentorios, hubo de verse anulada por una serie de inhibiciones, incomparecencias y silencios. Sería, como todo precursor, voz que clama en el desierto.

Curioso colofón de estas actuaciones fue el nombramiento de un comisario del tranvía, cargo que recayó en don Rufino Gutiérrez, hombre indiscutiblemente honesto, ya que renunciaba al poco tiempo, con fecha 28 de febrero de 1872, en oficio que puede considerarse modelo de probidad política y que se inicia con estas palabras: «Estudiada por mi la Comisaría de la Trambía (obsérvese que el señor Gutiérrez era partidario de considerar femenino a este carruaje y revolucionario en cuestiones ortográficas) en que fui honrado por V. E. y no siéndome posible establecer en ella las reformas que se consideren necesarias para que el servicio se haga con regularidad...»

Es decir, que antes de transcurrido el año de que los tranvías circularan por Madrid, no sólo eran patentes los abusos, y objeto éstos de continua lamentación, sino que dos personas de muy diverso carácter, pero con demostrado interés, habían fracasado en la tarea de poner orden en este servicio.

El primer reglamento que conocemos fue acordado por el Excmo. Ayuntamiento, en sesión de 11 de noviembre de 1875, y aprobado por el Excmo. señor gobernador de la provincia en 20 de abril de 1876 y publicado el 17 de junio siguiente por el alcalde presidente. Quedan fuera de su alcance cuestiones tan importantes como las tarifas. Sin embargo, hemos de reconocer que se establecen en él, lo que en el futuro han de ser las características del servicio.

MONOPOLIO EN LOS TRANVIAS

El 7 de mayo de 1878 pedía el gobernador civil de la provincia al alcalde de Madrid que diera las órdenes oportunas para que «cuando los mencionados carruajes (los tranvías) lleguen a la Puerta del Sol y demás puntos de parada, la bajada se efectúe por un lado de las plataformas y la subida por otro». La medida parece irrelevante, resultado tan sólo de una continuada experiencia y de una elemental perspicacia, ya que de esta forma se ganaría en rapidez al desalojar los coches y, por lo tanto, en el servicio en general. Pero no eran las prisas, no muy grandes, lo que

motivaban estas providenciales medidas. El interés que ofrece el oficio del señor gobernador está precisamente en la justificación de su medida, ya que, según manifiesta, es escandaloso el número de relojes que desaparecen en el trance de subir y bajar al tranvía en «esas confusiones de viajeros, a beneficio de los cuales encuentran los llamados timadores y rateros, ocasión fácil para realizar sus fechorías». Vienen a nuestra memoria los «ratas» de la Gran Vía, que unos años más tarde iban a cantar:

¡Vivan las cadenas...!
si parecen buenas
y son de reloj.

Y a continuación:

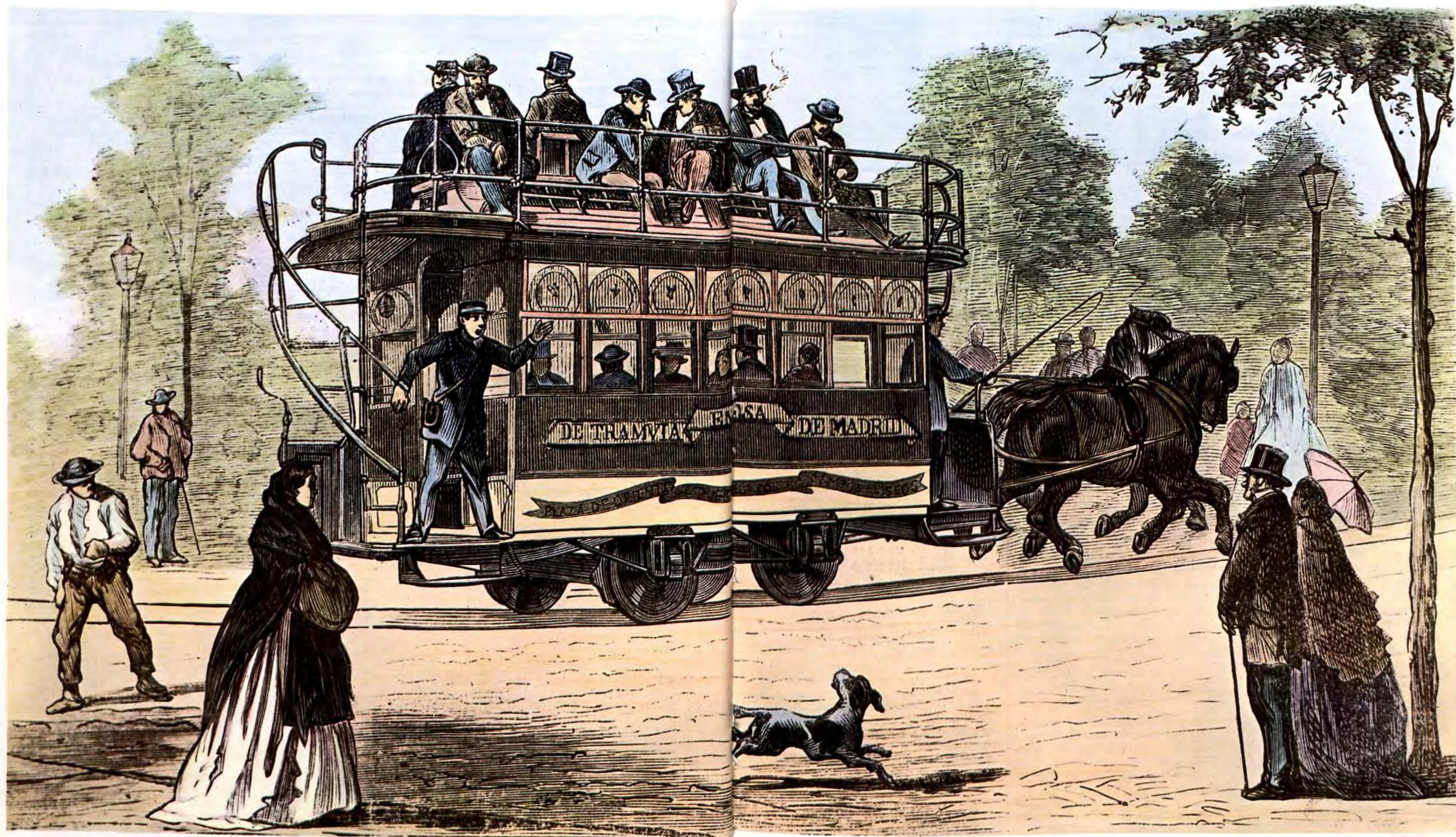
En los tranvías y rippers,
y en donde se halla ocasión
damos funciones gratuitas
de prestidigitación.

Cualquiera que conozca esta joya del género chico y haya penetrado en el profundo sarcasmo de esta escena, no dejará de añadir un malicioso comentario al estrambote con que la primera autoridad de la provincia remata su escrito, manifestando a propósito de tales hurtos «cuya escandalosa repetición es motivo, si no justo, al menos fundado, para llevar el desprestigio a las autoridades y sus agentes encargados de velar por la seguridad de cosas y personas».

UN SAINETE EN EL TRANVIA

El tercer documento es, en realidad, una anécdota intrascendente que sólo cobraría color y vida escenificada y reconstruida por un Arnieches redivivo.

Ocorre el día 10 de octubre de 1881. Hora, la una y cuarto de la madrugada. Escenario, un tranvía que circula entre la plaza de Antón Martín y la Puerta de Atocha. Asunto: bronca. La bronca debió ser sabrosa. En la citada plaza se suben seis viajeros. Uno de ellos, al que en cierta ocasión se le llama Guillermo el cortador, es un carnicero de la calle del Pacífico. Iba indiscutiblemente alegre y empezó a cantar con voces escandalosas La Marsellesa, pero no es esto lo que más impresionó a los agentes, sino sus ademanes y su exaltación. Un ins-



Madrid. - El primer tranvía.

Ayuntamiento de Madrid

pector, auxiliar de movimiento, le llama la atención, y al retirarse, el amonestado, por efecto de su estado alegre, hubo de tirar al aire la gorra que llevaba puesta, diciendo «porque sí, olé, olé».

Aquí empieza la bronca, en la cual intervienen dos nuevos personajes: uno de los mayores o conductores del tranvía, que debía ser de genio vivo y agresivo y uno de los acompañantes del carnicero, que invoca su condición de alcalde del barrio de las Delicias. Uno de los espectadores nos informa de que «mediaron las palabras consiguiendo en estos casos» y puede que incluso saliera a relucir una navaja. Intervinieron dos guardias civiles a caballo que dejaron el puesto a dos guardias de seguridad. Y con unas y otras cosas se serenaron los ánimos y el alcalde se apeó en la puerta de su casa, con sus acompañantes: su mujer, el Guillermo, la de éste y dos amigos y vecinos, uno asturiano, maestro armero del Batallón de Cazadores de Puerto Rico y el otro, italiano de nacimiento y jornalero, y el tranvía siguió hasta la cochera después de haber sido escenario de una de tantas reyertas, en las que la sangre no llega al río.

Pero la historia continúa. El alcalde era un tabernero de Paniza, pueblo de Aragón famoso por sus vinos, que no estaba dispuesto a ver su autoridad ultrajada y que iba a demostrar en el caso tanta obstinación como generosidad.

Así, pues, cogió su vara, llamó al guardia de servicio y al sereno y se marchó a las cocheras a detener al mayoral. Este, un muchacho de Huelva, obsérvese cuán acogedor era Madrid en aquella época, se había ido a dormir. No cejó por ello nuestro alcalde. Requirió a qué hora volvía al servicio y allí a mediodía se lo encontró ya subido al pescante, y en compañía de los dos guardias que le escoltaban y de un inspector de movimiento, lo llevó a la prevención, formalizó la denuncia e hizo que se le pusiera a disposición del juzgado.

Y a continuación, sin que mediara nuevo incidente y en vista de que el desdichado mayoral no llevaba consigo su cédula personal, se constituye en su fiador para que pudiese quedar en libertad, y se lleva a todos, mayoral, inspector y guar-

dias, a una taberna de la calle de Atocha esquina a Santa Inés, donde les invita a un refrigerio. Invita a dos más que entran en la taberna, paga en buena moneda y se va a su casa satisfecho de haber demostrado que un alcalde de barrio era una autoridad.

No sé si el pormenor de este sainete habrá resultado oportuno. Pero era el antecedente obligado de un expediente que se instruye a instancia del director de la Sociedad del Tranvía de Estaciones y Mercados que se queja de los trastornos que ha ocasionado al servicio el citado incidente.

No sabemos cómo se resolvió. Pero queremos dejar constancia de dos cosas. Por una parte, la seriedad con que los funcionarios municipales lo instruyen llenando folios y más folios con diligencias y declaraciones intrascendentes. Por otra, que en ningún momento consta que nadie haya reclamado perjuicio alguno por incomodidades ni menos por retrasos. En aquel Madrid dichoso este expediente resulta en cierto modo inverosímil.

LOS TRADICIONALES OBSTACULOS

A pesar del éxito obtenido por el tranvía, de la aceptación del público y de los indiscutibles beneficios obtenidos por la Empresa, el desarrollo de los tranvías fue en un principio lento, y no porque faltasen personas emprendedoras que solicitaran nuevas concesiones, algunas concedidas y no realizadas, sino porque las autoridades madrileñas mostraron más o menos justificados celos y plantearon exigencias que pudieran considerarse desmedidas.

Entre estas concesiones simplemente solicitadas o incluso concedidas, han llegado a mis noticias las siguientes:

La que en abril de 1867 obtuvo el brigadier don Juan Ortega de un tranvía que habría de partir de la plaza del Progreso y llegar a la dehesa de los Carabancheles.

La que se otorgó al súbdito francés Mr. Eduardo L. Peraire para construir tres líneas: una, de la Estación del Norte a las Ventas del Espíritu Santo; otra, enlazando la

anterior desde la calle de Alcalá a la Estación del Mediodía; la tercera, desde la Puerta de Toledo hasta la Puerta (hoy diríamos glorietta) de Bilbao.

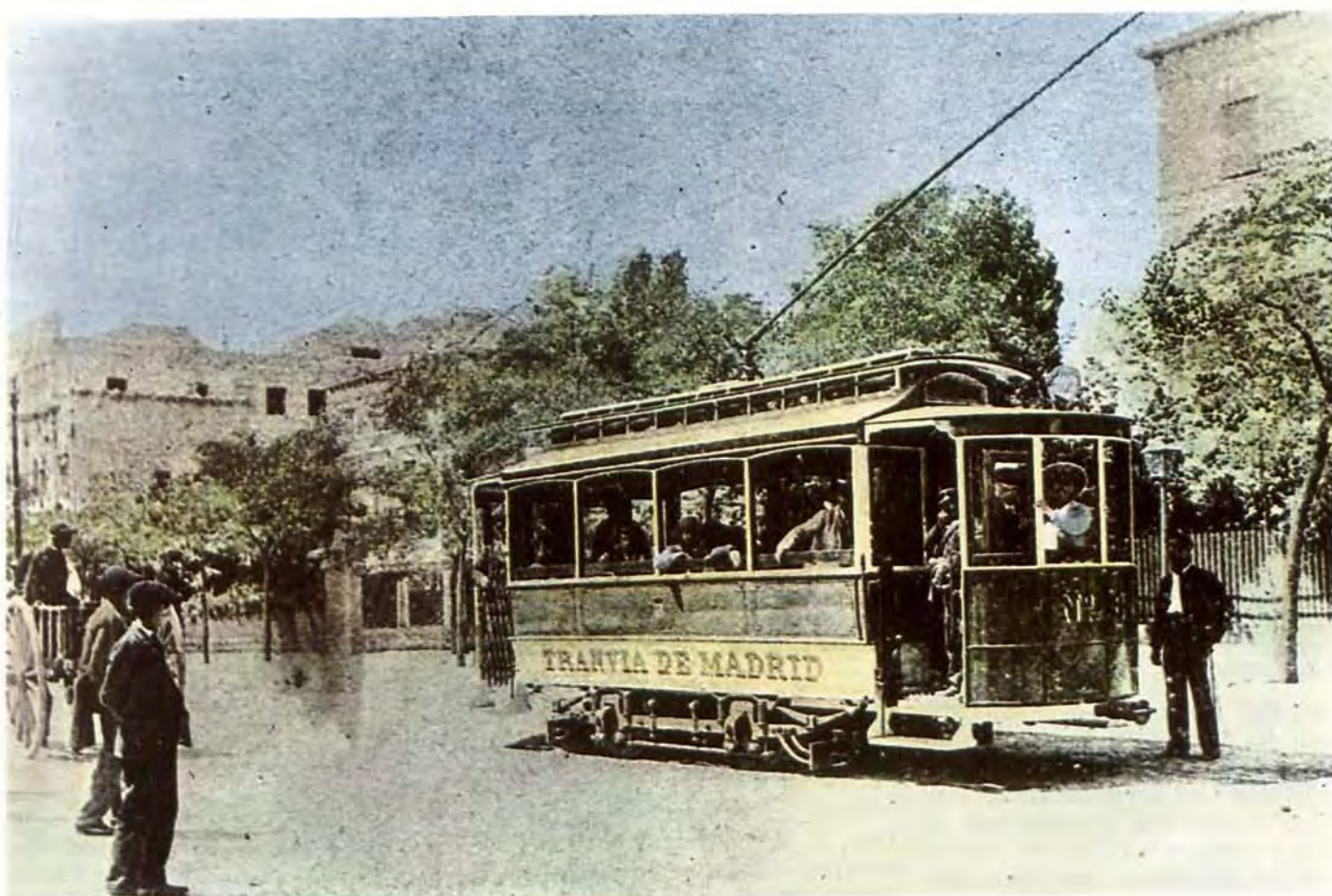
Las solicitudes de 25 de septiembre y 20 de octubre de 1872 de Mr. Roij, de Bruselas, representante de varias compañías belgas, y que pretendía una amplia e indeterminada concesión.

Las de 30 de septiembre y 9 de diciembre de 1873, de don Juan Blanco Valle y consocios, que aspiraba a obtener las concesiones caducadas de Mr. Peraire.

El «Proyecto de los Tram-vías del Norte y Sur de Madrid», de don Daniel O'Ryan y Acuña, se basaba en una solicitud presentada por el señor O'Ryan junto con don José Espinosa y Zuleta de una línea desde la Puerta del Sol hasta el depósito de aguas de Chamberí, con un ramal desde la Puerta de Bilbao hasta el Palacio de la Exposición de Indo. El nuevo proyecto comprendía las dos siguientes líneas: desde el campillo de Gilimón a Chamberí y ramal a la Fuente Castellana y de los Docks al Portillo del Conde-Duque. La novedad del proyecto consistía en utilizar coches de menor envergadura que podrían transitar por calles estrechas ofreciendo menor estorbo y peligro.

Por lo que se refiere a los obstáculos que la implantación de una red tranviaria de importancia tenía que remontar, no era el menor la presión de los que veían perjudicados sus intereses particulares con la introducción del nuevo sistema.

A este respecto es sumamente ilustrativo un escrito que, dirigido «Al Excmo. Ayuntamiento de esta capital», elevó «La junta directiva de la industria de carruajes de alquiler de esta Corte, por sí y a nombre de todos los demás industriales que componen esta última» el 23 de agosto de 1876. El escrito es farragoso y los fundamentos poco consistentes, pero de su tono puede dar idea este párrafo con el que se inicia: «Que la noticia de la concesión de un nuevo privilegio para el establecimiento de una red de tran-vías (siguen las vacilaciones ortográficas) en esta población ha llevado la intranquilidad y el desasosiego al seno de numerosas familias, ha alarmado a los dueños de



Madrid.- El primer tranvía eléctrico. 1898.

cuantiosos capitales dedicados hoy a la industria y el tráfico que tenemos la honra de representar y que invocando el respeto a derechos adquiridos, la felicidad acaso de las numerosas familias a quienes mantiene, la comodidad de este vecindario y los intereses mismos del municipio...

El Ayuntamiento acordó ¡con la misma fecha! no tomar en consideración el escrito, aunque lo que más le molestó fue la impertinencia de poner en duda el derecho de la corporación a disponer de la vía pública.

Los exponentes se alzaron ante la Diputación Provincial insistiendo en sus argumentos y ampliando sus consideraciones sobre los estorbos, incomodidades e incluso peligros que se derivaban de la existencia de los tranvías.

Pero aunque en este caso el Ayuntamiento reaccionó en favor del indudable progreso que éstos representaban en elevados tonos y con

gran altura de miras, las dilaciones y fría aceptación de las solicitudes de nuevas líneas nos hacen pensar que las presiones de los interesados para retardar su definitiva implantación fueron más eficaces de lo que puede dar a entender el escaso éxito de esta reclamación.

NUEVAS CONCESIONES

Sin embargo, pronto empieza a cambiar el panorama. Al año 1876 corresponden dos concesiones que habrían de tener futura efectividad: una, a nombre de don Juan Enrique O'Shea Hurtado de Corcuera, que en seguida habría de constituir una «Compañía General Española de Tranvías», cuyo recorrido iba de la Plaza Mayor, calle de Toledo hasta el puente del mismo nombre, continuando luego hacia Carabanchel y Leganés, y que habría de ser posteriormente ampliado por las calles de Siete de Julio, Felipe III y Puerta del Sol.

La otra concesión se hacía a la «Sociedad del Tranvía de Estaciones y Mercados de Madrid, Sociedad Anónima», al frente de la cual encontramos a uno de los hombres más originales, discutidos y, en último término, notables de la historia del urbanismo madrileño: don Arturo Soria y Mata. Este tranvía, que unía las Estaciones del Mediodía y del Norte a través de la Puerta del Sol, tenía un primer ramal desde lo alto de la calle de Carretas al Mercado de la Cebada y un segundo ramal desde la plaza de Santo Domingo al Mercado de los Mostenses. En su trazado, que hubo de sufrir cambios y ampliaciones aun antes de su inauguración, se puede observar la intervención de Soria preocupado, no sólo por el tráfico de viajeros, sino también por el de mercancías, y atento al fomento de la riqueza, más que a la comodidad y al esparcimiento de los madrileños.

El año 1877 conoce una nueva concesión: la línea Puerta del Sol-Cuatro Caminos y una nueva Com-

pañía, la «Compañía de los Tranvías del Norte de Madrid», que muchos años más tarde, en 1879, cedería sus derechos a la «Société Générale de Tramways de Madrid et d'Espagne».

En 1878 se concede a don Luis Figueroa y Silvela un tranvía de Madrid a Arganda, con un pequeño recorrido dentro del término municipal, de Pacífico a Puente de Vallecas.

Una novedad: todos los tranvías concedidos habían sido hasta entonces de tracción animal, éste era de vapor.

En 1880, un nuevo tranvía propiamente urbano que se llamó de la Castellana a Hipódromo. El concesionario, don Máximo Fernández Cuevas, poco después fue subrogado en sus derechos por otra Compañía inglesa, «The Tramways Unión Company Limited».

En 1881 surge el tranvía del Este, desde las Ventas del Espíritu Santo a la plaza del Progreso. El concesionario, don José López Sánchez, constituyó pronto una sociedad que se tituló «Tranvías del Este de Madrid, Sociedad Anónima», que años más tarde iba a hacerse propietaria de las concesiones, instalaciones y servicios de las dos compañías inglesas antes citadas.

Es decir, que poco más de diez años después de que por Madrid cir-

culasen los primeros tranvías, existían ya en nuestra capital siete líneas, seis de las cuales afectaban al centro urbano.

Las concesiones continúan y antes de terminar el siglo son dieciséis las líneas que están en funcionamiento, pero para estas fechas se ha producido ya un cambio sustan-

cial: a partir de 1897, se inicia la electrificación de los tranvías. Madrid se llena de postes y de cables y el tranvía adquiere una fisonomía que podemos llamar definitiva.

PROSPERIDAD DE LAS COMPAÑÍAS

No parece aventurado afirmar que en esta su primera época las Compañías concesionarias llevaron una vida próspera.

Tenemos a la vista la Memoria correspondiente al ejercicio de 1879, el segundo de su existencia de la «Sociedad del Tranvía de Estaciones y Mercados» y en ella puede observarse la inmediata rentabilidad de las inversiones y la concienzuda gestión de sus administradores. La composición de su Consejo de Administración es también digna de ser tenida en cuenta. Componían éste:

Presidente:

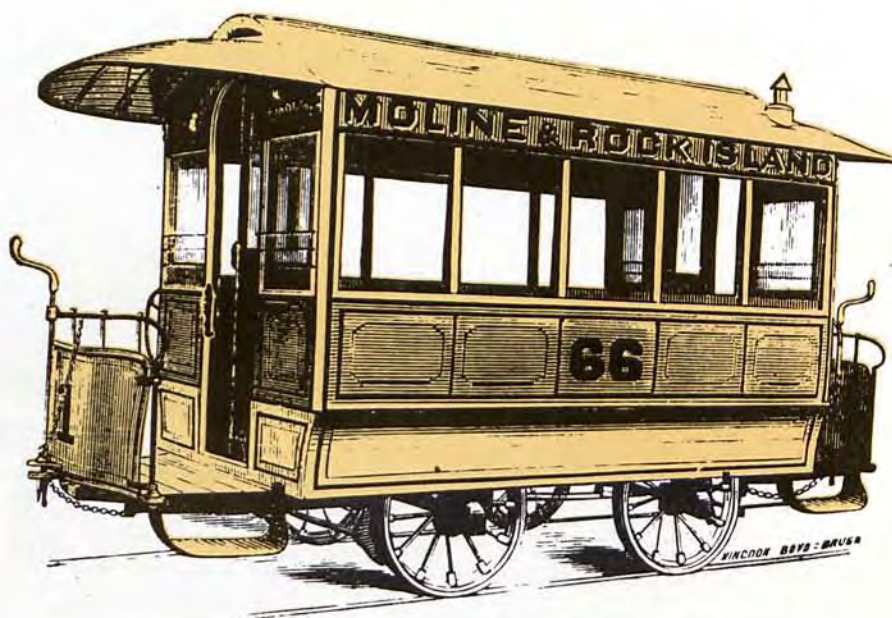
Sr. D. L. Escrivá de Romaní, ex diputado a Cortes.

Consejeros:

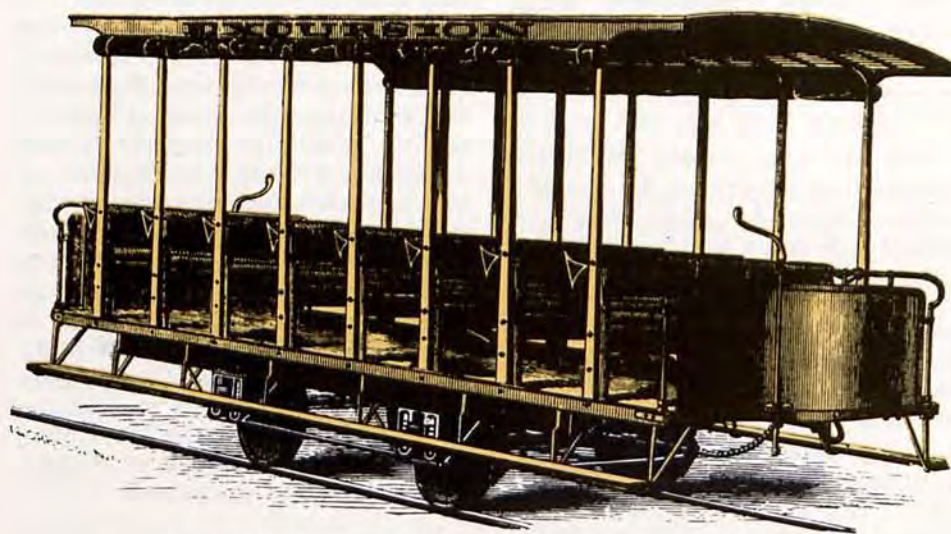
Sres. D. Ricardo de Alava, propietario.

D. Aníbal Álvarez Ossorio, ex diputado a Cortes.

D. Tomás M. Mosquera, ex ministro de Fomento, y



JOHN STEPHENSON & CO., MANUFACTURERS, NEW YORK.



JOHN STEPHENSON & CO., MANUFACTURERS, NEW YORK.

D. Jorge Poleck, banquero.
Director;

D. Arturo Soria, ex diputado a Cortes.

El capital social se elevaba a 1.500.000 pesetas, del que habría que deducir el importe de las acciones en cartera que se elevaba a 458.500 pesetas.

Se había acordado una emisión de 1.600 obligaciones de 500 pesetas al 6 por 100, de las que no se había autorizado sino un importe equivalente al de las acciones desembolsadas, y cuya negociación estaba en curso.

En estas condiciones los gastos de primer establecimiento ascendían a 2.165.660,90 pesetas, que se distribuían de la siguiente forma:

Concesión y construcción de la vía	1.650.401,50
Material móvil	268.615,41
Material fijo	2.878,67
Talleres	2.785,76
Edificios	171.570,92
Vestuario	4.002,65
Mobiliario	5.601,34
Terrenos	46.937,32
Almacenes	12.867,33

Por otra parte, las ganancias del ejercicio, apenas iniciadas las actividades y en plena expansión, eran de 58.453,62 pesetas, que permitían repartir un dividendo entre los accionistas de 25 pesetas por acción de 500 pesetas.

La recaudación en el año 1879 había sido de 590.311,27 pesetas, con un término medio de 49.192,60 pesetas por mes, superado en los meses de mayo a octubre, con una sensible y significativa declinación en agosto; y la diaria de 1.626,20 pesetas que se elevaba considerablemente los domingos sin ser alcanzada los restantes días de la semana.

En cuanto a los progresos de la explotación pueden observarse en el siguiente cuadro:

En 17 de septiembre de 1877, 3.209 m. y 6 coches.

En 5 de diciembre de 1877, 4.463 m. y 12 coches.

En 18 de febrero de 1878, 4.609 m. y 12 coches.

En 16 de mayo de 1878, 6.423 m. y 24 coches.

En 15 de noviembre de 1878, 6.823 m. y 26 coches.

En 13 de junio de 1879, 7.284 m. y 28 coches.

Encontrándose en vías de explotación nuevas líneas al empezar el año 1880.

En el año 1879 los kilómetros recorridos ascendían a 553.267.

IMPORTANCIA DE LOS TRANVIAS

Lo que no hay duda es de que el combatido tranvía fue imponiéndose en aquellos años cruciales en que se fraguaba el ensanche de Madrid

y nacían los primeros barrios de extrarradio.

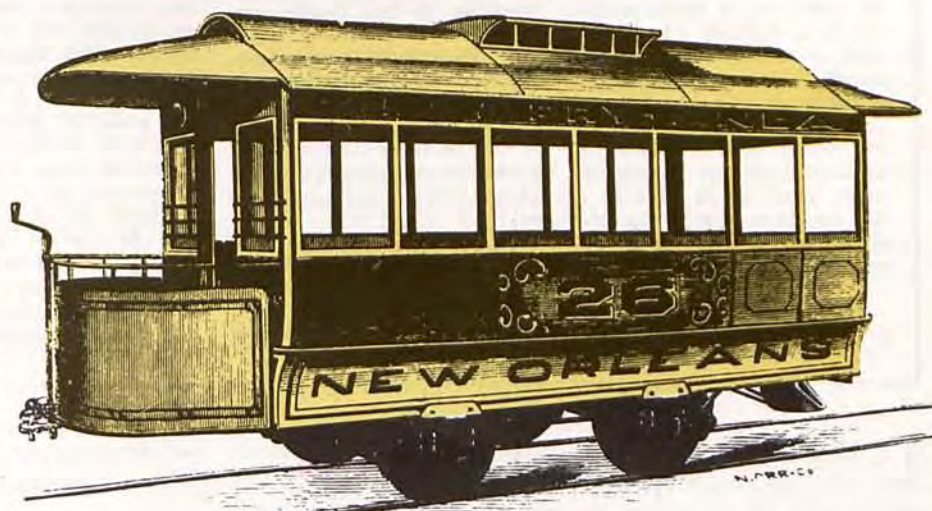
Gracias a él el vecindario se sintió menos desplazado al encontrar vivienda en las afueras y tuvo por menos inconveniente el ocuparla.

Esto, por su parte, fomentó considerablemente la edificación, no sin alentar la especulación del suelo, que es enfermedad más antigua de lo que se cree.

De esta forma se logró acomodo a buena parte de los muchos inmigrantes que en esos años acuden a la capital en busca de mejor fortuna.

Y, sobre todo, el tranvía, especialmente al preverse su electrificación, permite contemplar el futuro. Madrid rebasando no ya los antiguos límites de su cerca, sino los todavía reducidos del ensanche proyectado medio siglo antes.

E. P. y M.



JOHN STEPHENSON & CO., MANUFACTURERS, NEW YORK.

EN MEMORIA DE DON CAMILO ALONSO VEGA

Por LUIS RODRIGUEZ DE MIGUEL



MEDALLA DE ORO DE MADRID

Poco antes de las once de la mañana del pasado 1 de julio falleció, en la Residencia Sanitaria «Francisco Franco», de Madrid, el capitán general don Camilo Alonso Vega. Ese mismo día el alcalde de Madrid, don Carlos Arias Navarro, dio a la prensa y radio el siguiente comunicado:

«La Corporación municipal ha concedido a título póstumo la medalla de oro de Madrid al capitán general don Camilo Alonso Vega. Su ejemplar modestia no nos permitió distinguirlo en vida con esa preciada condecoración que significa la permanente gratitud de Madrid a los hombres que a Madrid rindieron los más relevantes servicios.

En el ilustre soldado y prudente hombre de gobier-

no que España ha perdido hoy, tuvo siempre Madrid un entusiasta valedor; para la Corporación Municipal fue don Camilo Alonso Vega, en su larga etapa de ministro de la Gobernación, guía prudente, consejero inteligente, ayuda generosa y eficaz. Muchos de los más hermosos logros alcanzados por la villa capital al tesorero espíritu de trabajo y la siempre certera intuición de don Camilo son debidos. Por ello, yo estoy seguro de que el pueblo madrileño, que es fundamentalmente agradecido, acompañará mañana a su Ayuntamiento en los actos fúnebres que en honor del capitán general Alonso Vega van a celebrarse.

En estos actos el pueblo madrileño debe sentirse representante de todo el pueblo español, que tanto admi-

ró a don Camilo Alonso Vega por sus recias virtudes castrenses y le estimó cordialmente por su hombría de bien.

Para mí es particularmente difícil hilvanar en estos dolorosos momentos unas palabras que pudieran compendiar la rica y ejemplar biografía del capitán general Alonso Vega. Durante muchos años trabajé a sus órdenes, en puestos con que su confianza quiso honrarme. Puedo decir que las mismas virtudes que en él admiraron los hombres que bajo su mando lucharon en nuestra guerra de Liberación pude yo comprobar en el hombre de gobierno. Su incansable espíritu de trabajo era un exigente estímulo para todos nosotros; su rectitud, un ejemplo, y su magnífico talante, una permanente inyec-

ción de optimismo. Era un hombre con una fe profunda en la ayuda de Dios, en España y en el genio providencial de nuestro Caudillo. Que su ejemplo sea para nosotros un modelo permanente de servicio.»

La limpia y afectuosa popularidad que su larga vida, siempre al servicio de los más nobles ideales nacionales, había conquistado para don Camilo Alonso Vega, quedó patente en el acto del sepelio y en los numerosos artículos necrológicos publicados en la prensa, emisiones de radio y Televisión Española. Don Luis Rodríguez de Miguel, subsecretario de Gobernación en la larga etapa de don Camilo al frente del ministerio, escribió para *Ya* el artículo que reproducimos a continuación:

I. Al sufrir continuadas jornadas adversas, saturadas de abrumadoras emociones, sentimos la necesidad de un desahogo en palabras, lágrimas o mensajes.

Desde el mediodía del sábado 26 de junio hasta el viernes 2 de julio, muchos padecemos hora a hora todas

las impresiones, incertidumbres y dolorosas situaciones, que se sucedieron implacables:

La inmediata noticia de la lesión cardíaca, que, como un rayo fatídico, cayó sobre la existencia del capitán general don Camilo Alonso Vega. Las angustiosas alternativas de su lucha con la muerte, que durante

cinco días compartimos los más íntimos amigos con su dignísima esposa, sufridos familiares y especialistas médicos que le asistieron incansablemente con toda su ciencia. Y a las once de la mañana, en ruta silenciosa e ignorada con el ministro de Justicia, señor Oriol, dos apenados camilleros y Antonio Pascual—el que siempre fue discreto y leal conductor del general—participé en la más triste misión: llevar sus restos desde el hospital Generalísimo Franco al salón del Ministerio del Ejército, donde su cuerpo quedó en capilla ardiente.

Fue el último servicio que prestamos a don Camilo. Y tras veinticuatro horas de velar su cadáver entre oraciones finalizó el sepelio, que se dispuso con todos los honores que merecía, entregando sus restos a la recoleta parcela que, en el cementerio de El Pardo, quedó cubierta con sencilla lápida, que tiene grabada la escueta mención de su nombre y la infausta fecha: «1 de julio de 1971.»

¿Cuántos recuerdos de casi trece años de íntima convivencia me acongojaron en los pasados días, que nunca olvidaré? ¿Cuántas angustias hemos padecido, quienes teníamos el privilegio de su amistad, minuto a minuto, durante esas fechas, entre alternativas de punzantes dolores y cristiana resignación?

¡Muchas más de las que ahora pueda escribir, y que sin duda sabrían expresar mejor todos los que vivieron iguales fatigas y le respetaban, querían y admiraban como padre, amigo y compañero! Aunque muchos empezáramos a conocerle, lejos ya de los tiempos juveniles, propicios a forjar amistades perdurables, sino en plena madurez; cuando sólo de modo excepcional nacen y arraigan en el hombre nuevos vínculos de entrañable cariño.

II. Y es que cumplidos los sesenta y siete años, pocas personas pueden afrontar distintas y nuevas tareas de las ya superadas, por la ejecutoria que hasta entonces fue su vida profesional.

Mas el teniente general Alonso Vega—categoría que a tal edad ostentaba—, cierto que era el prototipo del pundonoroso militar que en 1910 ingresa en el Ejército español y durante cuarenta y cinco años de entrega continuada a sus deberes de oficial, de jefe o de general, consiguió lugar señero en las páginas de nuestra historia contemporánea, por su disciplina, valor y méritos en unidades castrenses; y al mando de la Guardia Civil, hasta dejar bien garantizada la seguridad y la paz en campos y montes, que aún eran lugares de violencias o secuestros por grupos rebeldes a una justa convivencia.

Podía pensarse que habían terminado, tras obtener merecidas recompensas, las posibilidades y obligaciones para con la nación de tan ilustre soldado.

Pero su desbordante vitalidad y cimeras aptitudes, bien apreciadas por el Generalísimo Franco, amigo de la infancia y compañero de armas, hizo que se abriera en su existencia una nueva etapa (que había de per-

durar por más de doce años), ejerciendo altas funciones políticas, al ser nombrado ministro de la Gobernación en 25 de febrero de 1957, como lo fue hasta el 29 de octubre de 1969.

Una singladura difícil, con marejadas y condicionantes tan diferentes a las de su vida anterior. Porque requería navegar por los mares procelosos, a veces turbios y confusos de la política, en la que, sin embargo, consiguió también relevantes aciertos. Pues si bien—por la austeridad de su formación militar—nunca quiso airearlos con artilugios de propaganda, quedaron bien logrados, en beneficio de la mayor y continuada eficiencia de los servicios y personal que tuvo bajo su mando.

Por otra parte, ¿es tan difícil o imposible en muchas de las responsabilidades del Ministerio de la Gobernación proclamar las dificultades que se superan, los problemas que se evitan y el feliz resultado de las previsiones que se adoptan para frustrar tensiones colectivas!

III. Cuando escribo estas consideraciones refugiado en la intimidad de mi hogar, con el desconuelo de haber perdido a tan entrañable amigo y jefe, confío en que cuantos las leyeren tengan conciencia del dolor que hube de superar para transcribir el testimonio de infinitos recuerdos, que estoy seguro también perviven en quienes fuimos sus colaboradores, y que con igual reprimida emoción participan en lo que quiere ser, al margen de rebuscados lirismos, una sincera ofrenda en memoria de las grandes virtudes de don Camilo.

¿Recordáis cuáles fueron el cotidiano propósito y la permanente directriz que guiaban los quehaceres del ministro de la Gobernación señor Alonso Vega en sus servicios políticos a España? ¿Cuáles fueron las características personales de su gestión política? ¡Todos los nobles impulsos de un corazón que se entregaba sin reservas ni cautelas a los avatares de cada jornada!

Esos dilatados doce años, durante los cuales cuidó con claro juicio y limpia intención tan amplias y complejas parcelas de la vida nacional, es necesario computarlos, junto a los nueve lustros de su excepcional figura castrense, cuando se quiere perfilar su cabal personalidad.

Bien sabemos cuantos conocimos al ministro Alonso Vega que nunca admitió el juego de intrigas ni de segundas intenciones en su gestión política.

Porque amaba a la justicia, al bien y a la verdad; siempre daba por supuestas tales virtudes en sus amigos y colaboradores.

La lealtad, la eficacia, el mejor servicio a España y al Generalísimo Franco fueron los únicos móviles que le inspiraron. Y por lo mismo sólo esa exigencia pedía a quienes nos llamaba su «Estado Mayor» del Ministerio, del mismo modo que a los gobernadores civiles, a los alcaldes y a los presidentes de Diputa-

ción. Con sólo aquella condición otorgaba confianza ilimitada.

Era consciente de las amplias potestades y medios coercitivos que puede ejercer el ministro de la Gobernación. Pero sólo usaba de sus prerrogativas, moderado por la virtud de su prudencia, con pleno conocimiento de causa y meditando hasta sus últimas consecuencias los efectos de sus decisiones.

Abierto a la consulta y al diálogo, quería y sabía afirmar o rectificar sus criterios ante motivaciones razonables; mas cuando ordenaba lo procedente, asumía con entereza la exclusiva responsabilidad de sus acuerdos, respaldando con gallardía a sus subordinados si estimaba que habían obrado con sanos propósitos.

En constante dedicación a los deberes de su cargo, era el mejor ejemplo para igual exigencia a cuantos ejercían puestos de responsabilidad. Con una ecuánime apreciación de la importancia de síntomas peligrosos, sabía adoptar a tiempo medidas cautelares que evitasen casos límite de enfrentamiento o violencia. Repetía en toda ocasión: «Más vale prevenir sin perjuicios que reprimir con severidad.»

Entendía que la lealtad había de traducirse en obediencia, pero sólo la exigía tras razonar los motivos de sus instrucciones, y siempre consideró más leal a quien le exponía sus cuitas o sus dudas sobre la mejor superación de cualquier problema, que a quienes le silenciaban las eventuales consecuencias desfavorables de las posibles soluciones. Concedía su afectuosa gratitud a quienes con mayor confianza le informaban de espinosas realidades, que nunca le desconcertaban, aunque vinieran a significarle un mayor estudio de las complejidades que era preciso afrontar.

IV. Por lo demás, no es compatible con el sentido de estos recuerdos reseñar fechas y textos, fruto de su sentido político, al mando del Ministerio de la Gobernación.

Ocasiones habrá de comentar temas como los regímenes especiales de Madrid y Barcelona, la coordinación hospitalaria y las campañas de sanidad, la selección de funcionarios, el estatuto de los gobernadores civiles, la ordenanza postal, la expansión de los servicios Telex y Gentes, las instalaciones y unidades móviles de Seguridad y Guardia Civil, la asistencia benéfica, la garantía de su probidad en múltiples períodos electorales y aquella mañana de julio de 1959, cuando se reveló ante las Cortes la autenticidad de su ser al presentar con palabra persuasiva y sincera la ponderada ley de Orden Público y la tan necesaria como previsora vigilancia del tráfico por carretera.

V. Esas prosaicas referencias son ajenas al móvil de este homenaje a su memoria: quienes conocimos bien a don Camilo le recordamos como un claro ejemplo de senectud, ante el que sentíamos el escondido deseo de que Dios—si llegamos a su edad—nos otorgue igual remanente de simpatía, de inteligencia, de cordialidad; su agilidad mental y física, que le ha permitido a los ochenta y dos años seguir entregado con plenitud a sus tareas. Y significar siempre para sus amigos la satisfacción de encontrarle por doquier; y aquel vernos envueltos en el halo de su cordialidad, de su humor y de su expresivo cariño.

Fue siempre un canto a la vida, desde la altura de los años, que nos dejan sus dolores y alegrías. Y mantuvo por encima de todo un aire joven y cordial. ¡Bella ancianidad: hasta el último instante, senectud envidiable!

Mas hace siete días llegó, inesperada, la hora de decirle: ¡Respetable y querido don Camilo, hasta siempre! Usted era profundamente bueno y ya está ahora en su sitio, junto a Dios...

L. R. DE M.

PUERTA-71

Por TOMÁS BORRÁS



Vista de Madrid desde la montaña del Retiro (de Bambrilla y Madrazo, litografía de mediados del XIX).

Puertas de Madrid, propiedad suya es aprender de los que salen por ellas de estampía; luego, ellas se escapan. Eso sí, queda el nombre, queda la puerta-eco, la puerta que permanece ausente sin ser; de ella se habla, la señala un letrero, y ella se ha ido para no volver nunca.

Puertas hijas del recinto. Madrid en redil de chata tapia para que no entre nadie sin pagar réditos de figurar, Madrid-teatro también, teatro del mundo, del orbe, de los dos mundos; mapa de las Europas e Indias, que ese era el Imperio.

A veces son puertecillas (los madrileños les denominan portillos), puertas gateras; los gatos se escabullen por los escondrijos del mapa que abarca la entera aventura del «por ahí».

Por los caminos de la historia se han fugado, dejando detrás de sí la nada de la denominación: tantas puertas, que parecen las de Madrid puertas del cam-

po; todo él puertas, y voladoras: Puerta de Segovia, de Atocha, de La Campanilla, de Recoletos, de Santa Bárbara; Puerta del Sol, Puerta de Guadalajara, de la Vega, de Balnadú, de Moros, de Santo Domingo, de La Culebra, de Antón Martín, de La Latina, de San Vicente, de San Bernardo, de la Armería; la Puerta del Angel, la de Fuencarral, la de Vallecas y de los Pozos. Además de los postigos de Embajadores, Valencia, San Martín, del Conde Duque y de Gil y Mon, el de las tres lindas señoritas. Ciudad con veintiséis rendijas, mala es de guardar.

Hoy permanecen enteras y verdaderas la de Toledo, la de Hierro, la de la Victoria y la de Alcalá. Esta es la puerta de la antonomasia de Madrid y, con la diosa Cibeles, envés de su escudo; las demás nombradas, humo de puertas. Que las puertas dicen coto cerrado y el sino de Madrid, es apertura a todas las puntas de la rosa; sino el suyo abarcador, Madrid agi-



Vista caballera de Madrid desde la Puerta del Sol (litografía de Eduardo León. 1856).

gantándose siglo a siglo, las puertas transportadas a los nuevos límites, que en seguida no sirven por la inflación de Madrid, Madrid estallantes sus costuras. ¡Fuera puertas! ¿Quién le pone puertas al cielo cuando cae sobre Madrid su puerto, su aeropuerto, además transoceánico? Una urbe que se comunica con el todo por los mares cerúleos, ¿podría engurruminarse detrás de una puerta? ¡Ni de dos mil! Madrid le da una espantá a los obstáculos, y las puertas salen dinamitadas, dejan al caserío derramándose.

Por lo cual las puertas, que tanto juegan en la crónica madrileña, son reliquia anacrónica. En el mundo madrileño de la computadora, la puerta es como un bargueño, abuelo de lujo, arrimado frente a una máquina transida de estremecimientos electrónicos: anacronismo de casa antigua que conserva alguna alhaja de familia. La casa es máquina de vivir; se lo llamó el arquitecto deshumanizado. También máquina de vivir es Madrid, el de calles que corren—¿hacia dónde?—apresuradas; calles urgentes donde el ruido de los engranajes forma el punto y contrapunto de la música que imita el jadeo de los rodamientos. Este Madrid-71 está lanzado, sigue el haz que el presente envía a los planetas, contempla los pelotazos que impactan Marte y Venus, saluda con su pañuelo de nubes a los que se sientan a leer el periódico en la luna.

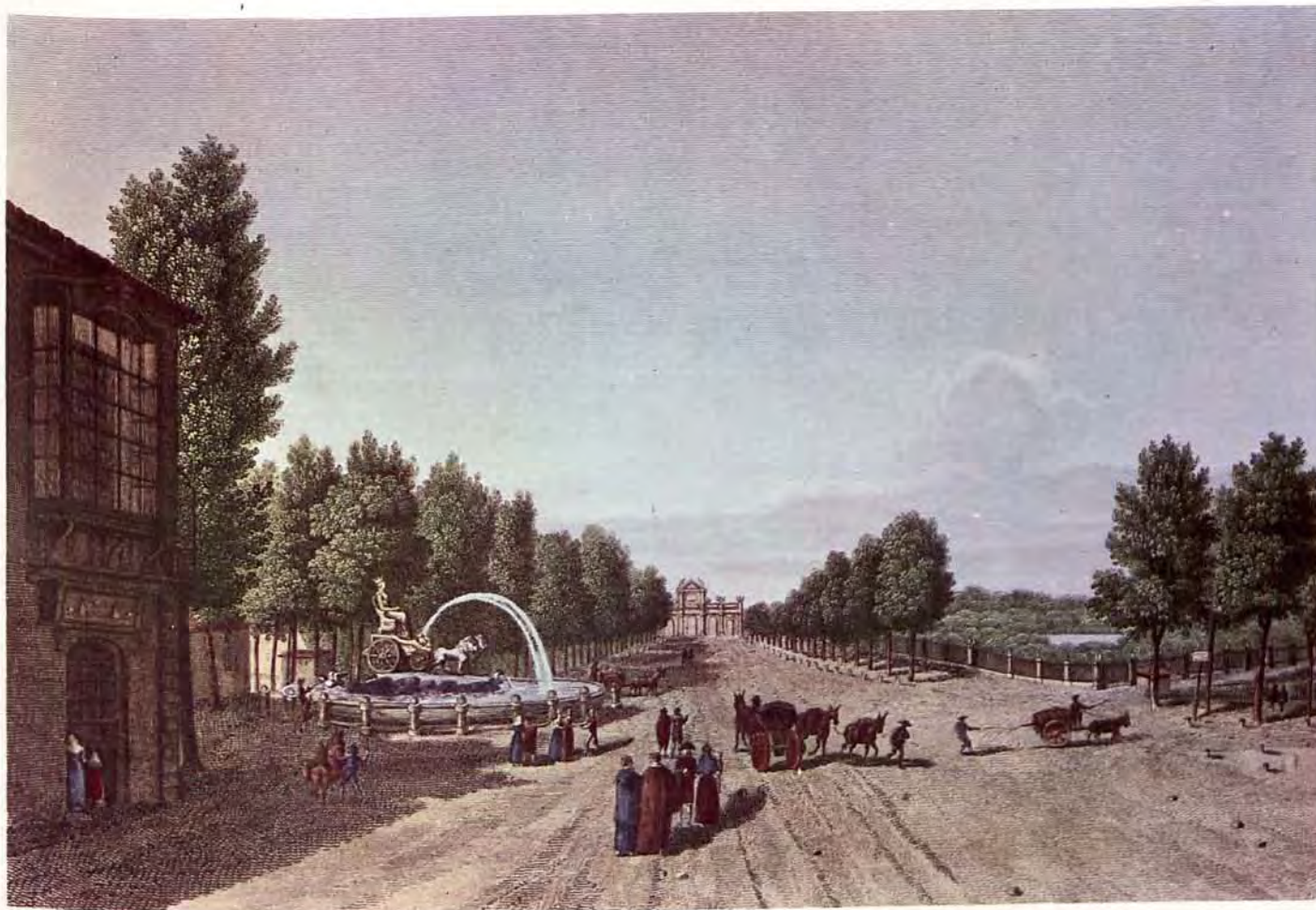
Somos el Madrid del lunes que viene, y estamos a miércoles. El pasado, ni siquiera el domingo pasado, no importa. Tenemos ojos de lente telescópica adecuados para ver el futuro de uno, cien y mil grados adelante. Antes de casarnos, estamos divorciados; al matricularnos en filosofía, se nos dice que la filosofía es la mecánica; las carreras de caballos antañonas, son carreras de galácticas.

Por eso a nosotros una puerta... ¡Vamos! Las vallas y las puertas se han quedado para el comunismo, política con veinte siglos de atraso, idea cavernícola de los faraones.

Se murió el último conservador. Queremos un mundo como la moda: que cambie (nos figuramos que avanza) al cambio de estación. Un Madrid de primavera, de verano, de otoño, de invierno; rotativo infinito. Las cosas cansan a cada vuelta del tornillo del tiempo. «¡Diversidad, sirena del mundo!», canto D'Annunziano.

Inmutable, el gran pisacalles de la puerta del blason de Madrid se está en la misma plaza en que lo pusieron. En el XIX, decían en los cafés: «Todos los días entra un tonto por la Puerta de Alcalá.» La cuestión era encontrarle y que tuviera buena bolsa; era el momento de vivir del milagro.

Sólo los enterados sabían que por las puertas de

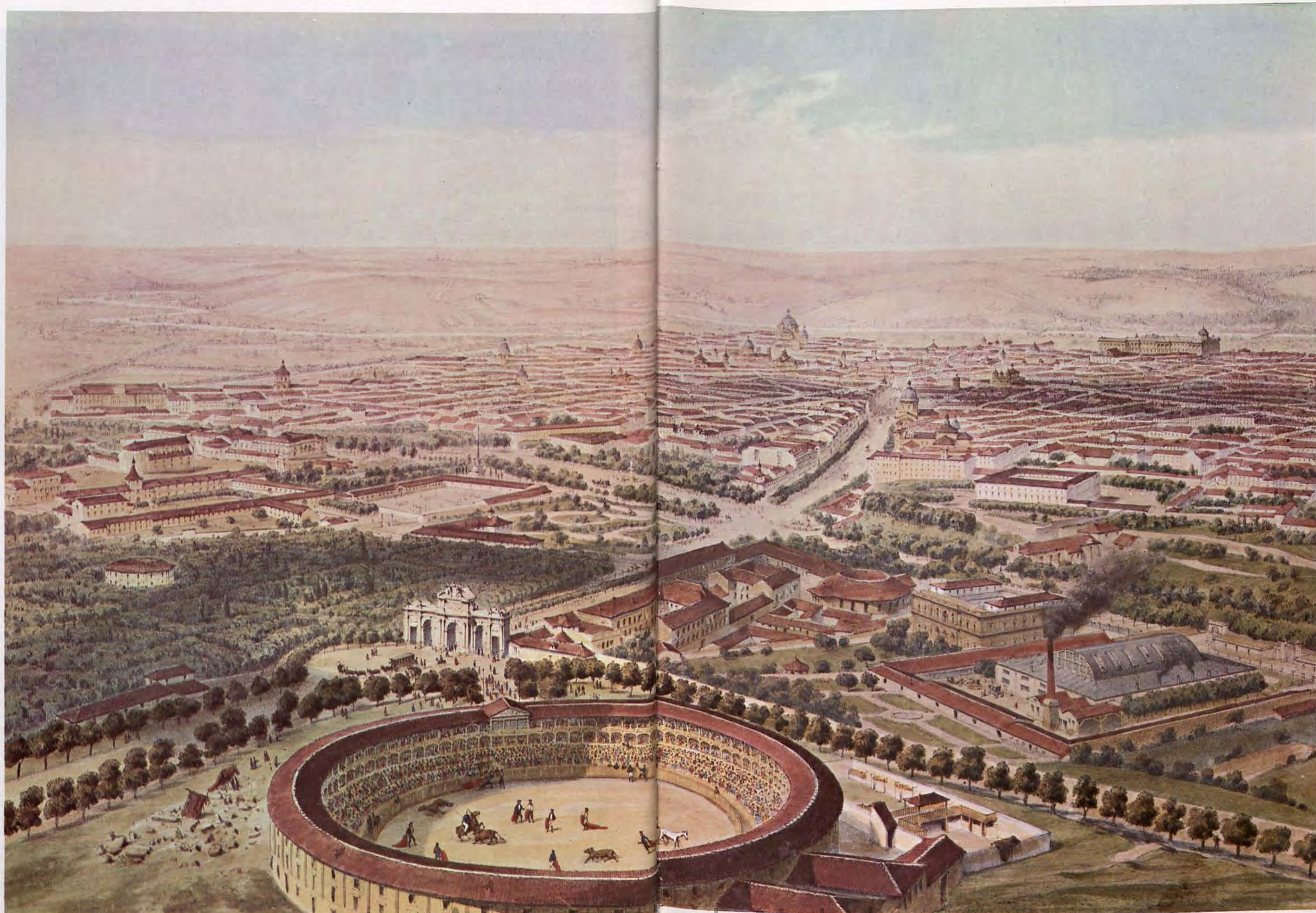


La Cibeles y la Puerta de Alcalá (de Sunlx agua forte, hacia 1850).

Madrid no ha pasado nadie; quiero decir de las puertas monumentales, puertas gigantonas, ostentosas y como sujetando con su peso tanto traquetreo sísmico municipal. La Puerta de Alcalá, tan sólo un día vio un cortejo bajo sus piernazas abiertas: Espartero, vencedor por delegación, venía a tomar el poder, el don misterioso, con un «¡Cúmplase la voluntad nacional!», ironía riojana. Nombela lo registra: «El duque de la Victoria, con sus ayudantes y también escoltado, llegó en silla de postas por la carretera de Aragón, entrando en la Corte por la Puerta de Alcalá, que en aquella época era una verdadera puerta, puesto que unidos a sus flancos había: a la derecha, dos edificios, uno de los cuales era el antiguo pósito, y otro, un cuartel, creo que de Ingenieros; a la izquierda se alzaba la tapia del Retiro, que encerraba el palacio de San Juan, la célebre y abandonada Fábrica de Loza, y, formando ángulo, en el Prado torcía a la izquierda, seguía en línea horizontal hasta el Campo de la Lealtad y subía de nuevo, también hacia la izquierda, hasta el cuartelillo del Arma de Artillería, que precedía a un gran patio dependiente del Retiro, donde había una iglesia, numerosas viviendas de guardas y empleados de la real casa y se hallaba la entrada principal del jardín, que por la calle de las Estatuas, que aún (1910) subsiste, daba acceso al estanque». ¿Quién se

acuerda de eso? ¿Quién supone que eso supone hoy algo? Nadie. Sólo las niñas conocen la puerta falsa de la gran puerta cuando juegan y formando arco de brazos cantan, mientras la que «se ha quedado» entra por el arco dulcísimo: «¡Pase mesié, pase mesiá por la Puerta de Alcalá!» «A mí—podría decir la Puerta—, no me ha forzado nadie; soy la puerta virginal. Sólo Espartero.» Y Espartero, en su caballo de bronce, espolique de la puerta, saluda.

Hubo un preocupado con Madrid, Fernández de los Ríos, que quiso tratar a la superpuerta de estilo catedralicio con reverenciosa geometría, ponerla de chito en el centro de una plaza, estanque con río de avenidas. Fernández de los Ríos era un republicano de esos retestados que, por no nombrar a Carlos III, denominaba a la puerta «arco de la plaza de la Independencia». Oigámosle, aprendamos lo que es proyectismo: «El 2 de enero de 1869, al día siguiente de la instalación de aquel Ayuntamiento (del que era concejal F. de los R.) presentamos, entre otras proposiciones, una para que se formara en torno a la Puerta de Alcalá una plaza circular de cien metros de radio, dedicando el arco "A los defensores de Zaragoza", dándole el nombre de "Plaza de la Independencia", y a las ocho calles que de ella debían partir, los de "Sagunto", "Numancia", "Covadonga", "Granada", "Padi-



Ayuntamiento de Madrid

Vista de Madrid desde el nordeste (litografía de Guesdon, 1854).



Puerta de Alcalá (dibujo de Avrial, 1835).

lla", "Bravo", "Maldonado" y "Lanuza".» No le faltó más que pedir que la pintaran de morado. ¡Esta es la politiquilla! Lo peor era que una de esas avenidas coincidentes cortaba el Retiro por la mitad, y vivan los comuneros. Las inscripciones y ornamentos alusivos a don Carlos desaparecían. De 1778 a 1869, en la ideica de Fernández de los Ríos se ve el concepto que tienen del progreso los progresistas profesionales.

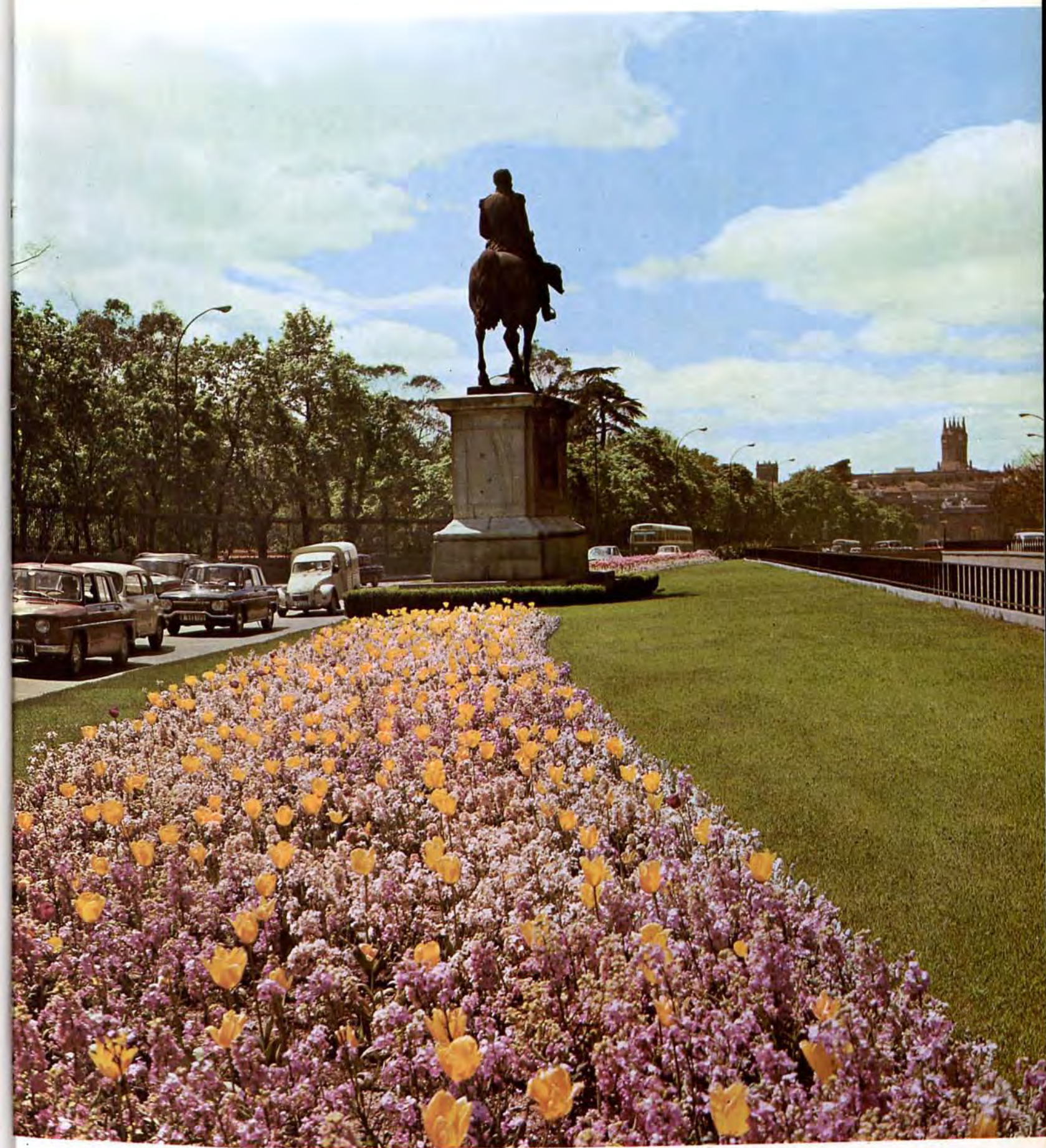
La puerta era propiedad de Madrid, y es de Madrid, que para eso pagó con su dinerito un plus sobre el precio de sus alimentos. ¿Fue ocurrencia del pueblo de Madrid señalar esa memoranda de los reinados? Madrid lloraba como los niños cuando los lavan porque estaba Carlos lavándole, presunción del don Carlos madrileño. No era así. Maldecía a quienes intentaban desarraigarse, hacerle en su propia patria meteco, o colonizarle. Tal el sentido de su llanto en el motín de las capas. Cuando un Pelo-en-pecho, rodeado del pueblo entero y verdadero, se las tuvo tiesas con el Carlos italianizado, estuvo en un tris que no le hiciera perder el trono. En el subconsciente del Madrid legítimo quizá roía el sentimiento, por adivinación o rencor previo, misteriosamente alertado, de las consecuencias del error de consecuencias antinacionales de Carlos: el pacto de familia atentaba contra la paz espa-

ñola y era prolegómeno de la pérdida de las provincias ultramarinas. Lo mejor de Carlos III, que fue rodearse de colaboradores de altas miras, no obstante su exterminio del incomparable Ensenada, ¿merecía en honor suyo arcos a lo romano, triunfales?

Puerta junto a la plaza de toros que levantó Fernando VII; en ello había algo de reproche plástico: quedar la plaza de toros separada de Madrid; excrecencia los toros, que no rimaban con la categoría de la cultura española, los toros extraños a su índole, falsificadores, espectáculo anti y fuera. Puerta fusilada por los franceses, encaretada por los rusos de la República, «impasse» para que Madrid, y éste fue servicio, dejara de ser camino de la Mesta, la espina dorsal de Madrid, la calle de Alcalá, sin rebaños trashumanes.

Ahora, entre rebaños metálicos con explosión por dentro, que corretean en ir para volver incésantes, mareantes. La puerta incompatible su estética con la del motor-rueda; ella pomposamente envarada en un neoclasicismo de imitación de lo clásico, sin personalidad, de tiralíneas inalmada.

Así se aparece el portalón, granítico, con orlas y jugueteos calizos, cuando Madrid eleva edificaciones según rectángulos de ventanas ciegas, calabozos perpen-



Estatua del general Espartero, a continuación de la Gran Puerta.



La Puerta de Alcalá (litografía de Parcevisa, hacia 1850).

diculares. Cuando la chunga barriobajera pone alias de «rascasuelos» a las torres de ascensores rápidos, hermanas en la lejanía de aquellas torres mil de Jerónimo de Quintana, más de doscientas; hoy, innumerables.

Madrid crece primero hacia los lados, hasta llegar a más de seiscientos kilómetros; hacia abajo, después, con ciegos ferrocarriles multitudinarios; hacia arriba, ahora, cuando la aglomeración de inmigrantes empuja. Las magnitudes de Madrid se multiplican tanto que la Puerta de Alcalá va siendo portalillo, las casazas la rivalizan, las torres mil la rodean; atalayas que la ven sus pies.

Cada época tiene su estilo, su estética. Por la que transcurrimos, el arquitecto ya no lo es, sino ingeniero. El último arquitecto fue Secundino Zuazo, que levantó el milagro de una gran fachada unida, en cuanto carácter, a la puerta como secuencia de la puerta; es la de esquina a Serrano.

La arquitectura de Madrid es anárquica, como la de Nueva York, como la de las llamadas metrópolis modernas. No se pueden evadir ni el hombre ni la ciudad a su *fatum*. El de Madrid es no sacrificarse ni amar su tradición, tener alma receptiva que se asimila instantánea lo que se lleva, lo viste, lo usa, lo cuelga, lo levanta y en seguida se lo sacude si otra

mundialidad lo ha sustituido. Es mentira que Madrid sea tradicionalista. Como caricatura suya acepta un figurín permanente: el del noventa y ocho, el peor. Pasada la sorpresa del género chico, pasadas la risa y el júbilo de aquella alegría, pasada la admiración a aquella música, Madrid dio el viraje con Alfonso XIII, cuando vino en los años 1914-18 tanta extranjería a gastarse los cuartos, a transformar nuestras costumbres, a raer las últimas fibras de casticismo y a plantar palaces y grandes vías.

Desde entonces, sin que lo detuviera el paréntesis de la Cruzada, Madrid siguió su camino natural que —hay que repetirlo cada diez renglones— es el de capitalidad, o sea mundialidad, y no fidelidad a lo añejo, que es provincianismo. En arquitectura, nada apenas teníamos que preservar. Lo que el viento se llevó, y el viento es fuerte en la anticlinal del Guadarrama, salvo los palacios, no valía la pena: yeso, astillas y tomiza.

Quedan algunas reliquias. La puerta de las puertas, dicho a lo árabe, es una. Más cuidado: quien la convierta en mito, en tabú intocable, conspira contra el auténtico ser de Madrid. El cual—otra vez se dice— es la metamorfosis permanente, el arte de demostrarse

fénix de sí misma con alas cambiadas a cada momento.

Hay un Madrid austriaco, pero menos. Hay un Madrid borbónico, con algún algo. Hay un Madrid Alfons XIII-Franco, que es éste, esplendoroso de luz artificial, de metropolismo, de americanismo (no parisismo), entregado a que la Villa sea como ella quiera, sin que nadie la ponga puertas ni cercas, vejeces de los recintos. Un Madrid a velocidad supersónica.

La puerta-puerta ha sido desaconsonantada de la calle de Alcalá por un accidente planimétrico. Si se mira hacia Ventas desde fuera de la puerta, no se ve algo que han cuajado en jeroglífico los minuciosos: pasada la puerta, Alcalá tuerce a la izquierda, la línea que continúa la ca'Alcalá es la calle de O'Donnell. Cuando el Ayuntamiento desea hacer escuelas, no tiene dinero y lo busca; vende el solar de un cuartelillo de bomberos sito en O'Donnell-Menéndez Pelayo. Está a casi un kilómetro de la puerta. Pero Madrid ondula, es montaña, su suelo baja y sube colina tras colina. La puerta está atornillada en la ladera de una de esas colinas cuya cumbre es Pardiñas-O'Donnell. En el suelo del cuartelillo de bomberos levantan una de las torres mil. La cual se divisa, sobresaliendo de la puerta (o arco), al colocarse usted en visual desde determinados sitios de Alcalá, a distancia, porque lograda aquella perspectiva también el nivel sube, pero la cuesta queda atrás y usted domina la puerta y su fondo a continuación. Desde otros observatorios, entre Sevilla y casa de Correos, la puerta queda aislada, como antes.

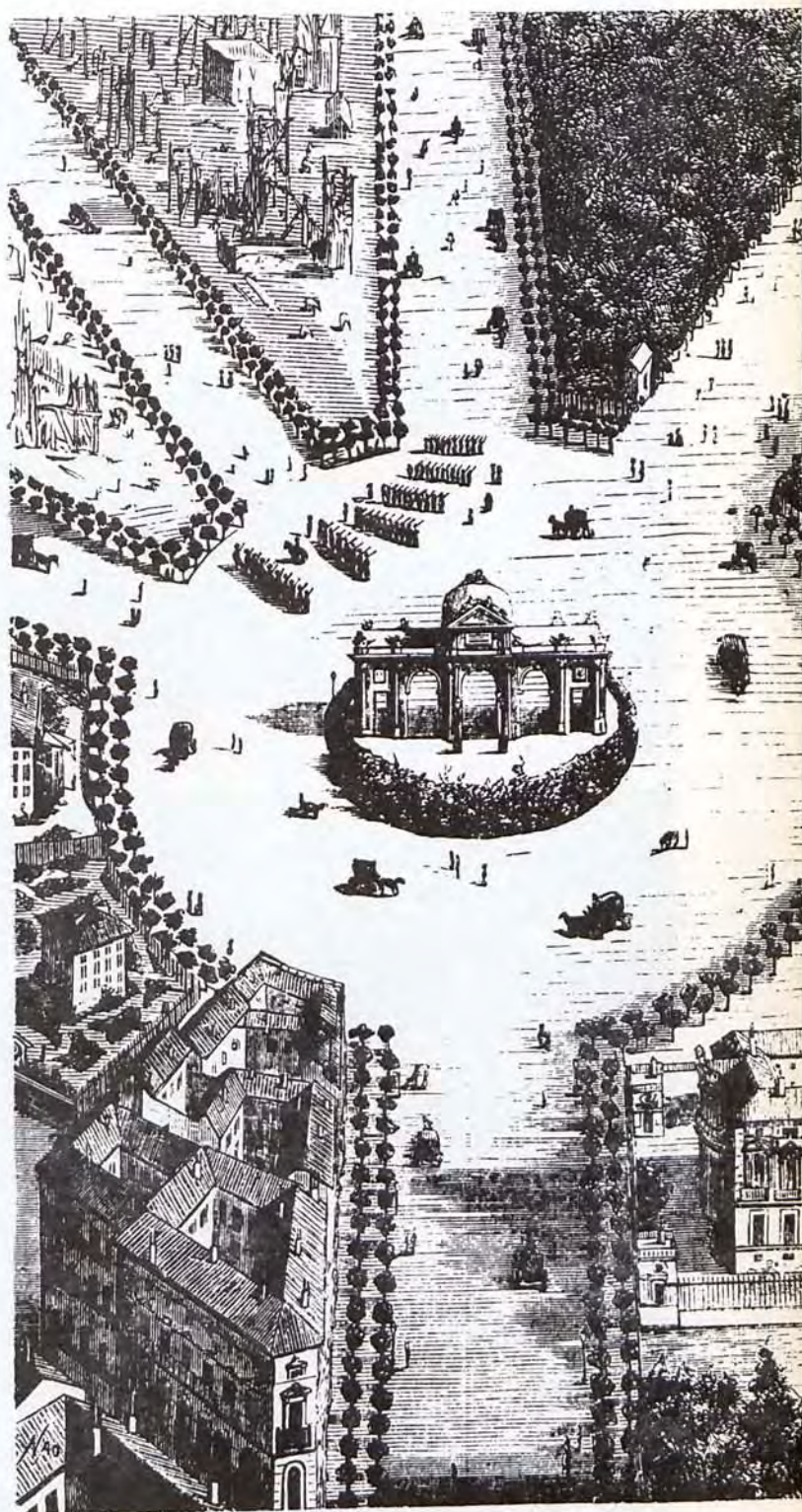
A los ochocientos metros, la torre mil y pico le ha colocado una peinetas a la Puerta de Alcalá. Eso es lo que usted advierte con enfoque estratégico.

La puerta es bella, considerando su arte. La torre que llaman de Valencia (en honor de la ciudad complementaria de Madrid) es hermosa. De bello a hermoso hay un grado: que lo antiguo sea viejo y lo otro seduzca como seduce, por ser nuevo, todo lo nuevo. O sea, Puerta y torre.

¿Son incompatibles? ¿Por qué? Cada cual representa un capítulo del tiempo. La torre incide más en nuestra sensibilidad porque es «nuestra» propia visión del arte y del mundo. La puerta es perfumada nostalgia; la torre, vibración del espíritu actual, de lo que nace. La puerta es un brinquito en el pecho de la calle de Alcalá; la torre, flecha dominante y sobrepasante de Madridopolis. La puerta encorva su elegante minué urbano, la torre vive uno de los trépidos y musculados bailes de saxofón y percusión. La puerta es la abuela; la torre, la hija del hoy. Vejez permanente, adolescencia de pronto madurada, ¡qué hermoso dúo!

No hay que abominar de la obra maestra del sentir y edificar a la hora del reloj eléctrico de la calle. No disgustemos al sentido racional de las ciudades pidiendo que se quede en el sitio de la puerta detenida la creación. Creaciones las dos, se dan la mano, se dicen buena acogida lo que hubiera pintado Paret y lo que hubiera pintado Juan Gris. A cada cual, lo suyo; primer artículo de la justicia. A la puerta, lo que es de ella; a la torre, lo que es de ella... y de nuestro latir, si quiere usted con taquicardia. Nada excluye lo contrario. Los contrarios son, en el último límite, complementos. Cuidado con asustarse de andar y hacer.

T. B.



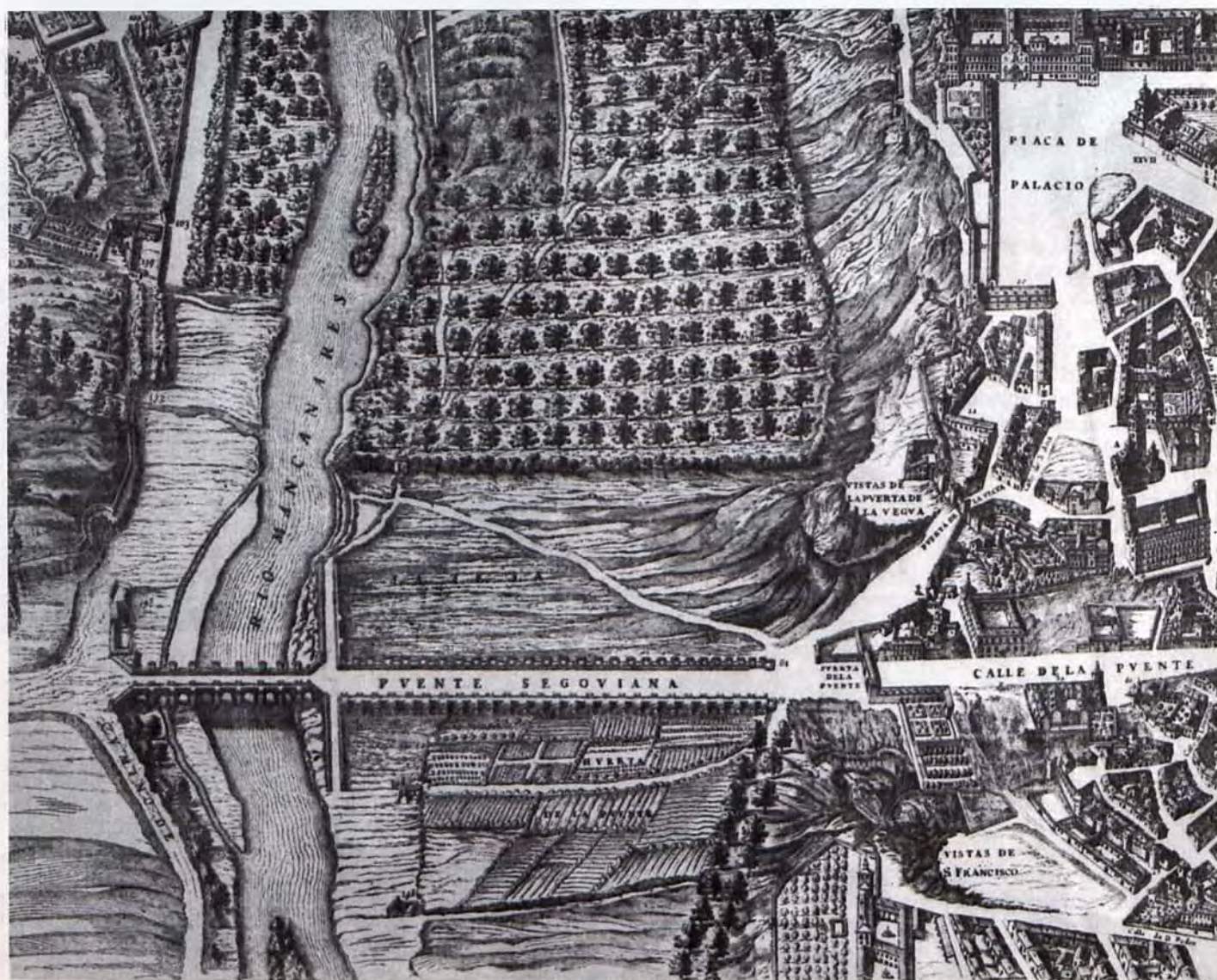
Plaza de la Independencia.

Fernández de los Ríos en su "Guía de Madrid" (1876) da este grabado gráfico de su proyecto para colocar la Puerta de Alcalá en una plaza de 200 metros de diámetro, partiendo en dos trozos el Retiro.

LA TELA

El parque de Atenas, recientemente inaugurado, está asentado sobre unas tierras que desde muy antiguo pertenecieron a Madrid y que se llaman La Tela.

En el plano de Teixeira podemos apreciar bien dicho lugar. Aparece atravesado por un camino que llevaba directamente a la Cuesta de la Vega y puerta del mismo nombre. Esta Puerta de Alvega interrumpía la que por esta parte era fortísima muralla con una entrada angosta. La Tela lindaba por el Norte con el parque o «bosque» del palacio, del que, como podemos distinguir muy bien en el plano, sólo lo separaba una leve empalizada con un portillo, al que concurrían un camino que atravesaba el parque en diagonal y otro que trascurría por La Tela. Ambos conducían a un lugar del río donde, según Molina Campuzano, debía estar el primitivo puente antes de que





Felipe II encargara a Juan de Herrera la construcción de la famosa Puente Segoviana, que se situó algo más lejos y que lindaba con La Tela por el lado opuesto al parque del palacio.

En 1590, y por orden del rey Felipe II, la Villa compró el terreno a varios propietarios «para hacer una tela en donde su alteza el príncipe nuestro señor y otras gentes principales justen en ellas».

Efectivamente, en el *Diccionario de la lengua* la palabra tela tiene diversas acepciones, y entre ellas: «Sitio cerrado dispuesto para lides públicas y otros espectáculos y fiestas».

La extensión total era de unas diez fanegas de tierra de panllevar. No se vuelve a hacer mención de que se usara para torneos y justas. En 1619 el rey Felipe III parece ser que desea adquirirla, y pide a la Villa que justifique su propiedad (1).

En 1688 el curso del río había variado algo y las aguas se estrellaban contra el pilar del puente e inundaban dicho lugar, por lo cual hubo de ser reparado, y con este motivo se allanó y terraplenó La Tela (2).

En el plano de Espinosa de los Monteros de 1769 podemos distinguir muy bien en los terrenos de La

Tela que existe un trazado de varias filas de árboles, y en medio, una plazoleta.

En 1788, un tal Alonso Manzaneda, que según dice «era sobrestante en el terraplén de La Tela», propone al Ayuntamiento una serie de reformas, y nos la describe diciendo «que al presente se halla la referida Tela haciendo una figura de un vasto monte, dejándose ver por todo su borde un muy alto surco de escombros, que los vecinos de la Villa tiraban allí». El informe de esta persona da lugar a que sea visitado por el alarife mayor de la Villa, que es en ese momento don Juan de Villanueva, que hace un estudio muy completo sobre lo que se podía realizar, y que él cree sería muy del agrado del rey y del conde de Floridablanca. Dice que después de allanarlo cabría poner plantales de árboles, como se había hecho en los lavaderos de la Virgen del Puerto. Que se podía sacar provecho para la Villa si se recogiesen las aguas que allí fluyen haciendo un estanque de fábrica, y recoger también las de la Fuente de la Salud, cuyas aguas nacían en la dehesa de la Puerta de Hierro y discurrían por el camino de El Pardo, por la huerta del duque de Alba y la de La Moncloa. Así

sería posible hacer una hermosa huerta, continuando el desmonte que ya se había comenzado y rellenando el malecón donde estaban los lavaderos para prolongar los plantíos de chopos hasta el mismo río. Pero continúa diciendo en su informe que, como se estaban realizando obras en los jardines de palacio, convenía contar antes con el arquitecto don Francisco de Sabatini por si él tenía algún plan para dichos terrenos. En el mismo expediente aparece la contestación de Sabatini, diciendo que está de acuerdo en que se hagan jardines en La Tela, y que él se ha ceñido a hacer los jardines del palacio. El resultado final de este asunto es que no se hace la huerta, pero sí se plantan los árboles.

De esta misma época son una serie de arrendamientos del lugar de La Tela, que según parece estaban hacía tiempo ocupados por ganados trashumantes y carreterías. Un tal Juan Fernández, que desea arrendarlo, dice que la Villa no sacaba ventajas de la extracción de estiércol de los ganados porque se lo llevan los vecinos, ni de los escombros que han arrojado en dicho lugar. Para lo cual propone se fijen «unas cédulas» en lugares visibles, como las Puertas de Segovia y la de la Vega, prohibiendo que se saquen éstos del lugar y poniendo el terreno en arrendamiento (3).

Son solicitadas también estas tierras para instalar sus talleres, un herrero y un carretero; pero a pesar del informe favorable de Villanueva, el procurador síndico general don Alejandro Vallejo, ve en la instalación de estos talleres adosados a la muralla y muy próximos a la Real Armería, Casa de Pajes y Caballerizas, un gran peligro de fuego, y además piensa que afectarían las vistas que se perciben desde el Palacio Real. En vista del informe de dicho señor no se autorizan estos talleres (4).

Hasta mediados del siglo XIX parece que los terrenos de La Tela se van arrendando para sacar el estiércol de los ganados y el escombros. Pero en 1844, el arquitecto mayor de palacio va con un representante del Ayuntamiento a hacer la alineación de la cerca que se quiere levantar, separando La Tela del jardín

llamado Campo del Moro, pues la reina quiere hermostrarlo. Ya habíamos visto como hasta entonces La Tela sólo había estado separada del jardín de palacio por una leve empalizada (5). Con este motivo, la Villa decide poner unos jardines públicos en ella. Los ganados trashumantes que desde tiempo antiguo tienen en La Tela su descansadero, son desde entonces llevados a otro lugar también propiedad de la Villa, situado más lejos: al otro lado del Manzanares, lindando con la Casa de Campo y la Carretera de Extremadura y que no sabemos por qué se les llama también La Tela.

Estos terrenos hacia 1860, a petición del Ayuntamiento, son incluidos en la desamortización y se decide venderlos, lo que da lugar a una serie de protestas por parte del visitador general de ganaderías y cañadas, que ve en ello menoscabo para las ganaderías. El Ayuntamiento justifica su venta, diciendo que sólo se usan dichos terrenos «como punto de parada y descanso para la carretería de carbón y maderamen».

Volviendo a la decisión de la Villa de convertirlo en jardines, el director de arbolado, en 1858, presenta un proyecto sobre ello. En la memoria nos describe cómo está en ese momento el lugar: «La forma del terreno es de un trapecio irregular y en él existen plantadas tres calles de árboles con bastante buen estado, que sirven para dar paso a los carruajes que bajan por la Cuesta de la Vega y a las personas que salen, tanto de día como de noche, por la Puerta de Segovia y van al río o a la Virgen del Puerto.» Su opinión es que se debe hacer un bosquecillo de árboles de hoja perenne, tales como pinos y tuyas, y además retamas y aligustres que necesitan pocos cuidados. Presenta un proyecto en que se ve una plazoleta central, atravesada radialmente por varios paseos rectos que convergen en ella y otros senderos más estrechos que conducen a plazoletas pequeñas. Para hacerlo, ya que el suelo está recubierto de escombros, habría que allanarlo y traer tierra vegetal a fin de poner además césped. El proyecto fue aprobado y dado a conocer a la reina Isabel II, la cual manifiesta su agrado y pide que se coloquen bancos en las plazoletas y que no dejen de ponerse pinos en la plantación (6).

C. R. P.

- (1) ASA 10-89-39.
- (2) ASA 1-122-17.
- (3) ASA 3-89-3.
- (4) ASA 3-89-6.
- (5) ASA 4-196-109.

DE LA PLAYA DE RECOLETOS A LA MARIBLANCA

Por ANTONIO DIAZ-CANABATE

LA NOVIA DE CAMPOAMOR

Finalizaba el siglo XIX. Muy poco tiempo le quedaba de vida porque transcurría el 1899. Tarde de primavera. Del portal de una casa situada en la madrileña calle de Recoletos, casi frente a la de Villalar, sale don Ramón de Campoamor, que en el mes de septiembre cumplirá ochenta y dos años. Ya está muy atropellado el gran poeta. En su físico se aprecian las huellas de la vejez. Su mente, en cambio, no ha decaído. Conserva completa lucidez. Lentamente camina apoyado en el brazo de un acompañante. Enfilan hacia la calle de Serrano. Tuercen a la derecha y al poco llegan a la plaza de la Independencia y penetran en el Retiro.

Apenas han traspasado la verja cuando una niña que jugaba con un aro se precipita sobre don Ramón y por poco le derriba. Se enfurece el acompañante de Campoamor y a tiempo que increpa a la criatura le propina un leve cachete provocador de copiosa llantina en la chiquilla. Don Ramón la consuela. «Mira, mira lo que hago con este señor tan malo.» Don Ramón alza la mano y la



sacude en la espalda de su acompañante. «Toma lo que te has merecido por haber pegado a esta niña tan guapa. No llores tú, monina, que te pones muy feína llorando.» La llantina infantil cesa en el acto. La niña sonríe. El poeta también.

—¿Cómo te llamas?

—Leonor.

—¡Uy, que nombre tan bonito!

Se hacen amigos. Charlan. Don Ramón demanda:

—¿Vienes todos los días al Retiro?

—Sí, todos los días.

—Pues mañana te traeré unos caramelos muy ricos que tengo yo para las niñas guapas que se llaman Leonor. ¿Vives por aquí cerca?

—En la calle de Recoletos.

—¡Anda, si somos vecinos! Yo también vivo allí.

Desde el día siguiente todas las tardes Campoamor llegaba al Retiro provisto de un dulce obsequio y la niña en cuanto lo veía se precipitaba en sus brazos. Abandonaba sus juegos y se sentaba en un banco con el poeta y durante un gran rato no paraban de hablar los dos. Una tarde don Ramón no se sentía bien. «No tengo ninguna gana de salir, pero no tengo más remedio. ¡Qué pensaría Leonor de mí! Quizá que le soy infiel o tal vez que me he cansado de llevarle caramelos. ¡También es ocurrencia a mis años echarme una novia! Porque Leonor es mi novia. Me lo dijo la otra tarde: «¿Sabes lo que me ha dicho la tata? Que parecemos dos novios, que no paramos de hablar.» Y yo la dije que era verdad, que era mi novia. Y la muy pícara me preguntó: «¿Entonces cuándo nos casamos?» «Cuando tú quieras», la contesté, y se quedó tan contenta. Mucho trabajo me cuesta, pero no tengo otro remedio que acudir a mi cita amorosa.»

El verano cortó las relaciones. Los novios se ausentaron de Madrid cada uno por su lado. El poeta escribió a Leonor cuatro o cinco cartas. En el otoño el noviazgo apenas prosperó porque el novio hacía rabona la mayor parte de las tardes. Durante todo el año 1900 a don Ramón de Campoamor se le recrudecieron sus achaques. Si salía de casa, lo hacía en coche. Leonor le olvidó. Y un día, el 13 de febrero de 1901, la tranquila y silenciosa calle de Recoletos vio turbada su placidez por multitud de coches y muchedumbre de personas que acudían al entierro del gran poeta don Ramón de

Campoamor. Leonor ni se enteró siquiera. Estaba en el Retiro jugando a las cuatro esquinas.

EL LUJO, LAS MUDANZAS Y LAS DIVERSIONES DE ANTAÑO

Pasaron los años. Leonor había cumplido dieciséis años. No se habían mudado de la calle de Recoletos. Sus padres eran un matrimonio raro. Odiaban las mudanzas en época en la que en un dos por tres la gente cargaba con sus bártulos y trasladaban su domicilio como nómadas de pura raza. Para los que somos sedentarios por naturaleza, esto es incomprensible. ¿Existe algo más inútil que un refrán? Lo dificulto. Todo el mundo lo dice y nadie les hace caso. Cuando por Madrid circulaban carros y carros de mudanzas, siempre había alguien que al contemplarlos sentenciaba: tres mudanzas equivalen a un incendio. Bueno, pues los hogares se quemaban que era un gusto, un placer para sus dueños que puede afirmarse degeneraba en vicio, como lo demostraba esa costumbre tan extendida.

Por los Madriles de antaño no abundaban las diversiones. Casi pueden reducirse a dos: las tertulias caseras o cafeteras y el teatro. El entretenimiento cotidiano era la tertulia. El teatro se consideraba como un lujo y entonces el lujo no se hallaba tan extendido como en estos días, en los que se muestra tan difundido que hasta en los bares más populares han llegado las ostras y esos mariscos que se han subido tan altos, a la parra de lo caro, que el escaparate donde se exhiben equivale a los antiguos de las joyerías más encopetadas, con una diferencia: ante aquellos escaparates, en los cuales se esparcían las joyas rutilantes, los pelanas se detenían como meros curiosos, sin que se les pasara por la imaginación entrar y adquirir un brazalete de brillantes inasequible a su potencia económica. «¡Vaya solitario el de esa sortija! No creas que le iba a venir mal la compañía de uno de mis dedos», decía ella a él, y seguían su camino sin más comentarios. En cambio, hoy, una parejita se queda ensimismada delante de un montón de mariscos de todas clases: «Fíjate qué percebes, enanos y gordos, que son los buenos. Se me hace la boca agua», exclama ella. «Pues ahora mismo se te va a hacer percebes, porque nos vamos a comer

un par de raciones o las que te cumplan», concede él. Y entran y se los comen empujados con vino blanco. No digo que los encumbrados percebes valgan en proporción a lo que valía el solitario, pero sí que su precio es de superlujo, que satisfacen sin dudarlos humildes gentes derrochonas en fruslerías y antojos superfluos, antes sólo privativos de los potentados.

Por esto el teatro lo frecuentaban los pudientes o los troneras de ambos sexos. La burguesía y el pueblo se contentaban en acudir únicamente en fechas señaladas. Las tertulias, aunque consumían buena porción de tiempo, no bastaban a llenar las largas horas destinadas al ocio, a la huelga, ya que no a la juerga y había que matarlas de alguna manera. Uno de los recursos se basaba en visitar pisos desalquilados. La esposa proponía a su esposo y a sus hijos: «¿Queréis que esta tarde la dediquemos en recorrer pisos desalquilados?» La familia palmoteaba jubilosamente y se aceptaba el paseo por unanimidad. Un piso aparente les hacía tilín y sin más ni más se decretaba la mudanza.

UNA CALLE JUNTO A UNA PLAYA

A los padres de Leonor no había quien los arrancara de la calle de Recoletos. «No cambio este pisito ni por el palacio de Liria», aseguraba el padre, muy ufano. «Dicen que esta calle está alejada del centro y en un cuarto de hora me planto en plena Puerta del Sol y la Cibeles es nuestra vecina ilustre y estamos a un paso del Retiro y de la playa de Recoletos. ¿Y esto? ¿No es nada esto de no necesitar veranear porque tenemos la playa al lado? Porque a mí que no me digan, ni cambio mi pisito por el palacio de Liria, ni la playa de Recoletos por la de La Concha de San Sebastián.»

¡La playa de Recoletos! ¿Por qué llamar playa a un hermoso paseo? Ignoro a quién se le ocurrió. ¿Estaba justificado? Ya se comprenderá que no. En todo caso, era una playa nocturna. Por las mañanas unos cuantos arrapiezos correteaban por allí y alguno llevaba una pala y un cubo y se veía y se deseaba para recoger no arena, sino polvo, que cegaba sus ojos y ensuciaba su ropa. Durante el día eran escasos los transeúntes que cruzaban Recoletos. La



animación comenzaba ya bien entrado el anochecer y culminaba después de cenar.

EL AIRE DEL GUADARRAMA

Entonces comparecía el primer veraneante, el aire guadarrameño, el calumniado aire del Guadarrama al que se achacaban todas las pulmonías que diezmaban a los madrileños. Esto es probable que fuera cierto. Pero ¿qué iba a hacer el aire du-

rante el invierno? ¿Quedarse en los riscos serranos? Imposible. Se lo impedía y se lo impide el enorme cariño que tiene a Madrid, tan intenso que no puede vivir sin pegarse un garbeo por los Madriles en todo tiempo. ¡Pobre aire guadarrameño! Sé de buena tinta que está desesperado. No es para menos. El aire abandona las cumbres de la sierra. Emprende el vuelo alegre y retozón. Se aburre de tanto murmurar con los pinos de Siete Picos. A la Mujer Muerta de su sierra, prefiere las mu-

jeres vivas de la calle de Alcalá. Al silencio y paz de La Pedriza, el clamoreo y tumulto de la Puerta del Sol. Emprende el vuelo con el ánimo dispuesto al jolgorio ciudadano. En breves momentos, Madrid en lontananza. Toda su vida —¡y cuidado que el aire es viejo!— ha distinguido la capital, clara, nítida, tan nítida y tan clara como la Fuenfría y desde unos pocos años se le aparece envuelta en espeso velo formado por denso humo. Siempre tiene la esperanza de que sea pasajero fenóme-

no. Siempre también la ilusión de que su poderosa fuerza con poco esfuerzo disipe de un soplo tamaña suciedad. No escarmienta. Un día y otro comprueba su impotencia, la pureza de sus alas no solamente se estrella contra la muralla humosa, sino que se ve sumergido en aquel mar de impurezas que convierte su soplo de aire fino y sutil en el escape apestoso de un motor de automóvil. Los madrileños ya no se mueren de pulmonía. ¡Cuánto más bonito hincar el pico por un aire limpio, oloroso a tomillo y romero, que no por tufo formado por demonios químicos salidos de las entrañas de miles de motores y cientos de chimeneas y demás encantos del progreso!

CORRILLOS, FRASES Y TORTOLOS DE LA PLAYA RECOLETOS

Nos hemos ido por los cerros del Guadarrama y es preciso volver a la playa de Recoletos. Decíamos que el guadarrameño aire era el primer veraneante que puntualmente llegaba a ella todas las noches veraniegas. A veces se retrasaba y ya habían sonado las doce en el reloj del Banco de España y los pájaros se asaban en sus nidos y los playeros en las sillas, que se extendían en el andén izquierdo, conforme se sale de la Cibeles. La acera derecha, más estrecha, se veía desierta, como si estuviera muy alejada de la playa. Los playeros formaban corros más o menos nutridos. Cada corrillo tenía al lado por lo menos un par de parejas sometidas a la vigilancia de la madre de ella. Unas noches en un corrillo y otras en otro, siempre algún ingenio observaba.

—Ya están esos tórtolos haciendo ganchillo con las narices.

—¡Ay, hijo, no se van a hablar por un tubo acústico o por un teléfono de estos de ahora!—se queja la madre de la tórtola.

Las noches en que el aire del Guadarrama brillaba por su ausencia, como decía un señor de esos redichos, el desasosiego se apoderaba de la playa. Todos los ojos se alzan a los árboles.

—Es que no se mueve ni una hoja.

—Como que parece totalmente una decoración de teatro.

Estas frases tampoco faltaban nunca. Funcionaban furiosamente los abanicos. Las vendedoras de

agua con azucarillo o aguardiente, que constituían el gran sibaritismo de los corrillos, no daban paz al bote.

—Paca, que lo vengo notando hace ya noches, que esta agua no es de la fuente del Berro, que la coges ahí en la Cibeles, que es agua gorda y bien gorda—reclamaba uno que se las daba de experto catador.

—Usted tiene el paladar a la funerala.

—¿A la funerala? ¿Qué quieres decir?

—Yo me entiendo. Algo así como que quiere usted presumir delante de la reunión y conmigo no, que yo soy tan honrá como la primera y si digo que es de la fuente del Berro, eso va a misa.

Cuando al fin el aire se presentaba, se le recibía con zapatetas palabreras, casi con un clamor general. Los piropos brincaban aquí y allá. Un tórtolo le decía a su tórtola, muy bajito, al oído:

—¿Ha sido un beso que se te ha escapado o es la brisa marina que acaba de llegar?

A los pocos minutos varias señoras se cubrían con un chal o una talma.

—Se ha hecho esperar, pero viene directo del puerto de Navacerrada.

—Esto se dice y no se cree. Ni en una noche como ésta puede una dejar de abrigarse.

Por todo el ámbito de la incomparable playa volaban las alabanzas. Dos frases volteaban en un corrillo sí y en otro también:

—Ya lo dijo don Francisco Silvela. El verano en Madrid sin familia y con dinero, Baden Baden.

—El único inconveniente del verano madrileño es que por las noches hace demasiado fresco, por no decir frío.

—Como que anoche tuve que echarme una manta en la cama —asegura uno pasándose de rosca, con el asentimiento general.

LAS MAREAS DEL AMOR

La playa de Recoletos rebosaba de veraneantes. Los corrillos de las sillas los formaban la gente grave. La juventud recorría arriba y abajo la distancia de la Cibeles hasta la esquina de la calle del Saúco, hoy Prim, donde terminaba la playa. Eran los que hacían a modo de bañistas que se zambullían en un mar de miradas. En la playa de Reco-

tos las mareas siempre eran vivas porque eran mareas amorosas. Marea alta que terminaba en noviazgo. La marea baja del desengaño.

Una víctima de esta marea baja fue Leonor, que, ¡cómo no!, no faltaba noche a la playa que consideraba como suya. Con sus dieciséis años cumplidos, ya no iba al colegio. Ya sabía bastante con la instrucción primaria, su poquito de labores caseras, algo de dibujo y teclear ramplonamente el piano. Entonces a nadie se le ocurría que una mujercita pudiera estudiar el bachillerato. Es decir, sí, había una segunda enseñanza, la de atrapar un novio que viniera con los papeles para el casorio debajo del brazo. ¡Cuánto más sencillo y hacedero el empaparse de latín, trigonometría y psicología, lógica y ética! ¡Menudo bachillerato el del amor en aquellos tiempos! Leonor era monilla, pizpireta y con gancho para los galanes que revoloteaban por los corrillos. Conoció al hijo de un matrimonio contertulio de sus padres. Buen partido, pues estudiaba nada menos que para ingeniero de Caminos, que en esa época cortaban el bacalao de las niñas casaderas. Empezaron a tontear. El muchacho no se arrancaba. Era tremendo eso de arrancarse a una declaración amorosa. En la Puerta del Sol se vendían a voz en grito modelos de cartas para enamorados irresolutos. Mediaba el verano cuando ya Leonor desesperaba el oír las anheladas palabras del futuro ingeniero, que al fin se decidió en poner en su conocimiento que la amaba desde el mismo momento que la conoció. ¡Noche inolvidable! La declaración estalló frente a la iglesia de San Pascual. Fue rotundo el mancebo.

—¿Quieres que nos casemos ahí en San Pascual? No me faltan más que cinco años para terminar la carrera, en el supuesto de que no tenga que repetir alguno...

La respuesta fue de cajón:

—Lo pensaré. Tengo que consultar con mis padres.

—Me parece bien. ¿Y si dicen sí? —Entonces...

Se calló, pero dirigió sus ojos con mirada muy expresiva hacia la iglesia de San Pascual.

Acordes los padres de ambos se formalizaron las relaciones. Una noche, ya a primeros de septiembre, cuando en la playa de Recoletos declinaba la animación con barruntos de la desbandada otoñal..., noche in-

olvidable como aquella otra, se rompió el noviazgo. Iba el amor por el mar de la playa de Recoletos viento en popa. Los tórtolos hacían ganchillo con las narices arrebatados por palabras ardientes. De pronto él dijo:

—Nunca te he preguntado si has tenido otro novio.

—Sí, he tenido uno—contesta rápida y con regocijo.

—¿Y lo dices tan contenta? Señala de que le has querido más que a mí.

—Lo quise porque era muy bueno y muy listo. Era poeta, un gran poeta. Se llamaba don Ramón de Campoamor.

—¿El autor del *El tren expreso* y de las *Doloras*?

—El mismo.

—¿Y fue tu novio? ¡Pero si creo que se murió hace muchos años con más de ochenta! ¡Vaya una bromita de la niña! No le veo la gracia, porque me ha dado un vuelco el corazón. Siempre pensé que yo era tu primer amor.

—Pues eres el segundo.

Le contó la inocente historia. ¡Increíble! El muy imbécil del futuro ingeniero lo tomó por la tremenda. Se liaron de palabras, que si esto, que si lo otro, que si fue, que si vino. Tantas tonterías se le escaparon al galán que Leonor corta por lo sano.

—Hemos terminado para los restos. Jamás me podría entender contigo. Sabrás muchas matemáticas, pero eres un zoquete.

No hubo arreglo. La nube amorosa del verano pasó. ¡Pasaban tantas sin penetrar en la iglesia de San Pascual!

No sé si un buen día o un mal día, la playa de Recoletos desapareció, tragada por un maremoto, por la tremenda sacudida del crecimiento y transformación de Madrid que arrampló con unas costumbres e introdujo otras muy dispares.

ENCUENTRO DE LEONOR Y DE LA MARIBLANCA

Pocos madrileños o vecinos antiguos de Madrid se acordarán de la playa de Recoletos. Nada queda que pueda recordarla. Ultimamente tan bello trozo madrileño ha sido objeto de un nuevo trazado. Lo más saliente de la reforma es la instalación precisamente en el cogollo de lo que fue la antañona playa de una estatua muy nombrada en la historia de la Villa: la Mariblanca. ¿Quién fue la Mariblanca? No se sabe a ciencia cierta. Hay quien opina que representa a Venus, otros que a Diana. Y en ese caso, ¿por qué la llamaron Mariblanca? Dicen que este eufónico mote se les ocurrió a los aguadores que llenaban sus cubas en los cuatro caños de la fuente emplazada en la Puerta del Sol. Allí, la diosa o lo que fuera vivió más de un siglo, desde los principios del XVIII hasta el 1840, que se muda a la plaza del Celenque y luego a la plaza de las Descalzas y después, no se sabe por qué pecados, condenada a la prisión de los almacenes de la Villa. ¡Infeliz Mariblanca encerrada por más de cien años! Verdaderamente tiene que ser una diosa, que ya sabemos son inmortales.

Con sus doscientos cincuenta o sesenta años auestas, la Mariblanca, indultada de su larga encerrona, vuelve a la vida ciudadana tan pimpante como si no hubiera estado una temporada a la sombra. Para que recuerde sus buenos tiempos le han colocado a sus pies una somera fuente que alimenta un largo y estrecho estanque. Y allí está al parecer tan contenta, arropada por cuatro columnas.

La Mariblanca no es muy alta, no mal parecida, algo chatunga. Allí está luciendo sus bellas formas, muy ligera de ropa. Apoya su mano izquierda en la cabeza de un niño bastante feo el pobre y manquito de la mano derecha. ¿Sería un hijo de la Mariblanca? Lo sospecho, porque la diosa también está manca de la mis-

ma mano. A pesar de esto tiene muy buen ver y a los madrileños nos alegra mucho volver a tenerla entre nosotros.

Leonor, que anda por los ochenta y uno u ochenta y dos, pero muy requetebien llevados, viuda de un abogado de pingüe bufete que la hizo feliz y la dejó un saneado capitalito, llega un día ante la Mariblanca con una de sus nietas. Se para ante la estatua. En el pedestal se lee: «La Mariblanca». La muchacha pregunta:

—Abuelita, ¿quién fue la Mariblanca?

Leonor no tiene ni idea, pero no se para en barras.

—No lo sé. Por las trazas, a lo mejor una peliculera.

—No me suena.

Como la muchacha está a punto de ser bachiller, añade:

—Más bien me parece una venus con el tonto de Cupido. ¿Tú crees que Cupido es el que arregla y desarregla los amores?

—Hija, me haces unas preguntas que ya, ya. Ten en cuenta que yo no estudié el bachillerato. Si ese niño es Cupido y Cupido es el que se dedica a arreglar y desarreglar amores, está muy bien colocado aquí, porque aquí mismito reñí con mi primer novio, que me resultó un majadero, y aquí también conocí a tu abuelo, que me salió un marido muy cabal, porque aquí estaba lo que en mi juventud se llamaba la playa de Recoletos, y como yo vivía a dos pasos, veraneábamos en ella y no te puedes figurar lo bien que lo pasábamos.

—¡No me digas! ¿Una playa aquí? ¿Y lo pasabais bomba? Cuéntame, cuéntame.

Y la abuela narra a la nieta la historia de Campoamor y el ingeniero, las noches playeras y sus amores con el abogado.

—Abuelita, eres un cielo. Si yo fuera alcalde quitaría a la Mariblanca y ponía tu estatua. Tú fuiste la diosa de la playa de Recoletos.

—¡Ay, no, hija, con el frío que pasará la pobre con tan poca ropa!

A. D.-C.

LA REFORMA DEL VIEJO CASCO URBANO

Se ha basado en la conjunción armónica de tres elementos: el jardín,
la fuente, el árbol

ANTE LA IMPOSIBILIDAD DE ABRIR NUEVOS
VIALES, SE HA OPTADO POR HACERLO MENOS
ARIDO, MAS GRATO DE HABITAR Y VISITAR

Por Manuel MARLASCA PEREZ

LA necesidad de una reforma interior de Madrid se venía sintiendo desde siempre, pero muy particular e inaplazablemente desde que el *boom* automovilístico comenzó a asfixiar a la ciudad. Perdida la gran oportunidad de 1939—fecha en la que se pudo y se debió realizar la gran transformación interna—y por aquello de que agua pasada dicen que no mueve molino, hubo que seguir el cauce de otras que llegaron, aunque algo procelosas, y navegar por ellas bien aferradas al timón de unos proyectos a los que forzaba la misma riada de las cir-



Un oasis, un nuevo pulmón para la ciudad ha surgido en la plaza de San Ildefonso.

cunstancias y a los que necesariamente había que llevar a puerto seguro.

Mas ¿qué podría hacerse en cuanto a la reforma interior de la capital si su centro urbano es irreformable? Pensar en su remodelación a base de la apertura de nuevos viales suponía tanto como planear o proyectar una ficción ideal, pero de imposible reali-

zación, es decir, una utopía. No cabía, pues, más solución que la de hacer de ese centro urbano—víctima de la centralización y, por ende, del automóvil—un lugar menos árido, más grato de habitar y más visitable, menos incómodo, en fin. Las nuevas avenidas, los nuevos parques, los nuevos conceptos del urbanismo ya sólo podían tener aplicación en el Madrid que crecía, crece y seguirá creciendo por la



*Bajo la superficie, su estacionamiento,
cubierto por los remodelados jardines del
arquitecto Ribera.*

periferia, llevando la ciudad al campo por los cuatro
puntos principales de la rosa de los vientos.

UN JARDIN, UN ARBOL, UNA FUENTE

«Allá donde exista un hueco, surja un jardín, un
árbol, una fuente», dijo don Carlos Arias Navarro.

Pocas facilidades brindaba el viejo casco urbano de la capital a la realización del empeño. Sin embargo, se consiguieron éxitos notables. En dos puntos neurálgicos se dolía el centro: la plaza del Carmen y la plaza de San Ildefonso. En una y otra se alzaban anacrónicos, antiestéticos mercados. A sus derribos se oponían los intereses creados. A conseguir aquéllos y sortear éstos contribuyó eficazmente la labor de la Delegación Municipal de Abastos y Mercados. A través de ella, la Casa de la Villa logró reivindicar ambas superficies para entregarlas al dominio y solaz públicos. Bajo la plaza del Carmen se construyeron mercado y estacionamiento subterráneo por los mismos industriales establecidos en su superficie, reunidos en cooperativa. El área que ocupaban los puestos fue ganada —con cesión municipal de un solar anexo al viejo mer-

Un poco más hacia el Noroeste, entre la Corredera Alta y la calle de Fuencarral, se situaba el otro punto neurálgico: el viejo mercado de San Ildefonso. Llegado que se hubo a un acuerdo con los comerciantes que en él tenían su *modus vivendi*, el mercado fue demolido. Y al desaparecer, su solar dio paso a un jardín, en el que los habitantes de la zona han hallado un oasis y la ciudad un nuevo pulmón que la ayude a seguir respirando.

A wide-angle photograph of the Plaza de España in Madrid, Spain. The plaza is a large, semi-circular open space with a central fountain and a large, ornate building in the background. The building features a prominent dome and classical architectural elements. The plaza is surrounded by green lawns and young trees, with several people walking around. The sky is blue with some clouds.

45

edificios, quedarán disimuladas con obras de adecentamientos que darán al conjunto el aspecto de una plaza porticada.

FUENTES Y ARBOLES

Es así como, sin prisas, pero sin pausas, se va transformando el viejo casco urbano. Este dotar de nuevos jardines al centro de la ciudad tiene su continuidad en otra obra doblemente refrescante: la siembra de árboles y fuentes. Allá donde surge una posibilidad se planta un árbol, como en el trozo de la calle de la Montera comprendido entre las de Caballero de Gracia y Jardines. Una promesa de pasaje umbroso apunta allá para consuelo del caminante. Y son muchos los rincones del casco viejo de la ciudad en los que se han aprovechado análogas coyunturas.

Poco a poco, a la árida panorámica—paramera de asfalto—que caracteriza a nuestra Gran Vía va sustituyéndola una refrescante visión de árboles y fuentes, de aguas cantarinas, de salpicaduras agradecidas. Donde no se puede plantar un árbol o dar cabida a un jardín, surgen las macetas, macetones o tiestos de cuidadas flores y plantas, productoras de oxígeno, que dan policromado aspecto de oasis al desierto de cemento y asfalto. Y nacen isletas para la mejor circu-

lación rodada, a las que pronto la Dirección de Parques y Jardines da un segundo destino de parterres en los que la flor y la planta sonríen al sol y al caminante. Y allá donde no llega el árbol, arriban las fuentes, prometedoras de frescores, como en la plaza del Callao, y en el hueco dejado por el antiguo templete del Metro en la Red de San Luis (felizmente desmontado y cedido a Porriños), donde los cachones ponen la nota blanca del agua hecha espuma, entre el acharolado de los automóviles que circundan a la fuente como si sus sudorosos motores buscaran, al igual que los humanos en estos tórridos meses, el consolante frescor del agua, que, juguetona, salta desde la fuente a la calle, rociándolos.

La reforma interior es un hecho. Muchas más pruebas de que así ocurre podrían acompañar a las ya expuestas. Pero no es necesario, ya que está en el conocimiento y en el convencimiento de todos que allá donde surge la posibilidad de hacerlo se planta un árbol, se construye un jardín o se monta una fuente. Y todos también estamos persuadidos de que el Ayuntamiento proseguirá en tan saludable política de poner acentos de humanidad y de urbanismo de última hora en el panorama interno de Madrid mediante la fuente, el árbol y el jardín.

M. M.



En la Gran Vía, el consolante frescor del agua hecha espuma blanca.

LA MESA EN EL MADRID ROMANTICO

Por JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS



¿Qué concepto de la gastronomía tenían en Madrid los románticos de la Corte o venidos a ella, desde las mesas del duque de Rivas o del duque de Frías hasta la del aburguesado madrileño o llegado de provincias?

Porque la más que media clase o «clase media»—exceptuando al «cesante», que comía a veces de milagro—y el pueblo soberano, en toda su amplia escala, interpretaban en sus mesas, mejor o peor, la tradicional comida española según sus medios económicos y las circunstancias que le rodeaban, porque, por ejemplo, el pescado, para unos y otros por igual, se anunciaba en el *Diario*, que se podía comprar *fresco* porque lo había traído un «maragato» a «precios arreglados» o la posada o parador tal o cual, como otras cosas de que se proveían las mesas de la Corte.

Pero las gentes de la buena sociedad, las «personas finas» y aun «las personas decentes», ya iban observando decididamente, aunque de modo tímido y a veces algo torpe en interpretarlo, lo que sucedía en la mesa al otro lado de los Pirineos e imitaban como podían la gran cocina francesa, triunfante ya por encima de la italiana misma, su gran antecesora, no desdeñando tampoco, casi siempre a través de Francia, las influencias de otras cocinas europeas, como de Inglaterra o Alemania.

Un escritor romántico polifacético, don Mariano de Rementería y Fica, escribió desde Madrid un *Manual del cocinero*, del que la séptima edición nada menos es de 1845,

y otro «traducido del francés», *El hombre fino*—Madrid, 1830, 2.^a edición—, algo complemento suyo, cuyas doctrinas no hay duda que se difundieron en el período romántico madrileño.

Nos deja algo perplejos, sin embargo, su editor cuando entre las ventajas de su lectura figura la de «evitar las indigestiones y hacer menos frecuentes los cólicos».

La verdad, ¿quién podría pensar esto de aquellas damitas capaces de beber vinagre para recordar a Margarita Gautier, «a la mode», y aquellos galanes estilizados?... Pero «cuando el río suena»... Me recuerda lo que oí a una madrileña neta que, hablando de su hija, colocada en un secretariado, decía entre quejosa y admirativa: «No le gusta lo que comemos en casa; se ha vuelto una romántica y sólo come jamón y chorizo». Pero veo ahora que tenía más fundamento intuitivo del que me imaginaba...

En la mesa, Rementería es, con razón, inexorable: «Las personas que entran en sociedad y quieren ensayarse (!) en una mesa» deberán trinchar perfectamente cuanto les pongan delante, bien fuere el anfitrión o el invitado a quien honrara con sustituirle en tan nada fácil menester; con decir que lo mismo se trinchaba un «cuarto de ternera», que «un cordero entero» o una cabeza de jabalí o de cerdo, no menos completa, dará idea de las condiciones físicas que había de reunir el que lo hiciere, pues al lado de esto el trinchar pavos, pollos y demás aves venía a ser una fruslería disecativa.

El que trinchaba debía demostrar su galantería y amabilidad con las personas más respetables y sobre todo con las damas, ofreciéndoles lo considerado más estimable de cada plato. He aquí lo que se consideraba más digno de ser ofrecido: de la lengua, la parte del centro; de la cabeza de ternera, «los ojos y sus ruedos y circunferencias»—¡*horrendo referens!*—, las quijadas y las orejas; del carnero, lo contenido «en el hueco del omóplato»; la piel tostada del cochinillo, desdeñándose casi su carne; del rodaballo, «las mandíbulas y lo más próximo a ellas»...

Aunque el gastrónomo Rementería dice esto muy en serio, la verdad es que queda la duda si lo prescribía dejando para sí lo más suculento.



Además de los platos aludidos, son dignos de recordación aquellos en que la cocina extranjera se nos descubre, aunque lejana, como *sopa a la Bearnesa*, *sopa de tortuga*, *menestra a la Condé*, *salsa a la Provenzale*, *bistec (sic)*, *pechugas* y *patas de ganso en conserva*, es de-

cir, *confits*, *arenques ahumados*, *os-tras*—¡pero cocidas y en salsa picante!—, *raya con manteca negra*, muy de la cocina francesa, olvidando el refrán santanderino «Por mal que te vaya, no comas raya»; *judías frescas a la inglesa*, *tufas-trufas*, claro es que cree «planta origi-



naria de las Indias» y dice que saben a alcachofa; *biscochos de Moscovia*, *pudines*, *helado de céfiro*, que ignoro de dónde procedía, pero que no hay más que pedir en cuanto a frescor...

La misma influencia francesa se descubre en el empleo de la man-

tequilla, aromatizada o no, para guisar varios platos; de las *esencias*, bien traducido de *fumets*...

El resto es de la cocina española, como la aludida, por ejemplo, en *Un castellano viejo*, de Larra, y en algunos tratados culinarios de la época, más o menos remozada y

perfeccionada, con escasísimas exquisiteces.

Los vinos que cita, sin aplicar ninguno a los platos que enumera, constituyen seguramente la lista más completa de la época. En su mayoría son extranjeros, y sobre todo franceses e italianos, amén de



estos españoles — unos olvidados, otros desconocidos como famosos para la mayoría—: *Alicante, Benicarló, Canarias*—el citado por Shakespeare—, *Jerez* [sin distinción de tipos]: *Málaga, Malvasía de Tenerife, Montilla, Rancio (sic), Rota, San Jorge, Tormilla, Valdepeñas*. Es raro que falten otros de La Mancha bien conocidos, que seguramente se designan con el último, como ahora, y el *Priorato*, y, naturalmente, no figura el *Rioja* por ser creación posterior sus vinos de mesa, aunque había otros muchos que podía o debía haber conocido.

En cambio nos describe con detalle los cuatro servicios o cuatro tandas de alimentos y platos con que se cubrían sucesivamente las mesas de postín, que resumo por lo extensos: sopas, entremeses o «platillos fríos», ensaladas, asados diversos, pescados, pastas, etcétera, y los postres abundantes y en verdad fabulosos, muchos de la dulcería, pastelería y repostería clásicas. El queso, ni se nombra, pese a haber leído el autor a Brillat-Savarin, con lo cual cada comida era una bella tuerta, según el escritor francés.

De éste vienen en parte las observaciones que sobre la mesa hace Rementería, asistente seguramente como literato y «hombre fino» a las principales de la corte isabelina, muy curiosas, y al tono de la época de contradicciones sorprendentes, aunque muchas gentes no lo crean.

Véanse algunas de las más expresivas en que no falta la galantería de que presumió tanto el Romanticismo, aunque se ve también que había dos estamentos, y no de próceres seguramente, sino de los correctos y de los que había que corregir sin duda alguna, pese que a lo correcto le fallan algunas cosas:

«Como el buen gastrónomo ha de sentarse a la mesa a lo menos una vez cada día, debe saber hacer los honores de ella, si fuere en su casa, y servir particularmente a las señoras en cualquiera otra donde se halle, y así el plato que tuviere delante ha de saber trincharle, no equivocando el que ha de servirse con cuchara con el que debe partirse con cuchillo, ni cortándole contra el uso diverso de cada pescado, aves, etcétera. Lo mismo digo del saber mondar y partir las frutas, helados y pastas.»

Y añade estas palabras, no sólo gastronómicas, sino reveladoras del aterrador ambiente social de la épo-



ca romántica, precursora del «frac azul» o «la levita» simbólicos y si se quiere, más gastronómicamente, de las «señoritas del pan pringao» —madrileñamente—, cuya ruta es la cursilería de fines de siglo:

«Cualquiera de estas [cosas antes expuestas] que parecen friolerías, si las hace con torpeza da una prueba de que no se ha criado en casa donde no hay semejantes platos, y, por consiguiente, que es hijo de pobres y humildes padres [¡evidente! ¿Y en cuántas los habría? ¡Increíble!], o que se ha criado con tal abandono que no sabe comer en una mesa fina y que ignora el mismo arte que profesa.»

En cambio, me parece que todos estaremos conformes con lo que sigue, y más si hubiera aludido a la supresión de discursos e «improvisaciones poéticas», tan al uso entonces en tales casos —fomentadas mucho por el marqués de Molins, entre otros—, después de ser bien aprendidas en casa casi siempre:

«Los brindis suelen no admitirse ya en algunas mesas de gente fina, porque, a la verdad, es una impertinencia el interrumpir a uno que tiene la boca llena (!) con un cumplimiento muy formal que muchas veces no viene al caso, y mucho menos cuando suelen estar en confusa alegría [¡vaya!] y que cada uno bebe por su gusto y no por la salud de otro; así, no se debe brindar a menos que no lo hagan los demás, en cuyo caso la cortesía nos prescribe, como en todo, conformarnos al estilo corriente en cada parte.»

«¡Cuántas y cuán varias—exclama arrobado Rementería—son las reglas que se han de observar en la mesa! ¡Qué de incongruencias se han de temer! La precipitación al sentarse, la elección de un puesto que no nos conviene, una ostentación de apetito pueril, ojos ávidos sobre los manjares, un aire goloso, unas manos siempre en movimiento, los dedos de continuo mojados y poca limpieza, son unas asquerosas groserías. Debe siempre evitarse: 1.º, el roer, golpear y sorber con ruido los huesos para sacarles la medula; 2.º, romper los huesos de la carne o fruta; 3.º, hacer ruido mascando o bebiendo; 4.º, entrar en el plato común, salsera, etcétera, con cuchara usada o pan mordido, o usar para su plato de la cuchara común. En suma, es cosa indecente el sentarse a la mesa o levantar-



se de ella antes que los otros; el manifestar preferencia a ciertos platos sin dar una razón que la justifique [¿sería necesaria una teoría pedagógico-prospectiva de su digestión?]; el extrañar ciertos platos, aunque para nosotros sean nuevos [confundiendo gastronomía e hipocresía], y el decidir magistralmente sobre los manjares, sus condimentos y mucho menos acerca del precio y escasez de ellos sin grande oportunidad.»

Y he aquí una recomendación que se ha cumplido y es obligada en nuestros días:

«Variedad de artes cisorias tenemos en todas lenguas [y en castellano la de don Enrique de Villena, que aún no se había popularizado por F. B. Navarro]; pero en realidad el método más cómodo, grato y libre de inconveniente para repartir los manjares es prevenir que se saquen a la mesa ya trinchados...»

Pero no era preciso para comer bien en la época romántica sentar-

se a tan complicadas mesas. Había fondas o restaurantes excelentes en que predominaban aún más los platos exquisitos que en la mayoría de las casas particulares a donde a veces se llevaban.

Mesonero Romanos da cumplida noticia de ellas: una de las más famosas, por sus reuniones políticas, fue *La Fontana de Oro*, en la Carrera de San Jerónimo, que inmortalizó Galdós; la más delicada quizá la de Gennyes, en la calle de la Reina, citada por Larra; *La Cruz de Malta*, en la calle de Caballero de Gracia, y menos importantes, la *Fonda de Europa*, en la calle de Arrenal, y la de *Los Dos Amigos*, en la calle de Alcalá, que, a pesar de todo, gozaron de mucha fama en su clase.

La Hostería de La Perona era la más popular de todas las de su clase, ya que la *hostería* era distinta e inferior a la fonda, lo que se comprueba en el comienzo de *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla. Otras eran *La Hostería del Caballo Blanco*, en la calle de Caballero de Gra-

cia; la de *El Carmen*, en la de su nombre; la hostería de la calle del Carbón—ya desaparecida, que iba de la del Desengaño a la de Jacome Trezzo o Jacometrezo—, la del Postigo de San Martín, la del Arco de San Ginés—ahora Pasadizo, junto a la iglesia—y la de la calle de la Gorguera, actualmente de Núñez de Arce. Y algunas más a veces lindaban con el *figón*, inferiorísimo, que llegó a la época del noventa y ocho.

Complementos de estos últimos eran las ventas y ventillas y ventorros con distintos grados de categoría, que abundaban en el barrio a quien dieron nombre las primeras, donde se reunían variopintos comensales.

Aparte de todo esto y con fuerza creciente fueron surgiendo las alojerías, donde se servía la *aloja*—compuesta de agua, miel y especias—y otros refrescos análogos, esparcidas por todo el ámbito madrileño, y, en fin, los cafés, que fueron desplazándolas y son bien conocidos, dominando a fines de siglo y comienzos de éste, y, por último, las chocolaterías, entre las que fue archifamosa la de *Doña Mariquita*, muy frecuentada por las damas, que estaba a la derecha de la entrada de la calle de Alcalá, por la Puerta del Sol—que aún logré ver con mis ojos de niño—, famosa no sólo por su chocolate, sino también por sus mojicones.

En fin, no quiero olvidar, de la

misma época romántica, un establecimiento aludido por Mesonero Romanos de esta suerte:

«Almacén de vinos de la calle de Fuencarral, llamado de *Los Andaluces*, en donde, bajo el lema de la muestra *Delicias de la Bética*, se sirven pescados y mariscos, vinos exquisitos y otros frutos de aquellas provincias que tantos apasionados tienen.»

En todo caso se trata de un sorprendente precursor de las actuales marisquerías, y hubiera sido curiosísimo y desalentador poder comparar los precios de las de ahora con los de aquellas *Delicias de la Bética*, en Madrid.

J. DE E.

Ilustraciones de Goñi.



LA POSADA DEL PEINE

Por CARMEN RUBIO PARDOS

Los periódicos y la televisión se han ocupado recientemente de la Posada del Peine, con motivo de su cierre definitivo. A todos ha impresionado el saber que data de 1610 y ha sido motivo más que suficiente para interesar a los madrileños.

El lugar de su emplazamiento es, como todos sabemos, la encrucijada que forma la calle de Postas con las de la Sal y calle del Conde de Plasencia.





Don Ramón de Mesonero Romanos nos habla de esta zona de la Villa en su obra *El antiguo Madrid*, y nos dice que allí es extremo el aprovechamiento del terreno, las casas son estrechas y altas, con infinitas tiendas de lencería, las calles angostas y sombrías, pero con una gran animación mercantil: «no hay un palmo de terreno que no esté dedicado a aparador de telas y mercaderías...» Y su fisonomía es semejante al Zacatín de Granada o la Rúa de Salamanca. Este gran bazar aparece retratado numerosas veces en nuestra literatura y podemos decir que su aspecto ha variado poco desde aquellos tiempos.

La calle de Conde de Plasencia ha tenido diferentes nombres. Se llama así por acuerdo del 7 de julio de 1939, hasta cuya fecha se llamaba calle de Pontejos. Este nombre se dio por acuerdo del 17 de marzo de 1848 a la que se llamaba de San Esteban. Pero anteriormente su nombre había sido el de calle del Vicario Viejo o Vieja, pues así aparece en los planos de Teixeira de 1656 y de Espinosa de 1769. Se llamaba así porque allí tenía audiencia el vicario, que según Peñasco y Cambronero era don Alvaro de Villegas, que luego pasó al Arzobispado de Toledo.

Mi curiosidad por saber qué había de cierto sobre la fecha de su apertura, 1610, que ostenta como una ejecutoria de nobleza en su portada, me ha llevado a leer el *Memorial de Pedro Tamayo*, de 1590 (1). Este, que pretendía una plaza de alguacil de la Villa, presentó al rey una relación de las posadas que había en Madrid, describiéndonos los barrios que recorrió. En ella nos dice «que reconoció de día y de noche la discrección del lugar y sitio, dexando de dormir en su cama hasta que amanecía sin ser de nadie sentido, fingiendo ser coxo y pobre, quexandose, y assi le dexaban de noche sin hazer caso del, y assi veía todo lo que quería». Hace saber al rey las gentes de mal vivir que han venido a la Villa desde que en ella se aposenta la Corte, por lo cual aconseja que en todas las posadas haya un libro donde se asienten los nombres de los

huéspedes que entran y salen, preguntándoles de dónde vienen y para qué. Y recomienda «que no se acoja a forasteros que no traigan cabalgadura o no truxesen fee de su pueblo». «En la calle del Vicario Viejo —nos dice— ay cuatro mesones donde paran casi todos los mas buhoneros franceses y gabachos». Los mesones que había eran el de Pero Picote, el Mesón de Nieva, el de Molienda y el de la Fruta. No aparece, pues, el del Peine en esa época.

Pero en el llamado «Libro de las calles de Madrid, sobre que se paga incómodas y terçias partes» (2) y que se refiere a las visitas realizadas en Madrid por la Junta de Aposentos de 1626 a 1632, aparece lo siguiente: «Calle del Vicario Viejo... Una casa de Pedro Domínguez, tratante, que la tiene incorporada a su mesón, que fue del aposentador Carabias. (Tassada en 21 ducados)... Una casilla del dicho Pedro Domínguez incorporada al dicho mesón, que fue de Isabel de Villalón (tassada en 20 ducados).»

Aunque no figure el nombre, éste podía ser muy bien por su emplazamiento el Mesón del Peine. En la relación aparece sólo otra casa después, donde termina la calle, que sería la que en 1892 se construyó de nueva planta y que hace esquina a Postas.

En nuestros autores clásicos son frecuentes las alusiones a los mesones. El nombre de Posada del Peine aparece en una obrita literaria llamada *el Baile de los mesones*, de Francisco Lanini (3), que vivió en el último tercio del siglo XVII. Es una pieza corta de teatro de los llamados «bailes cantados», que se representaban durante los entreactos de obras teatrales importantes. Como nos dice el ilustre bibliógrafo don Miguel Herrero, «la traviesa musa conceptista utiliza para hacerlo la topografía madrileña, buscando el equívoco de los rótulos que en la tablilla de la puerta tenían los mesones más conocidos de la Corte». Gracias a este pueril artificio, tenemos noticia de la mayor parte de los mesones de Madrid en aquella época.

Y dice en esta obrilla del *Baile de los mesones*:

...Para mujeres locas
que aman altivas
es el mesón más propio
la Torrecilla.
Para amantes peinados
que así se quieren
el mesón que les toca
es el del Peine.
Para los que enamoran
con mucho vino
el mesón de las Medias
donde hay cuartillos...

El nombre del Mesón del Peine aparece también en una relación de mesones de 1701, en la que dice:

Mesón del Peine, propiedad de Juan de Posada, calle de Postas (4).

Por último, en el sainete titulado *Socaliñas de Madrid*, de 1805 (5), se alude a él de esta forma:

PASCUAL: Este es el Mesón del Peine
veré si vino... tío Pedro,
¿cuándo ha sido la venida?

TÍO PEDRO: Hace muy pocos momentos.

En 1892 eran los propietarios de esta posada don Ramón Espino y sus hermanos y pidieron licencia al Ayuntamiento para edificar de nueva planta la casa contigua, que era también de su propiedad y es la que hace esquina a la calle de Postas, con el fin de ampliar esta posada.

Para ello se les obligó a retranquearse unos metros. Y en este expediente de construcción se incluye también la petición de licencia para hacer un templete encima de la Posada del Peine y colocar en él un reloj. Una vez terminada la casa, solicitan del Ayuntamiento que se haga cargo cuanto antes del trozo expropiado para ensanchar la calle, «pues con motivo de las fiestas del centenario de Colón estará esta nueva casa destinada a la recepción de viajeros...» (6).

LOS ANTIGUOS MESONES Y POSADAS DE MADRID

En la época de los Austrias, según Deleito y Peñuela (7), había en Madrid alguna diferencia entre los mesones y las posadas. Estas eran para gentes más distinguidas y las había públicas y secretas. Las secretas eran como las casas de huéspedes de ahora y mejores que las públicas, pues los huéspedes podían disponer de más de una habitación y recibían un trato regalado. Los mesones eran propios de trajinantes y arrieros, y en ellos no se daban comidas ni bebidas. Son conocidos los nombres de algunos de ellos: el de la Miel, el del Caballero, el de los Huevos, el de los Paños, el del Toro, el de la Media Luna, etc. Todos ellos han desaparecido y sólo quedaba ya el del Peine, cuyo nombre de mesón no sabemos cuando se cambió por el de posada.

Había también otros alojamientos aún más plebeyos; en ellos sólo se daba alojamiento con compañía. En la comedia de Rojas Zorrilla *Entre bobos anda el juego* dicen:

*"A las dos de la noche que ya han dado
de mi media con limpio me han sacado"*

Refiriéndose a la frase «media con limpio», dice el diccionario de autoridades «que en ciertas casillas y barrios de poco comercio dan posada y cama de noche a vagabundos y pordioseros y en cada cama duermen dos, pagando cada uno dos cuartos y capitulando que el compañero sea limpio y que no tenga sarna ni piojos ni tiña ni otra enfermedad contagiosa; y por ser media la cama y el compañero limpio se dio en llamar media con limpio a esta clase de alojamientos».

Por último, nuestros clásicos hablan con frecuencia del Mesón de la Estrella, que no encontramos en ninguna relación de posadas. Allí eran donde se hospedaban los que dormían al raso, es decir, los que no tenían alojamiento. Lope de Vega, en su obra *La burgalesa de Lerma*, dice:

*"Hermano, yo vivo junto a la Puerta del Sol
y mi compadre en el Mesón de la Estrella."*

Los forasteros que escriben memorias de sus viajes a Madrid hablan muy mal de nuestras posadas y demás alojamientos. Liñán publica una *Guía y aviso de forasteros que vienen a la Corte*, en la primera época

del siglo XVII, y dice que Madrid está lleno de truhanes y que huelen al forastero que trae dinero fresco.

En la discutida relación del viaje de Mme d'Aulnoy, ésta dice: «Los extranjeros acuden a Madrid con menos frecuencia que a otras capitales y obran cuerdamente, porque cuando no hay nadie que les procure un hospedaje en casa particular corren mucho riesgo de vivir malamente» (8).

En el Archivo de Villa se encuentran bastantes papeles sobre posada y mesones. Entre ellos, de lo más antiguo es una copia de una provisión real del año 1590, en la que entre otras cosas se dice:

«En los mesones de Madrid y su tierra y aun de todo el reino habían introducido una costumbre muy dañosa para todos los huéspedes y caminantes que estaban e ivan e venian a los dichos mesones y era que la cevada que davan para el gasto de los dichos mesones y bestias que a ella acudian lo tenían metido en parte oscura y allí lo median sin que las personas que lo avian de rescibir lo viesan». En vista de ello, el rey manda que se ponga la paja en lugar visible y lo mismo se haga con su precio para que no haya abusos en ello.

Se custodian también en el Archivo curiosas reclamaciones del gremio de mesoneros sobre las posadas secretas. Hay una de fecha 1698 (9), en la que se dice:

«Hay en esta Corte gran número de posadas secre-



tas, unas sin licencia ni insignia; otras, aunque con licencia, sin insignia o tan pequeñas que no se conoce, donde casi todos cuantos forasteros vienen y se hospedan y se van por gozar de su mayor libertad y que no tengan noticia dellos o por no estar expuestos a las visitas de las Rondas, y pueden resultar grandes delitos para ambas Majestades y daños a las Repúblicas y en particular a nosotros de modo que estamos pereciendo con nuestras casas vacías teniendo los demás la utilidad, y nosotros las cargas y gravámenes... Que los que más han hecho algunos ha sido poner unas tablillas pequeñas y clavadas en la pared de modo que apenas se puede reconocer sino es con mucho cuidado, frustrando con este disimulo la mente de las leyes y autos de buen gobierno y quedándose tan secretas como antes y sin las cargas que las públicas tienen.»

En 1796 se dicta otra provisión real (10), por la que se permite a los posaderos comprar todo género de comestibles para tener bien abastecidas sus casas. Ya en 1708 la Sala de Alcaldes de Casa y Corte lo autoriza, pues antes no estaba permitido, y dice: «que no se moleste a los arrieros por darles a probar un cortadillo».

Existen numerosos bandos exigiendo a los posaderos mandar relación de los huéspedes que tienen, de sus nombres, oficios y lugar de donde proceden. Hay uno de fecha 27 de julio de 1796, en el que la Sala de Alcaldes de Casa y Corte dice que escasean las viviendas y hay exceso de posadas, por lo que prohíbe por el momento que se abran otras nuevas (11).

Y terminemos el trabajo refiriéndonos de nuevo a la Posada del Peine. Poco ha cambiado con los tiempos la calle del Vicario Viejo, ahora del Conde de Plasencia, y la encrucijada de la calle de Postas. Siguen existiendo las antiguas casas y apenas son diferentes los comercios. La casa de la posada ha sufrido con el tiempo algunas reformas. Las cuerdas donde los huéspedes dejaban las caballerías han sido transformadas en tiendas. Incluso el gran portalón tiene dentro un pequeño comercio de material de electricidad. Al fondo está la hermosa escalera, amplia y señorial. A la iz-

quierda, un pequeño patio en el que se conserva el pilón en donde beberían las caballerías. En los pisos superiores, un verdadero laberinto de pasillos lleva a las habitaciones.

La anterior propietaria lo fue también de las casas de atrás, que son las que dan a la calle de Zaragoza, y la posada se metía en estas casas. Llegó a haber más de 200 habitaciones.

Los arrieros, tratantes y labradores que antes se aposentaron aquí han desaparecido de este lugar. La proximidad con la Puerta del Sol ha dado un tipo de huéspedes distintos a los que hubo en siglos anteriores. Podemos ver en los padrones que las gentes que han vivido en la última época de la posada eran huéspedes estables, gentes modestas, muchas de ellas pensando encontrar refugio para los últimos años de su vida. Había jubilados y señoras pensionistas, y luego muchos empleados modestos, dependientes de comercio, militares de baja graduación, pocos estudiantes, algún viajante, pocos labradores y jornaleros.

Algunas personas llevaban viviendo en la Posada del Peine treinta años. Habrá sido doloroso para ellas dejarla y difícil encontrar alojamiento tan decoroso y barato.

En la nueva vida de Madrid no hay sitio para esta antigua y famosa Posada del Peine.

NOTAS

(1) *Memorial de Pedro Tamayo*. Publicado por Morel Fatio en la R.B.A.M. Año 1924.

(2) *Libro de las calles de Madrid...* Manuscrito de la Biblioteca Nacional número 5.918.

(3) Publicado en la R.B.A.M. en el trabajo de don Miguel Herrero, titulado *El Madrid de Calderón*. Año 1928.

(4) ASA. Sig.: 2-245-16.

(5) Lo mismo que el número 3.

(6) ASA. Sig.: 9-341-80.

(7) En la obra de José Deleito y Peñuela *Sólo Madrid es Corte*.

(8) «Relación que hizo de su viaje por España la condesa de Aulnoy en 1679».

(9) ASA. Sig.: 2-245-16.

(10) ASA. Sig.: 2-461-31.

(11) ASA. Sig.: 2-173-79.



AUTOBIOGRAFIA DE MADRID (*)

CULTURA Y JUERGA MATRITENSES (1906-1931)

Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

Empieza la orgía matritense de la letra impresa.—Los folletines empapados en sangre y lágrimas, transidos de ayes y suspiros, se deslizan cada día por debajo de las puertas, con gran regocijo de pensionistas y porteras.—Los Lunes de «El Imparcial» aligui en cucaña vertical para escritores en el noviciado de su vocación. — Editoriales y revistas se lanzan y danzan en el aún gran corralón madrileño "a los sones" del liberalismo político y del modernismo artístico y literario. — Noventatochistas, modernistas y postmodernistas se tiran los trastos a la cabeza, pero sin que la sangre llegue al Manzanares.—Talía se ciñe a lo chulo el mantón y pone piso en cualquier barrio de la capital, abriendo grandes créditos al drama sentimental y al sainete respingón.—Letras mil con música de respaldo y "a la vista", impermeables al "protesto".—Mis madrileños barriobajeros se matriculan en las zarzuelas costumbristas y ganan cursos con sobresaliente en timos y voquibles, contoneos y chuleos proclives a perennizarse en las galerías callejeras de los organillos de "tracción bipe-da".—Pasamos del foyer y del ambigú al vestibulo y al "bar en el entresuelo".—Los actos y los entre-actos de la gran marimorena.—Sicalipsis, sí, ¡pero sin apocalipsis!—Vida precaria y muerte hiposa del género infimo, del "music-hall" y del "cabaret". — Aparición, aparatosa, por supuesto, de los aparatos "tra-

gaperras", delicias domingueras de mocetes granujientos, mancebos de comercio y militares sin graduación, pero ya "con chacha".

Pura lógica a una tan intensa actividad de las tertulias literarias matritenses correspondió un extraordinario florecimiento de revistas y editoriales en las que «tomar cuerpo» aquella actividad que fluía y se derramaba por todas partes. Afirmo categórico que nunca, como entre 1906 y 1931, hubo en mí una tan abrumadora efervescencia de letra impresa, a la que respondieron cumplidamente los gustos de los lectores, por fin redimidos de los dramones y melodramas del ya blandengue, desmedulado romanticismo, de las novelas por entregas —pasadizas por debajo de las puertas y pagadas a plazos—escritas por Torcuato Tárrego, Luis del Val, Ramón Ortega y Frías, Florentino Luis Parreño y... ¡hasta por don Ramón del Valle-Inclán! (Sí, lectores míos, como lo han leído ustedes, y qué calladito se lo tenía don Ramón que él había novelado el sainete de Carlos Arniches *La cara de Dios*, en unos miles de páginas—casi tantas como las de sus obras completas «buenas»—, que en pleguezuelos de treinta y dos invadían los barrios bajos, desde las porterías olientes a pis gatuno hasta los desvanes olientes a pis gatuno. ¡Cielo santo, un gallego novelando a mis gentes barriobajeras y mis costumbres y escenario a... real la entrega!)

Pero antes de recordar las más importantes editoriales y revistas li-

terarias que hubo en mí entre 1906 y 1931, me importa aclarar que mi afirmación antecedente acerca de la plenitud letrada de aquel cuarto de siglo ha de quedar relacionada con la relatividad de lo que yo era entonces: ciudad de medio millón de habitantes; de setecientos, de novecientos mil; todavía sólo epidérmicamente europeizada a pesar de los desplantes y fanfarrias de muchos de los escritores «en candelero»; quienes juraban y perjuraban —en la segunda acepción del verbo, que les recomiendo busquen en el diccionario—que ya era plena la europeización de la literatura española, por obra y gracia de los generacionistas del noventa y ocho: Gánivet, Unamuno, Baroja, Maeztu, Azorín... Y la aclaración me importa por si alguien—ya camándulas, ya tontuso—pretendiera tenérselas tiesas al mentado cuarto de siglo enfrentándolo con el ya liquidado segundo tercio de esta centuria veinte. Epoca en que, además de los precios de la alimentación y vestimenta, transporte y «varios», que han subido el mil y aun el cinco mil por ciento, por igual han subido las posibilidades editoriales y de prensa. Con lo cual la comparación resultaría a todas luces enojosa, más injusta. Quedemos, pues, en que *relativamente a sus posibilidades*, el cuarto de siglo 1906-1931 fue uno de los más ardientes y fecundos para las letras españolas que yo he conocido.

¡Asombroso recuento *in mente* de las publicaciones literarias nacidas en dicho período! Pero debo adver-

(*) Capítulo inédito.

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

DIRECTOR: JOSÉ ORTEGA Y MUNILLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
MESONERO ROMANOS, NÚM. 31

15 DE ENERO DE 1894

PRECIO DE ESTE NÚMERO
VEINTIDOS LA TOLÉ EN CAS



tir que en aquel primer año aún vivían, y muy prestigiadas y altamente significativas por sus tendencias, varias revistas nacidas en el siglo anterior: *Los Lunes de "El Imparcial"*, la más general, ecléctica y generosa de todas, nacida en 1874, y que entre 1906 y 1922 dirigió José Ortega y Munilla, periodista y literato estupendo, padre de mi querido hijo—¡y átenme esta malicia por el rabo!—José Ortega y Gasset; era como un encarte de *El Imparcial*, diario gassetista, y en él colaboraron noventaiochistas y modernistas, románticos rezagados y neoclásicos ya un poco amojamados. Publicar en *Los Lunes* constituía, por lo que yo oía en tertulias y mentideros, la máxima aspiración de cuantos soñaban con la

gloria literaria. Y creo recordar que en *Los Lunes* hicieron sus primeros pinitos escritores como Baroja, Salaverría, Manuel Bueno, Maeztu, Azorín, Pérez de Ayala, Ciges Aparicio, Ciro Bayo... *La España Moderna*, fundada—1889—por José Lázaro Galdiano, ya no se prestó con tanta facilidad a que los noveles colocaran «los partos de su ingenio», pues además de dedicar mucha atención a las ilustres firmas extranjeras, desempeñaba el cargo de supervisora y consejera casi áulica—por sus «humos» y prosopopeya—doña Emilia Pardo Bazán, quien nunca fue demasiado benévola con los aprendices. Pienso que ya habían fallecido, o fallecieron por entonces, revistas tan importantes como *Vida Nueva*—di-

rigida ideológicamente por Ramiro de Maeztu, que por entonces hacía explotar bombas—, *La Vida Literaria*—dirigida por Benavente—, *Revista Nueva*—dirigida por Ruiz Contreras, que embarcó a tantos sin salir él del puerto—, *Juventud*—órgano de los modernistas, bien tocado por Manuel Machado—, *Arte Joven*—del que fue dibujante Pablo Ruiz Picasso, cuando ya lo importante para él no era llamarse Ruiz ni ser de Málaga—, *Helios*, orgánillo de los modernistas más estridentes y del que fue animador Juan Ramón Jiménez; *Alma Española*, animada por Azorín.

Entre las revistas literarias nacidas ya entrado este siglo, recuerdo bien las que me llamaron la atención a causa de lo que danzaban en manos y charla de algunos muy afamados escritores. Así, la titulada *Renacimiento*—1907—fundada por mi hijo Gregorito Martínez Sierra y que poco después daría origen a la magnífica editorial—la mejor en aquellos años—del mismo nombre. Así, *La Lectura*—1901—, fundada y animada por Francisco Acebal, y que también poco después originó la admirable colección—que aún vive pimpante, y muchos años viva para orgullo y gloria de nuestras letras—*Clásicos Castellanos*. Así, *Prometeo*—1909—, fundada por el jurista Javier Gómez de la Serna con el único propósito de que se luciera, volcando en sus páginas sus puji- llos literarios, su hijo queridísimo y queridísimo hijo mío Ramón, quien, ¡ay!, empezó a derrochar literatura varia, no sólo presumiendo del Ramón y del Gómez de la Serna paterno, sino por igual del Puig materno. Y *Mundo Latino*—1915—, excelentísima en grabados y de la que, como vulgarmente se dice, «cortaban el bacalao» Enrique Gómez Carrillo, Andrésito González Blanco y Rafael Cansinos Asséns. Este mismo hebreo sevillano, a quien madrileñicé hasta los tuétanos, y el almeriense Francisco Villaespesa dirigieron *Cervantes*—1916—, en uno de cuyos números publicó su primera narración mi muy querido hijo y fidelísimo amanuense. (¡No me dirás, Federiquito, que no te saco a colación apenas la colación viene a qué!) Y la *Revista de Occidente*—1923—, fundada e inspirada por mi hijo José Ortega y Gasset, en la que colaboraron escritores auténticamen-



te selectos que habían mamado cultura en ubres europeas, y refractarios—hasta la alergia—a los dictados de la tradición hispana. Y *La Gaceta Literaria*—1927—, fundada, dirigida y casi escrita en su totalidad por Ernesto Giménez Caballero, cuyo padre era dueño de la imprenta, en la calle de Canarias, donde se imprimía.

Por supuesto, no he recordado sino las revistas literarias, de alta calidad y contenido misceláneo. Pero lo que en verdad produce pasmo es el número de revistas dedicadas con exclusividad a la novela corta y al cuento aparecidas entre 1906 y 1931. ¡Increíble su número, jamás ni de lejos seguido en tiempos muy posteriores! ¡En un cuarto de siglo casi medio centenar, de las cuales no pocas vivieron cinco, ocho, diez y aun quince años! Recuerdo haber

oído que estas publicaciones dieron a conocer cerca de cinco mil novelas cortas, de más de trescientos autores. Entre aquéllas, muchas antológicas. Y gracias a mi felicísima memoria puedo mencionaros el título de las revistas que más y tiempo más largo circularon por mí, atiborrando los puestos de periódicos y las tablas en los barracones de libros de lance. *El Cuento Semanal*—1907—, *Cuentos Extremeños*—1908—, *Los Contemporáneos*—1909—, *Cuentos Galantes*—1910—, *El Libro Popular*—1912—, *El Cuento Galante*—1913—, *El Cuento Popular*—1914—, *La Novela de Bolsillo*—1914—, *La Novela Corta*—1916— (cada uno de cuyos números, firmado por uno de los más ilustres escritores de entonces, ¡costaba cinco céntimos!), *La Novela para Todos*—1916—, *La Novela Có-*

mica—que alternaba las novelas con las obras teatrales—, *La Novela con Regalo*—1919—, *La Novela Semanal*—1921—, *El Libro Popular*—1922—, y distinto del aparecido en 1912—, *La Novela de Hoy*—1922—, la primera que, según oí, pagó a los autores mil y dos mil pesetas por cada original—, *La Novela Gráfica*—1922—, *La Novela Chica*—1924—, cuyo director, para no pagar derechos de autor, prefirió las narraciones de autores extranjeros—, *La Novela del Jueves*—1924—, *La Novela del Domingo*—1924—, *La Novela de la Noche*—cultivadora morosa del género sicalíptico—, *La Novela Quincenal*—1925—, *Nuestra Novela*—1925—, *La Novela Popular*—1925—, *La Novela Mundial*—1926—, *Cuentos del Sábado*—1925—, *Los Novelistas*—1928—, *El Cuento Azul*—1929—, especializado



en «refritos» de autores ya difuntos y con herederos difusos...

Tampoco recuerdo haya habido en mí un cuarto de siglo tan nutrido de revistas satíricas y de revistas «verdes». De estas últimas ya he mencionado ¡Ahí va! (título tomado de un cantable famosísimo de la famosísima zarzuela-revista de Perrín, Palacios y el maestro Vicente Lleó *La Corte de Faraón*, cantable cuyo estribillo picarón empezaba así: «¡Ahí va!... ¡Ahí va!... ¡Ay babilonio que marea!...»), *La Hoja de Parra*, *KDT*, *El Choro Japonés*... Pero recuerdo algunas otras a las que eché no pocas ojeadas de curiosidad salaz, movido por el interés con que «se las tragaban»—encendidos los ojos, secas las bocas, temblones los pulsos—mocetes estudiantes, mancebos de comercios, vejetes de las clases pasivas, militares de poca o ninguna graduación y aún con el pelo de la dehesa, ninfas visitantes de casas comprometidas, chulines de barrio... Así, las tituladas *El Viejo Verde*, *Pal-pa-lá*, *Mundo Galante*, *¡Toma Tripita!*, *Picardías*, *La Karaba*... Los titulos ya se bastan y se sobran para ilustrarles a ustedes, lectores míos, acerca del *pasto* de aquellas publicaciones.

Las revistas humorísticas y satíricas, aquéllas más proclives a la juerga social y éstas a la juerga política, fueron también muchas, algunas tuvieron vida no corta y casi todas gracia y desparpajo, in-

tenciones marrajas y pretensiones turbias. Mencionaré las de mayor éxito: *Los Monos*, ¡Oiga Usted!, *La Risa*, *El Cuerno*, *Don Pepito*, *Qui-qui-ri-qui*, *El Mentidero*, *El Fresco*, *El Zurriago*, *El Zorro*, *El Mosquito*, *Buen Humor*, *Gutiérrez*, *La Risa*, *La Gracia*, *Muchas Gracias*... Algunas de estas revistas tenían graciosos, ingeniosos lemas que mi memoria retiene fielmente. Así la de *El Mosquito*:

Que picará suavemente
una vez a la semana,
si el fiscal se lo consiente.

La de *Don Pepito*:

Lo que dice don Pepito:
yo daré con mucho orgullo
a cada uno lo suyo,
pues yo ni pongo ni quito.

El Cuento Semanal

Se publica los viernes

Redacción y Administración: Puente de Alarcón 90 en 40. Madrid
Agrupado de Correos núm. 409

Año 1. 4 Enero 1907 - N.º 1. 3.ª edición.

Precios de suscripción:

Madrid y Provincias: Trimestre, 3,25 pesetas.
Sección, 6 pesetas. Año, 12.
Extranjero: Semestre, 10 pesetas. Año, 18.
Anuncios a precios convencionales.
Número suelto: 30 céntimos

Nuestro propósito

El empeño que nos trae a la vida, apenas iniciado, conquistó las simpatías de nuestro elemento intelectual. Escritores meritorios y pintores de probado valer nos ofrecieron, desde luego, el oro de su colaboración; la Prensa saludó nuestra aparición con elogios que nunca agradeceremos bastante, y de todos los rincones de la Península y de muchas grandes urbes americanas recibimos cartas de apasionada felicitación: todo lo cual trae la seguridad confortadora de que en España no es utópico acometer una empresa alta, genuinamente artística, limpia de mezquinas ambiciones mercantiles.

El Cuento Semanal publicará en cada número una «obra de arte» íntegra y completa, y aceptará, no sólo las firmas ya consagradas de los maestros, sino también las de esos jóvenes que hoy hacen en la sombra todavía, pero que están llamados a ser los conquistadores del mañana.

Las ventajas de nuestra revista son notorias: un cuento no basta para fijar acabadamente la mentalidad y estilo de un autor; y, por otra parte, los libros suelen ser caros, y una gran parte del público los halla de lenta y fatigosa lectura. Las páginas de *El Cuento Semanal* no tendrán la brevedad efímera del cuento corto, que poco o nada enseña, ni tampoco la pesadez del volumen; serán narraciones que podrán ser leídas rápidamente, y que, sin embargo, ofrecen dimensiones sobradas para que la personalidad del autor se acentúe en ellas por modo rotundo y definitivo, con lo que añadirá a la brevedad amena del periódico las excelencias del libro, que «nunca se hace viejo».

Todas las tendencias, y también todas las formas literarias, caben en esta revista. Nuestro querido Pérez Galdós nos ha prometido un original, donde brillará ese estilo llano, impercible, que hizo internacional el nombre del maestro; lecto (Cervantes Pirón nos dio una novela, Jacinto Benavente, un hecho de comedia exquisita; Salvador Rueda, un drama en tres actos. Y aquí también se revelarán como novelistas Rodrigo Soriano y Joaquín Domínguez.

El Cuento Semanal, por tanto, lejos de tener un «carácter» marcado, presentará a sus lectores con cada firma un criterio, un estilo personal, un hábito de belleza, atención franca, absolutamente sincera, representada sin vulgares grises, según las ideas que el choque rudo, pero siempre honesto, de la primera sensación.

Tal es nuestro propósito.
Conscientes que la realización de esta «crusada por el arte» ha costado grandes sacrificios y

una labor preparatoria enorme; pero si con ello logramos interesar la atención del público y abrir a la juventud un camino de victorias, todas nuestras esperanzas, todas nuestras ambiciones se habrán cumplido.

La Dirección

Libros y Revistas

Hablaremos en esta Sección de los libros y revistas cuyos autores o editores nos remitan dos ejemplares.

Coplas de «Gil Parrador», por Antonio Palomero. — Librería de Fernando F. Madrid.

«Reino aquí dice el autor — varias de las muchas coplas escritas por «Gil Parrador», en cumplimiento de su misión forzada de comentarista y registrador de los sucesos diarios... ¡Tarea más ingrata y menos productiva que la de registrador de la propiedad!... De su labor total, condensada totalmente a vivir un día, escogió estas crónicas rimadas, que, por no ser de actualidad rigurosa, acaso puedan vivir días y meses. Se las concede, pues, la gracia de indultar, que es siempre una conmutación de pena. Librandolas de la muerte, quedan en reclusión perpetua.

«Sigo, al hacerlo, una costumbre ya tradicional en cuantos escriben al día para vivir de la misma manera...»

Aunque Antonio Palomero es, allá en lo más secreto de su intimidad, un gran melancólico, un gran desengañado, comprende la utilidad saludable de la risa, y se la cargue. A ratos — sin embargo, su verdadero espíritu aparece lacio, posmista, con su pliegue taciturno en la frente.

En la composición titulada «En el calderero de París», una de las mejores del libro, dice:

Te temeré, en el momento
que, como ahora, desfilas...

«¿Qué afirmación tan desolada! ¿Qué languidez en aquel movimiento con que el poeta arrastrará del nuevo almanaque la primera hoja? Y más adelante:

No lo siento contener,
Calderero, y ya lo sé...
Pasa el tiempo en el mundo,
porque en las horas al día
las horas que me recordan
que nunca olvidé
el mundo que me rodea
se convierten en «yo»...

Pero tales amarguras son pasajeras, y apenas han dejado sobre los labios del lector una agri-
dude melancólica, cuando la voluntad resaca del

La de *El Zurriago*:

Periódico independiente,
veraz, sincero, decente,
hecho con la intención sana
de zurrarle la badana
a todo bicho viviente.

Cierto que entre 1906 y 1931 no tuvo excesivas editoriales, ni siquiera las que parecían exigir un movimiento literario tan fecundo y escandaloso; pero entre las que tuve las hubo de gran rango y que consiguieron frutos ópimos. Quiero levantar acta recordatoria de algunas de ellas, no sé si las mejores, pero sí las que me fueron más simpáticas, Victoriano Suárez, Rubiños, Hernando, Ricardo y Fernando Fe, Francisco Beltrán, Gregorio Pueyo, Rodríguez Sierra, Antonio López, *La Novela Ilustrada*, *Renacimiento*, *Mundo Latino*, *Hispania*, la *C. I. A. P.*, Caro Raggio, *Biblioteca Nueva*. Sin duda alguna, la más pintoresca de todas ellas fue la fundada por Gregorio Pueyo, quien tuvo su primera librería en la calle de Mesonero Romanos, 4, pasándose luego al número 19 de la calle de la Abada. Esta última se anunciaba así, en grandes letras corridas sobre puerta y escaparate: LIBRERÍA HISPANO-AMERICANA. Y las dos eran hondas y oscuras, sucias y malolientes a engrudo agrio, para pegar hojas y portadas rotas, y a pis de gato capón. Era don Gregorio el editor más querido y vilipendiado por los literatos, tanto noventaiochistas como modernistas ya en cuajo. Ignoro la causa de tal paradoja, aun cuando tengo entendido que Pueyo—chiquito, magro, acetunado, irritable, catarroso bronquial—fue buenísima persona, un chiflado por la ópera y hasta generoso con los escritores... dentro de lo humanamente concebible en su profesión. No pocos escritores aprovecharon «su flaco musical» para sacarle cantidades a cuenta de futuras obras... que no alcanzaron jamás su presente. Y algunos le cobraron derechos por dos o tres obras que en realidad eran una misma con ligeras variantes al principio y al fin. Y en ninguno de los dos casos cabe suponer que don Gregorio estuviera en el Limbo ni se chupara el dedo. Y es que prefería dejarse engañar a que sufriera merma su fama de «explotador» de las gentes de letras. ¡Gran tipo Gregorio Pueyo! A quien no cabe ne-

garle el título de máximo editor de escritores jóvenes «que ya prometían» a principios de nuestro siglo.

Personaje sumamente curioso fue Bernardo Rodríguez Sierra, y muy inteligente y generoso con autenticidad. Tuvo su domicilio en la calle de Flor Baja, y en él una tertulia que se reunía todos los martes, y a la cual asistían los dos Barojas (Ricardo y Pío), Eduardo Marquina, Amadeo Vives, Manuel Bueno, José María Salaverría y algunos más. Rodríguez Sierra editó algunas de las primeras obras de Azorín y Baroja. Y fundó una *Biblioteca Mignon* en la que aparecieron muy contados libritos, bien ilustrados, de seleccionado texto aportado por Benavente, José Zahonero, Jacinto Octavio Picón, Luis Bona-

foux, Vicente Blasco Ibáñez, Pedro de Répide, Blanco de los Ríos, Alfonso Pérez Nieva, Pío Baroja...

Como en mí—y tengo entendido que por igual en toda España, mi capitalidad, por lo oído, transmite el virus—el don de la imitación es endémico, la diminuta colección de Rodríguez Sierra tuvo por aquellos años imitaciones: la *Biblioteca Hispanoamericana*—cuyo asesor literario fue Benavente—y la *Biblioteca Moderna*. Ambas colecciones—en octavo menor, un centenar de páginas con ilustraciones—contribuyeron, como la *Mignon*, a popularizar los nombres de los narradores y cuentistas del modernismo. La Editorial de Ricardo y Fernando Fe, que tuvo dos librerías, una en la Carrera de San Jerónimo, 2, y otra —que aún permanece— en la

AÑO I. Madrid, 7 de Mayo de 1911. NUM. I.

LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA MADRID

CARAS BONITAS



— SUMARIO —

CARLOS MIRANDA
Presentación

ANTONIO DE HOYOS VINENT
Milagro

FRANCISCO VILLAESPEA
Iniciación

ANTONIO CORTON
El Confesionario

Artículos de

URSULA LOPEZ
y RODOLFO GAONA

DON MODESTO
Un comentario

CLAUDINA REGNIER
Renglones de una excéntrica

JACINTO OCTAVIO PICÓN
La hoja de parra

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO
Los clérigos y la aviación

R. LOPEZ-MONTENEGRO
El hombre y el árbol

CYRANO, TOVAR
Y ALFONSO

Fotografías y caricaturas de Lolita Velázquez, Fernando Díaz de Mendoza, Ursula López, Rodolfo Gaona, La Virgencita, La Cierva, Claudina Regnier, La Fornarina, &c.

5 cénts.

LOLITA VELÁZQUEZ
Ilustre actriz del Teatro Español que ha llamado la atención en Madrid por su hermosura durante la temporada última.

Puerta del Sol, 15, quedó un poco apagada al terminar su famosa tertulia literaria presidida por don Ramón de Campoamor, don Juan Valera y don Manuel del Palacio, muertos, respectivamente, en 1901, 1905 y 1906, y a cuyos entierros asistí con sincero sentimiento, acompañando sus cadáveres desde sus respectivos domicilios en la calle de Recoletos, Cuesta de Santo Domingo y calle de Claudio Coello—en cuyos inmuebles tienen sus respectivas lápidas recordatorias—hasta mis antiguas Sacramentales de San Isidro y San Justo. La Editorial *Renacimiento* estuvo en la calle de San Marcos, 42. Ya he dicho que fue la más importante de aquel cuarto de siglo, tanto por su nutrido catálogo como por la presentación de sus volúmenes, como por las obras editadas: de los principales escritores. Publicar en esta editorial, como escribir en *Los Lunes de "El Imparcial"* constituía la vanagloria de las gentes de pluma. Recuerdo que el catálogo de *Renacimiento* sólo fue superado—en cantidad, no en calidad—por la Compañía Ibero-Americana de Publicaciones (la C. I. A. P.), que tuvo su domicilio en la calle de Príncipe de Vergara, muy arriba, y que se nutrió de los millones de don Ignacio Bauer, de famosa familia israelita representante en España de los Rostchild. Don Ignacio era demasiado bondadoso. A mí me daba malísima espina ver cómo los escritores—los ilustres, los menos ilustres y hasta los mindundis—acudían a la editorial para sacar tajada, más o menos suculenta, a cambio de unos originales también más o menos «potables». En medio docena de años, entre 1925 y 1931, el catálogo de la C. I. A. P. engordó hasta la hidropesía. Y este término comparativo me parece un acierto, pues que las más de las obras editadas ya nacían fetos, sirviendo sólo *de bulto*; y a la postre, de peso muerto. La caída de esta editora fue de aupa, mortal. Sus depósitos de libros *con escasa viabilidad* se volcaron en las estanterías y tableros de todas mis librerías de lance, vendidos a precio de saldo catastrófico.

Primero en la calle de Ventura Rodríguez, casi esquina a la de Princesa, y después en casa propia de la calle de Mendizábal, estuvo la Editorial Caro Raggio. Su director, Rafael Caro Raggio, fuer-

te, rubio, estaba casado con la hermana del gran novelista Pío Baroja. Gracias a este parentesco, la editorial prosperó en seguida, pues no sólo editó las novelas de don Pío, sino también las de «Azorín», los dos autores más de moda entonces, y las de Ciro Bayo; también editó Caro Raggio algunas novelas galantes de Colette y Willy, de Andrés Guilmáin, y de escritores jovencitos que las firmaban con seudónimos. Editorial *Biblioteca Nueva* la fundó y dirigió don Manuel Ruiz Castillo, y tuvo su domicilio en la calle de Lista, esquina a la de Torrijos. Fue una editora muy selecta que cuidó con esmero de sus libros, no admitiéndolos sino de los grandes autores: Juan Valera, Amado Nervo, Gabriel Miró, Oscar Wilde, Sigmund Freud, Ramón Gómez de la Serna, Eça de Queiroz, Remy de Gourmont, Barbey d'Aurevilly... Esta editora tuvo dos colecciones muy importantes: la *Extranjera*, donde aparecieron obras de los más importantes escritores aún vivientes, y la *Colección de grandes novelas humorísticas*, en la que se dieron a conocer y a estimar escritores españoles muy jóvenes: Jardiel Poncela, Edgar Neville, Samuel Ros, Antonio Robles, Juan José Domenchina... Y ahora, ¡el notición!; *Biblioteca Nueva* publicó las dos primeras novelas de mi querido y fidelísimo amanuense, tituladas *Mario en el foso de los leones*—1925—y *La decadencia de lo azul celeste*—1928—. Y justicia me obliga a declarar, aunque con mi declaración saque los colores a las mejillas de Federiquito, que la primera de sus novelas, en la que se cuenta novelescamente la vida en el Seminario de Madrid de un mocito ingenuo, que se parece bastante—creo yo—a mi amanuense mozo, alcanzó cierto éxito entre las gentes de sotana y las gentes poco afectas a las sotanas.

* * *

A compás del auge que tuvo en mí la literatura en libros y revistas, entre 1906 y 1931, se mantuvo el teatro, manifestación literaria española de una tradición y de una riqueza fenomenales desde el año de la Nanita, cuando se representaba en los claustros catedralicios y en los patios universitarios *misterios* y *autos religiosos*, *farsas* y *juegos de escarnio*, respectivamen-

te, y respectivamente interpretados por clérigos y escolares. Supondrán ustedes que yo no conozco «de vista» los teatros romanos de Sagunto y Mérida; pero digo yo que cuando existieron y con tales magnificencia v aforo, por *algo sería*. Y ello corrobora muy a las claras mi creencia de que teatros como el nuestro, en calidad, antigüedad y fecundidad... digan ustedes un par de ellos: griego v Shakespeare, y paren ustedes de contar.

Pues bien, en el primer tercio de nuestro siglo, el teatro tuvo en mi recinto existencia vibrante, candente y variadísima. Y, por supuesto, yo fui el principal escenario del género, por no decir *el único* capaz de sostener v mantener—que siendo verbos sinónimos, aquí los coloco sin posible sinonimia: como soporte aquél v como estabilización económica éste—tan exuberante afición.

Deben ustedes hacerse a la idea de que el teatro español va se había purgado en 1906 de los últimos empachos melodramáticos v románticos, y empezaba a nutrirse de un neto realismo, lo que equivale a filetes de solomillo con guarnición—como la carne de los restaurantes con verduras o patatas—, esto es: realismo crudo o realismo mitigado con lirismos, imágenes ingeniosas en su zumo, paradojas sorprendentes rebozadas en harina v huevo, humor pintado con mostacilla. Este naturalismo teatral tuvo las siguientes manifestaciones: pocos dramas, y ellos rurales v a la tremenda, con vocabulario recio v algo heterodoxo, pues que este vocabulario avuda mucho al dramatismo; muchas comedias con tesis v sin tesis morales, sociales y políticas; sainetes v zarzuelas costumbristas, aquéllos con donaire y éstas con melodías pegadizas; muchísimas frivolidades «descompuestas» así: género ínfimo, tonadillas, cuadritos «estimulantes» de cabaret, varietés.

La zarzuela, género escénico español hasta los tuétanos, español en exclusiva, llegó a nuestro siglo rozagante y apetitosísimo. Mis madrileños nativos y de larga adopción se perecían por él. Y a colaborar sin pausa ni desmayo en su magnificencia fueron dedicados mis teatros Zarzuela, Apolo, Novedades, Cómic, Romea—éste, sólo hasta 1910—y Eslava. Insisto en que la zarzuela grande y la chica me llegaron muy acreditadas del siglo anterior. Las habían aupado a su alto rango libre-

tistas de la talla de Ramos Carrión, Vital Aza, Luis Mariano de Larra, José López Silva, Carlos Fernández Shaw, Ricardo de la Vega, Felipe Pérez y González, Tomás Luceño, Miguel Echegaray... y músicos tan admirables como Oudrid, Barbieri, Marqués, Arrieta, Gaztambide, Chapí, Caballero, Chueca, Jerónimo Jiménez, Joaquín Valverde, Tomás Bretón... Por supuesto, para que el apogeo de la zarzuela no decayera —¡y no decayó hasta después de 1931!— resultaba indispensable que a la vieja y gloriosa «guardia» de músicos y libretistas sucediera un relevo de no menores méritos. Y así fue. Entre los nuevos libretistas: Benavente, Arniches, los hermanos Álvarez Quintero, Antonio Paso, Enrique García Alcares, Tomás Borrás, Federico Romero, Guillermo Fernández Shaw, Gregorio Martínez Sierra, Antonio y José Ramos Martín, Luis Fernández Ardavin, Francisco Ramos de Castro, Juan Ignacio Luca de Tena... Y músicos nuevos: Luna, Vives, Lleó, Usandizaga, Guridí, Sorozábal, Soutullo y Vert, José Serrano, Moreno Torroba, Francisco Alonso, Guerrero... Y sí, yo asistí devotísimo, cayéndoseme la baba de tan a gusto como me notaba, entre 1906 y 1931, a las representaciones de *Maruxa*, *Bohemios*, *Alma de Dios*, *El niño judío*, *Molinos de Viento*, *La canción del olvido*, *La Corte de Faraón*, *El asombro de Damasco*, *La del Soto del Parral*, *Las golondrinas*, *El caserío*, *Doña Francisquita*, *La villana*, *Los claveles*, *La calesera*, *La rosa del azafrán*, *La chulapona*, *Luisa Fernanda*, *La tabernera del puerto*, *La del manojo de rosas*... Estas y otras zarzuelas grandes y chicas se las tienen tiesas a las mejores del pasado siglo.

Confieso alegre que siempre adoré este género costumbrista y musical. Acaso porque además de netamente español, me pareció, las más de las veces, netamente madrileño. Y que se me perdona si mi entusiasmo ha proclamado una herejía. Todas las zarzuelas, aun aquellas de argumentos no madrileños y con letra y música de autores tampoco nacidos en mí, tenían «un no sé qué» de género tamizado por el cedazo de lo ortodoxo matritense; como el sello de tasa para que consiguieran valor y vigencia dentro y fuera del territorio nacional. Y como adoré la zarzuela, creo que fueron muy poquitos los estrenos que me perdí; y asistí varias veces a las representa-

ciones de determinadas zarzuelas hasta saberme de memoria sus argumentos y cantables musicados. Estos cantables me sirvieron y, ¡ay!, aún me sirven, de sabrosa distracción. Hubieran ustedes de oírme, mis queridos lectores, canturreando aquella romanza de *La tempestad*:

La lluvia ha cesado,
aléjase el trueno;
el cielo, nublado,
se muestra sereno.
Pasó la tormenta,
renace la calma,
¿por qué tan violenta
se agita mi alma?
¿Por qué, por qué? ¡Ay de mí!,
eternamente ruge
la tempestad aquí...

(Poniéndome la mano sobre el corazón, como el viejo Simón en la zarzuela.)

El Cuento Semanal



DESENCANTO

NOVELA POR
TAVIO PICON
DE LA ACADEMIA
ESPAÑOLA—ILUS-
TRACIONES DE AN-
DRADE



TERCERA
EDICIÓN

30 Cents.

O la jota de *La Bruja*:

No extrañéis, no, que se escapen
suspiros de mi garganta;
la jota es alegre o triste
según está quien la canta.

O el vals del «Caballero de Gracia» en *La Gran Vía*, de Chueca, y sintiéndome yo, como aquel perfecto dandy, de frac encarnado, calzón negro y corto, y *clac*, y describiendo mis empresas amorosas con el mismo alegre desenfado que él:

Caballero de Gracia me llaman
y, efectivamente, soy así,
pues sabido es que a mí me conoce,
por mis amorios, todo Madrid.
Es verdad que estoy un poco antiguo
pero en yo poniéndome mi frac,
soy un tipo gentil
de carácter jovial,
a quien mima la sociedad...

Entusiasmado por cantables y melodías de las mejores zarzuelas, me sentí un poco actor en ellas, y sembré mis calles y plazas, rondas y paseos con los mejores trozos de cada una... Sí, créame el «Julián» de *La Verbena de la Paloma* o el boticario y las chulapas y celos mal reprimidos...

También la gente del pueblo
tiene su corazoncito,
y lágrimas en los ojos
y celos mal reprimidos...

Y el «don Hilarión», vejete verde, boticario ladino, de la misma zarzuela...

Una morena y una rubia,
hijas del pueblo de Madrid,
me dan el opio con tal gracia
que no las puedo resistir...

Y el «Felipe» barbián y sentimental de *La Revoltosa*:

La de los claveles dobles,
la del manojo de rosas,
la de la falda de zéfiro
y el pañuelo de crespón,
con la que iría del brazo
tan feliz a la verbena,
¡eres tú, porque te quiero,
chula de mi corazón!

Y el «Roberto» músico tenor, bohemio irremediable, de *Bohemios*...

Niña hermosa, ¿qué queréis?
No bajéis al suelo vuestros lindos ojos,
no, vuestras mejillas empañan el rubor...
¿Por qué queréis alejaros
después de llamarme?
Roberto soy yo.

Sí, la música de las zarzuelas fue para mí, durante muchos años, válvula de escape de murrias y desesperanzas, estímulos de fanfarrias y garabateos. En mis insomnios nocturnos, deambulando por mis calles más recoletas, preocupado obsesivamente con olvidar, con reanimarme, canturreaba, silbaba romanzas y valse, pasacalles, habaneras, preludios, intermedios y coros, cuplés y canciones. Y mis silbos o canturreos ibanme devolviendo la tranquilidad y ganando la ilusión recién fabricada y para que yo la estrenase. Yo puedo jurar que también puede uno emborracharse con alcohol zarzuelero bien graduado. Y podéis creerme si añado que, en ocasiones, y cuando recorría luga-

res en soledad, a mis canturreos o silbos acompañaban movimientos de baile: saltitos, vueltas sobre mi eje y vueltas alrededor de faroles y árboles, descensos y ascensos de la acera a la calzada y viceversa puntilleos rápidos, rápidos escarceos a derechas y a zurdas... Si alguien me hubiera visto, ¡qué asombro el suyo!

Entre los años 1906 y 1931 alcanzó gran predicamento en el gusto de mis clases populares, medias bajas y medias altas, el calificado de *género chico*. ¿Qué era y por qué se le llamaba así? Lo de «chico» me lo explico a la primera y a la primera lo explico diciendo que se trataba de zarzuelas, de sainetes, de «pasillos», de revistas de costumbres, líricos-bailables, en un acto casi siempre dividido en varios cuadros breves y cuya duración no excedía de los cuarenta y cinco minutos. Esta reducción de las zarzuelas y de los etc., etc., debióse a la necesidad de implantar en algunos de mis teatros las funciones «por horas». En mis teatros Apolo y Novedades el éxito de estas secciones por horas fue grande. La llamada sección «vermut», de siete a ocho y media. Y de las veintidós a la una y media de la madrugada, tres secciones o una sencilla y otra doble. A la última sección se la denominó *la cuarta*—que en ocasiones fue la tercera, por ser ésta doble—. Esta «cuarta» hizo furor entre mis madrileños y los forasteros. Se abarrotaba el teatro. Y asistían a ella políticos de altura y bajura, literatos de y sin postín, cocotas de motes escalofriantes—Dora «la de los brillantes», Angelita «la eléctrica», Lulú «la archipámpana», Marga «la caoba», «entretenidas» lo más parecidas posible a las señoras que habían dejado de serlo en voz baja, toreros «de cartel», altos funcionarios, señoritos *perdis* que tenían sus queriditas baratas en el coro cantante y a las que iban a buscar, a la salida del teatro, por la puerta discreta de la calle del Barquillo, como las mamás o las chachas a las niñas a la salida del colegio, y a pavonearse de su brazo dejando babeantes de envidia y «de lo otro» a los vejesterios galantes que asistían «a la cuarta» con ánimo y bolsillo dispuestos para la *caza menor*.

Las localidades altas, anfiteatros y «paraíso», llenábanse de estudiantes... pero poco, de horterillas gallitos y con sabañones, de oficialas de

la alta costura acompañadas por su clocleante maestra, de matrimonios burgueses «sin grandes posibles», de ciertas pudibundas señoritas del Pan Pringao acompañadas por sus mamás. Creo recordar que los palcos proscenios los tenían abonados los socios de la Gran Peña, del Casino de Madrid, del Veloz Club, del Círculo de Bellas Artes. Y en estos palcos—con discretos antepalcos—eran donde se exhibían los más populares políticos en estado de merecer, esto es: pretendientes a recobrar el timón de la nave de Estado. El «todo Madrid» se daba cita en la cuarta de Apolo. Pero si el teatro, por dentro, deslumbraba y divertía, también divertía y deslumbraba cuanto acontecía en la acera de la calle de Alcalá, entre la iglesia de San José y la calle de Barquillo, y entre las siete de la tarde y las dos de la madrugada. Esta acera estaba radiante de luz, tanto por sus arcos voltaicos—por supuesto, muy a principios de siglo—como por los «chorros de luminosidad eléctrica» que se escapaban del llamado por unos *hall*, y por otros *foyer*, y por los más sencillos *vestíbulo*. Pues bien, por este trecho de la calle de Alcalá, acera amplia con acacias pobres, ante el teatro Apolo, ¡vaya funciones permanentes, sin posibles entre actos, que interpretaban las floristas y las billeteras de lotería enmantonadas y con pañuelo a la cabeza; los voceadores de los libretos con el argumento y los cantables de las obras en cartel; los avisadores de los coches de punto y de los particulares, unos y otros de «tracción animal»—años más tarde se les unirían los «motorizados»—; los cuartetos o quintetos de músicos ciegos o cegatos, más la añadidura de la *animadora* cantante, destrozando las partituras de las mejores zarzuelas, colocados en abanico abierto precisamente ante las puertas del Apolo, como pidiendo comparación con la orquesta y los cantantes del teatro; mendigos pelmas y jeremías, de ambos sexos, recitando y plañiendo dramas familiares de los que ellos eran protagonistas agoniosos; golillos y truhanes dispuestos por igual a la suerte del «tirón» del bolso de la dama encopetada y alimbada que para abrir las portezuelas de los señorones embrazados a sus cónyuges o apaños; sablistas y cesantes a la espera de aquellos caballeros que se negaban a concederles audiencia bajo techado, y a los que asediaban a



la vista del público, con asedio que casi siempre resultaba fructífero, tanto por «el qué dirán» como para librarse de los andrajosos y piojosos asaltantes en momento tan intempestivo y propicio al escándalo. A las puertas de Apolo y a la salida de la cuarta, más cerca de las dos que de la una y media de la madrugada, los sablistas hacían su agosto en cualquier mes del año; sin que faltara entre éstos el que, luego de tomar la dádiva, con la peor mala leche melifluara: «Mis recuerdos a tu mujer, Juanito», siendo así que el llamado Juanito se ceñía como lapa a una buena jaca deslumbrante de pedrería. Tales gentes de tan diversa catadura armaban la gran marimorena mientras en el teatro se desarrollaban las funciones. Pero cuando el público iniciaba la salida del teatro comentando las incidencias de la representación, cuantos esperaban en la acera, jaraneros y abrocados, transformaban la marimorena en pandemonium. A la puerta del teatro de Apolo, en las noches

otoñales cuyo fresquete hacía soplar los dedos a los *noctívagos*, las castañeras aparecían con sus hornillos de encendida encina, en torno a los cuales «pedían lumbré» los desheredados de la fortuna. Y este curioso espectáculo callejero tenía un alto, insomne y no muy lejano testigo: el ojo luminoso del reloj de la Equitativa, con algo de luna llena no sujeta ni a eclipses ni a fases.

Pero la zarzuela grande o chica tuvo por aquellos años adversarios y émulos en la atracción de masas... insuficientemente alfabetas. Me refiero al calificado con justicia como género *ínfimo*, a los varietés y al cabaret. Mi género *ínfimo* triunfaba en mis teatros igualmente *ínfimos*, campos *abonados* para las ubérrimas cosechas de pulgas y piojos, cucarachas y ladillas, y siempre envueltos en hedores de berzas cocidas y de urinarios atrancados: «Salón Regio», el «Barbieri», el «Romea», el «Encomienda»... En estos locales —que padecían sudor con el mismo fuego «pedestre» y «axilar» que los

espectadores— eran representadas por cómicos menos que medianos y por cómicas tan malas artísticamente como cachondas anatómicamente—, obrillas de las llamadas *sicalípticas*, esto es, picantes como chile, acompañadas por un ruido estridente de chinchines, que pretendía ser música. Los públicos de horteras *perfumados* con bacalao, viejos verdes enranciados, arrieros oliendo a paja y ajo, catetos de los pueblos y pardillos de las aldeas, militares sin y con escasísima graduación erupando su rancho, niños zangolotinos consumidos por las lombrices y las erupciones, chachas con estipendio contado por reales, daifas pensionistas de mancebías, maleantes apenas disimulados, rugían de libidine, se desquijarraban a risotás, colaboraban con gritados calificativos bestiales y frases de obscenidad sonrojante a la eficacia del espectáculo. Obrillas, además, que resultaban irresistible y apremiante aperitivo para subsiguientes atracones de ayuntamien-

tos... fuera de la órbita ordenancista de la Administración Local.

Las varietés—género lírico y cantante, festiculador, contoneador, importado de «la Francia», que así exprimía los residuos de la *belle époque*—también alcanzaron su apogeo entre aquellos años de 1906 y 1925. Y tuvieron, claro está, sus adecuados locales decorados con barroquismos estridentes de marquetería, purpurinas, metales y espejos: el «Actualidades», el «Salón Rouge», el «Salón Japonés», el «Trianón Palace»—levantado sobre las ruinas «del Japonés»—, el «Petit Palace»—en la calle del Barquillo, hoy Teatro Infanta Isabel. Los primeros se alzaron en la calle de Alcalá, entre la Puerta del Sol y la calle de Cedaceros. Otros locales de las varietés fueron: el «Salón Madrid», luego «Teatro Rey Alfonso», mas lue-

go «Cine Panorama» y hoy «Teatro Arniches», en la calle de Cedaceros; el «Teatro Madrid», en la calle de la Primavera; el «Gran Kursal», después «Frontón Central» y hoy «Teatro y Cine Madrid». En los escenarios de estos locales, muy alegres y decentitos decorativamente, triunfaron bailarinas y tonadilleras. Algunas de ellas muy guapas, muy artistas y hasta refinadas, rozando en ocasiones lo cursi. No tengo empacho en confesar que aplaudí muchas veces a La Fornarina, Amalia Molina, Pastora Imperio, La Argentina, Carolina Otero, Adelita Lulú, La Goya, La Chelito, Olimpia d'Avigny, Tórtola Valencia... Sí, lectores míos, ¿para que enmadejar hipocriterías? Las mentadas y algunas otras fueron artistas excelentes y hembras «de bandera», hasta el punto de que varias pasaron a mis

teatros más serios para actuar como «fin de fiesta», a continuación de las obras menos largas de insignes autores. ¡Ah! Mi «Teatro Romea»—en lo alto de la calle de Carretas, subiendo a mano derecha y ya en el escorzo que hace la calle—fue bautizado como la «Catedral de las Variedades». ¿No fue «el Apolo» la catedral del género chico? Los españoles, más clero que cultos, siempre han sido muy aficionados a levantar catedrales a la vuelta de la esquina.

Pero con la misma sinceridad con que os he confesado mi admiración por algunas de aquellas tonadilleras y bailarinas, os confieso que me disgustaron hasta el enojo, hasta la irascibilidad asqueada aquellos otras «presuntas» artistas y — ¡eso sí! — fenomenales hembras que se llamaron Pilar Cohen, «la Cachavera», Mary Focela, «la Monterde», cuyo único *arte* fue saberse buscar la pulga, sin encontrársela, no en campos honestos de su anatomía, más bien pingüe que magra, sino en rinconadas o articulaciones comprendidas en zonas declaradas pudendas. alguna de estas ojeadoras y cazadoras de pulgas, como aliciente de su fama, *se rifaba* para una noche con el número de cada localidad. «La Chelito»—rubia rosa, pingüe, apelusada como una diosa de Rubens—logró tanta fortuna que pudo construirse un teatrillo para ella sola, empresaria y directora de escena y número «bomba» del programa: el llamado primero «Chan-tecler», luego «Eldorado» y ahora «Muñoz Seca», situado en la plazuela del Carmen, con vuelta a la calle de Tetuán. En materia de variedades le hizo mucha pupa al «Teatro Romea» el «Teatro Maravillas», de la calle de Malasaña, en años en que este género se confirmó como folklórico y empezaba a perder su fortuna. Estábamos ya en 1925, en 1926... Sobre estos escenarios folklóricos, demasiadas mujeres no siempre bonitas, no siempre jóvenes, casi nunca artistas. Unas, bailando por lo vulgar. Otras, cantando por lo incoloro. Estas, alternando cantes y bailes, inclusive intercalando entre éstos y aquéllos recitativos en absoluto idiotas. ¡Ah! Y demasiados cuplés trágicos: puñaladas y tiros, toreros clavados en el asta de un cornúpeta, jovencitas ultrajadas por un mocito huídizo, machos encarcelados por defender a navajazos la honra de la

LA HOJA DE PARRA

REVISTA FESTIVA

:::: Madrid 7 de Mayo de 1911 ::::

PRESENTACION



QUIEREN los editores de esta publicación recién nacida que, al verse en los albores risueños de la vida, sea quien la presente a los lectores mi humilde y modestísima persona: lo cual es como hacer de comadrona...

Mejor hubiera sido para eso buscar á un individuo del Congreso de Ginecología, porque yo—sin rubor os lo confieso—no sé ni tanto así de Pediatría, ni cómo echar la garra parteril á un engendro que se agarra, (temeroso de ver la luz del día) al claustro maternal, y lo desgarrá con rabioso tesón y furia impia...

Pero, en fin, aquí está LA HOJA DE PARRA, que es cosa de Obstetricia, pues con ella, (según Moisés) nuestra primera madre tuvo que andar por casa desde aquella fatal hora en que Adán se sintió padre...

¿Qué puedo yo deciros, por mi vida, de esta recién nacida que hace hoy—cual Don Quijote de la Mancha—su primera salida (¡no quiera Dios que su primera plancha!), si para que juzguéis de nuestras HOJAS no ha de haber otro juez que vuestros ojos?...

Plegue á Dios, lector pío, que la acojas bien y que no la mires con enojos. Y, supuesto que nace en Primavera—tiempo en que la «gentil» requesonera viene de Miraflores,—no la hagas perecer en los albores risueños de la vida: ¡que á las hojas—hermanas de las flores—no les llega hasta Otoño su caída!...

No os canso más, lectores, y abur: ¡que el corazón se me desgarrá viendo un nacido más sobre la tierra!...

¡¡Quién sabe si á esta pobre HOJA DE PARRA la tratarán como á una hija de perral!...

Y recordad la máxima de Ovidio: «Qui occidit parram, facit parricidio.»

Carlos Miranda

mujer amada, damas de las camelias echando el bofe entre soponcos sentimentales...

En 1931, el género ínfimo, las varietés y el *music-hall* habían fallecido, sin dejar otro pariente que el cabaret, mezclilla de los tres géneros difuntos. Y el cabaret, transformado burdamente en *sala de fiestas*, aún vive presumiendo. Mi primer cabaret creo recordar que se llamó *Maxim's*, y estuvo instalado en la calle Alcalá, entre el Casino de Madrid y el «Café de For-nos». La principal atracción del cabaret estaba en unas señoritas muy guapitas y muy postizamente finolis, vestidas con pretensiones, que alternaban con los clientes haciéndoles ingerir litros y litros de champán y otras bebidas de lujo—sobre cuya consumición tenían ellas su tanto por ciento—con la promesa, insinuada por los ojos pícaros y los labios dengues, de bailar con ellos el tango argentino, y la remotísima esperanza, sin insinuar, de compartir un amor urgente. *Maxim's* estaba decorado y amueblado con buen gusto; sus luces—azulinas, rojizas—eran debilísimas y dejaban grandes zonas somnolientas, porque el estar «a media luz» formaba parte importante de la *mise en scène* cabaretera. En el cabaret los diálogos se mantenían a media luz, y la orquestina sonaba apianada, como si saliera de una atmósfera de algodón. Contra lo que pensaron la mayor parte de mis madrileños y forasteros decentes, el cabaret tenía bien poco de pecaminoso y mucho de aburrido. Quien, entre los asistentes «de pago», no bebiera sin cicería y no se alapara, con vocación de molusco, a su pareja tan-guista... ¡estaba apañado! Y aun alapándose y bebiendo sin tregua, tampoco lograba decisivos gozos. Del cabaret sacábase mentes obnubiladas, rostros pálidos, ojos ahumados o llorones, miembros entumecidos y bolsillos vacíos. Al *Maxim's* siguieron el «Palermo», el «Alcázar»—en los sótanos del teatro del mismo nombre—, «El As», en la calle de Andrés Borrego; el «Majestic Club», en la calle de Ferraz con vuelta a la del Buen Suceso; el «Pa-

risiana» en la calle de Tetuán, sótanos del «Eldorado», y años después trasladado a un altozano de la Moncloa, más allá del Asilo de María Cristina, y teniendo como guardianes de su parque nada menos que a Daoíz y Velarde, disfrazados de romanos de guardarropía, con las espadas en alto y subidos a un pedestal rectangular de piedra. ¡Ah! Y otro cabaret con este título rimbombante, *L'Abraye de Thélème*, localizado en la planta baja del «Palace Hotel».

En un caserón enorme—sus espaldas daban a la calle de Arlabán—que estaba donde hoy se alza el edificio de «La Gresham», hubo otro cabaret «híbrido», de proporciones tremendas y titulado, ¡nada! *Happy House* (¡La Casa Feliz!). En el vestíbulo, de entrada gratuita, había incontables máquinas, todas ellas *tragaperras*. En una podían ustedes pesarse y ganar peso cada siete días; en otra, por el contrario, perdían ustedes peso cada semana; ésta vomitaba un papelito con el horóscopo conveniente a quien hubiese metido en la ranura del aparato una perra gorda; aquélla permitía devolver el ciento y aun el doscientos por uno a quien, luego de meter dos perras gordas, moviera una manivela y acertara a que el disco puesto en movimiento por aquélla detuviera su flecha señalando el casillero de alguno de los premios y motivando así la vomitona de perras gordas, escandalosamente sonora; pero la flecha parecía amaestrada a favor del propietario de la máquina, y sólo señalaba premio cada dos o tres días de incesantes intentonas por parte de los pretendientes sacrificadores de «perras»; no obstante, si «por casualidad» la flecha señalaba di-
na un par de veces al día, el vigilante del local se apresuraba a colgar delante de la ranura de ingreso el cartelito NO FUNCIONA. También había máquinas que cambiaban chokolatinas de «Matías López», caramelos de «El Riojano» por perras gordas, y esteroscopios en los que mediante diez céntimos se contemplaban quince o veinte fotografías diferentes y en relieve con vistas de

famosos monumentos y paisajes extranjeros; pero entre estas vistas inocentonas aparecían súbitas otras escabrosísimas con escenas amorosas entre jóvenes barbudos y damitas en enaguas y pantalones, jolgorios en el harén de Mohamed Yemila, ocasionando risotadas salaces y rebuznos en los mirones. Un real costaba sacudirle una docena de tortazos a un robusto muñeco con cara de luna y sonrisa de mancebo de ultramarino, la cual sonrisa—por medio de un oculto mecanismo—transformábase en gesto de dolor al conectarse las narices del muñeco con el puño rabioso de quienes parecían vengarse así de ofensas recibidas de quienes no podían ser puñeteados: suegra, jefe de negociado, sargento de la compañía, case-ro acreedor implacable... En aquel vestíbulo había una jaula con canarios mecánicos que cantaban a coro por una perra gorda. Y por una perra gorda perfumaba un surtidor-pulverizador con más larga mancha que perfume. Y por una perra gorda, con auriculares puestos, oíase una serie de cuentecillos y chascarrillos entreverados de verdor y estupidez. Y por una perra gorda transmitían viejos fonógrafos de bocina las últimas novedades de zarzuela y cuplés. El vestíbulo tenía cubiertas las paredes con fotografías muy atractivas de las más famosas bailarinas y cupletistas nacionales y extranjeras, siempre en posturas de «muchacha exposición». La contemplación de estas fotografías era el único placer gratuito en aquel vestíbulo. Dentro de aquel cabaret *sui generis* había sala de juegos más o menos prohibidos: treinta y cuarenta, bacarrá, ruleta, monte...; sala de billar normal y *chino*; saloncillo de cante y baile «para minorías»; expendedoría de bebidas alcohólicas raras y tan explosivas para hígado y estómago como para la cartera; algunos reservados donde podían celebrar secretas entrevistas de alto y largo valor emotivo los patéticos enamorados separados por una barrera social y canónica infranqueable a las claras.

F. C. S. DE R.

LA PLAZA DE TOROS Y EL MIRADOR DE LA VILLA DE MADRID, SITOS EN LA HUERTA DE LA PRIORA

Por AGUSTIN GOMEZ IGLESIAS

Sobre el allanamiento del lugar, ordenado por Felipe II, sus fuentes y situación, traté poco ha en mi comentario al volumen II de los *Libros de Acuerdos del Concejo madrileño* (1). Mas entre este estadio primitivo, es decir, inicial dentro de la evolución contextual de la Real Plaza de la Piora y su huerta, «con todo género de frutales y cristalinas fuentes, que la hacen amena y de grande recreación» (2), o la plaza ya acabada con sus frondosos jardines anejos al Oriente, o bien los ocho arriates geométricos, reflejados en el plano posterior de Espinosa (1769), y tan enormes que embebieron la plaza, hablaremos ahora de una fase o período intermedio que a la novedad del tema añade su indudable atractivo hispánico.

Dando de lado a otras instalaciones, realizadas también a costa de la Villa en la plaza contigua denominada del Picadero (3), me limitaré a la cuestión enunciada en el título del presente trabajo, que explanaré utilizando los datos contenidos en tres documentos del Archivo General de la Villa, pertenecientes a los fondos de la Secretaría. Todos ellos se incoaron y remataron dentro del siglo XVII. Por fortuna, dentro del primero y más interesante, ASA 2-57-26, se encuentra la planta y alzado del balcón del Concejo, de los toriles y la propia plaza, cuyo trazado firma y rubrica Juan Gómez de Mora, «maestro mayor de las obras reales».

Reproducimos la traza mediante copia fotográfica, ignorando aún si a su color o en blanco y negro, ya que las tintas del diseño están muy desvaídas. Ruego al lector que se fije en el sitio donde se halla ubicado el «balcón de S. M.», parte izquierda del dibujo, frente al flanco lateral derecho respecto de los ocupantes del balcón municipal; e igualmente en la antefirma de Gómez de Mora:

«Planta y alçado de los toriles en la *plaza de la Guerta de la Piora*. En Madrid a 2 de agosto de 1628.—Joan Gómez de Mora (*rubricado*).»

Observemos que en tal texto se dice «Guerta de la Piora», idéntico al texto citado de Quintana, un año posterior en fecha, o sea 1629. Los jardines surgen posteriormente, según señalan los planos de Texeira y Espinosa. Ahora bien, ¿cuál fue la procedencia de tal

huerta? Poco hay que rectificar de la exposición de Ezquerria del Vayo:

«La *piora* a que sin duda se hace referencia es doña Constanca, nieta del rey don Pedro I de Castilla, que desempeñó este cargo en el convento de Santo Domingo el Real, situado al pie de la cuesta Santo Domingo. Fernando III el Santo le donó, y después don Pedro I reprodujo la donación, una *huerta*, que se extendía hasta las inmediaciones del Alcázar, y era entonces conocida por la Huerta de la Reina. Según el plano de Madrid de 1785, esta medio huerta, medio jardín, formaba con el Juego de Pelota, situado delante y frente a la bajada a Caballerizas, parte considerable de lo que hoy constituye la Plaza de Oriente» (Ezquerria del Vayo, *Exposición del antiguo Madrid*, pág. 154). La referencia al excelente plano de Tomás López (1785) no es acertada, ya que éste sigue a Espinosa y registra, como él, simplemente la Piora; queda bien aclarado anteriormente cuándo fue huerta y desde qué fecha jardín.

El propio Quintana dice, en efecto, que los reyes, desde Alfonso el Sabio a doña Juana, concedieron grandes privilegios al convento mencionado, y en particular el rey don Fernando el Santo, que tomó la Casa bajo su real protección, como parece por su cédula, que... dice así:

«Ferrandus Dei gratia Rex Castellae et Toleti omnibus hominibus regni sui hanc cartam videntibus salutem et gratiam. Sepades que yo recibo en mi encomienda y en mio defendimiento la casa del Sancto Domingo de Madrid et las sorores, y los frailes que y (*alli*) son. E mando firmemente, que ninguno non sea osado de les facer tuerto, nin demás, ni entrar en sus casas por fuerça, nin en ninguna de sus cosas, si non el que lo fiziesse avrie mi ira, e pechar...» 1228, junio, 23. Medina del Campo.

«Y al año siguiente les hizo merced de una guerta suya, que llaman de la Reina, y tiene dello privilegio rodado, la data en Segobia, hera de mil y docientos y sesenta y siete» (1229) (4).

Trátase de otra fase, anterior a todas, que pone en claro el origen de la huerta. Mas vayamos ahora a nuestro tema específico. El 15 de junio de 1629 el car-



Detalle del plano de Texeira: núm. 11, pasadizo de la Encarnación; núm. 10, jardín de la Piora; núm. 12, plaza de ídem; núm. 13, picadero; núm. 14, entrada a ambas plazas.

denal de Trejo, presidente del Consejo de Castilla, dirige al corregidor Francisco de Brizuela un oficio sobre el reparo de la plaza de la Piora:

«Su Mag., Dios le guarde, manda que se enpedree la Plaça de la Piora a nivel, y que se adereçen los Palenques por todas partes y las puertas con todo lo necesario en los toriles; dize que la fiesta a de ser para quinze del que viene. V. M. de orden que se comienze luego lo que se huviere de haçer, para que se acave a tiempo. Guarde Dios...—El Cardenal de Trejo (*rubricado*).»

En el Ayuntamiento, acaecido el 8 de junio de 1629, se leyó el billete del cardenal y, oído por la Villa y tratado sobre ello, se acordó que se haga lo que S. M. manda... y «se hagan los toriles y atajos para el encierro y se prebengan los toros, que S. M. fuere servido se corran». Nómbranse dos comisiones a fin de cumplir el contenido del billete mentado y otra para que entienda en la segunda parte. Se acuerda también que «todo lo que montare se pague de las tierras valdías del Cuarto de Palacio (5). El señor Don Pedro de Alaba dixo que se represente a S. M. el enpeño en que se

alla esta Villa y que no tiene de dónde poder pagar lo que montare esta fiesta.—Pedro Martínez, Secretario del Concejo».

Mas el cardenal, haciendo oídos de mercader a la representación de Alaba, insiste con mayor precisión y ahínco: «S. M... manda que los toriles de la plaça de la Piora se hagan de tapias de tierra, y pilares de ladrillo, conforme la traça que se a dado. V. M. ordene que se hagan luego, para que S. M. quede servido».—Madrid, 22 de junio de 1629.—El Cardenal de Trejo (*rubricado*).

Miguel del Valle y Aguilar, alarife de la Villa, redacta las condiciones «según y cómo se ha de haçer la obra, que esta Villa de Madrid manda haçer en los toriles de la Plaça de la Piora; y los suelos de quadrado y ventanas para veer las fiestas los señores del Ayuntamiento»:

Çanxas «Primeramente se tienen de abrir las çanjas de las paredes que demuestra la planta, aondándolas cinco pies más bajo que el suelo de la plaça; y si a

este fondo no se hallare firme, se tiene de aondar hasta ocho pies, sacando los tres de tierra a pisson...

Cimientos »Es condición que se ha de haçer un cimiento en las quatro paredes del sitio dicho, adonde han de ver las fiestas los Señores, con más el ramal que haçe devissión de los toriles, el qual cimiento ha de subir siete pies, cinco devajo de tierra y otros dos, que descubra por la parte de afuera, han de ser de dos pies de grueso como señala la planta; el qual ha de ser de buena piedra de Caravanchel y Calmez la da a una espuerta de cal dos de arena.

Pilares »Es condición que sobre el dicho cimiento se han de haçer siete pilares de ladrillo rosado y cal de mayor y menor, empezando de mayor, siendo los de mayor de cinco frentes y los de menor de tres frentes; y se han de hacer en las partes que van señaladas en la planta y han de subir del alto que enseña el alçado y han de ser del grueso de las paredes.

Tapias »Es condición que entre pilar y pilar ha de ser tapiería averdugado (= verdugada).

Açitara »Es condición que por la parte que mira a la plaça se ha de hacer de acitara (6) de un pie de grueso desde el cimiento arriba, como lo enseña el alçado de la fachada; y ha de ser de ladrillo colorado y cal y los pilares de rosado ecepto lo que saliere por la delantera, que ha de ser colorado como lo del acitara.

Puertas »Es condición que se han de formar dos puertas, como lo enseña la traça y de tamaño que demuestra, con su arco de ladrillo colorado cada una.

Nudillos »Es condición que sobre el cimiento de mampostería dicho se han de echar sus nudillos y solera de madera aserrada de a ocho; y sobre las soleras echar su suelo de cuadrado de madera de a ocho enterica de bovedillas, dexando a diez dedos de grueso el claro de las bovedillas.

Solera y carrera »Es condición que sobre la acitara se ha de echar su solera labrada de vigueta común y encima della echar sus pies con sus çapatás, que han de ser también de vigueta, que muestre los cantos haça la plaça; y sobre los dichos pies y çapatás echar una carrera de tercia y quarta, todo labrado y acepillado y sacado a un grueso.

Suelo »Es condición que sobre la dicha carrera se ha de echar otro suelo cuadrado de madera de a ocho enterica, labrado de bovedillas dexándolas de a diez dedos de grueso y dexando labradas las caveças de los maderos que salen a la plaça, con su talón y tabicas todo bien labrado y acepillado; y en lo que toca a las paredes de adentro se han de echar sus nudillos y soleras toscas.

Armadura a dos aguas, que la piden los señores »Y es condición que se ha de hacer una armadura a un agua de madera de a seis, hechándole cinco maderos al tramo, el qual se ha de entablar con tablas de carretas traslapadas (7) al rebés, porque asga el barro; y texado de texa de Torrexón o de la ribera, a lomo cerrado con boquillas y caballete de yeso.

Jaaros y blanqueos »Es condición que el dentro (*interior*) desta pieza, que se ha de cubrir, se a de jarrar (8) arregla, cordel y plomo y blanquearla de yeso blanco lavado; y también han de ser jaaradas y blanqueadas las bovedillas y dados de açeite a los maderos.

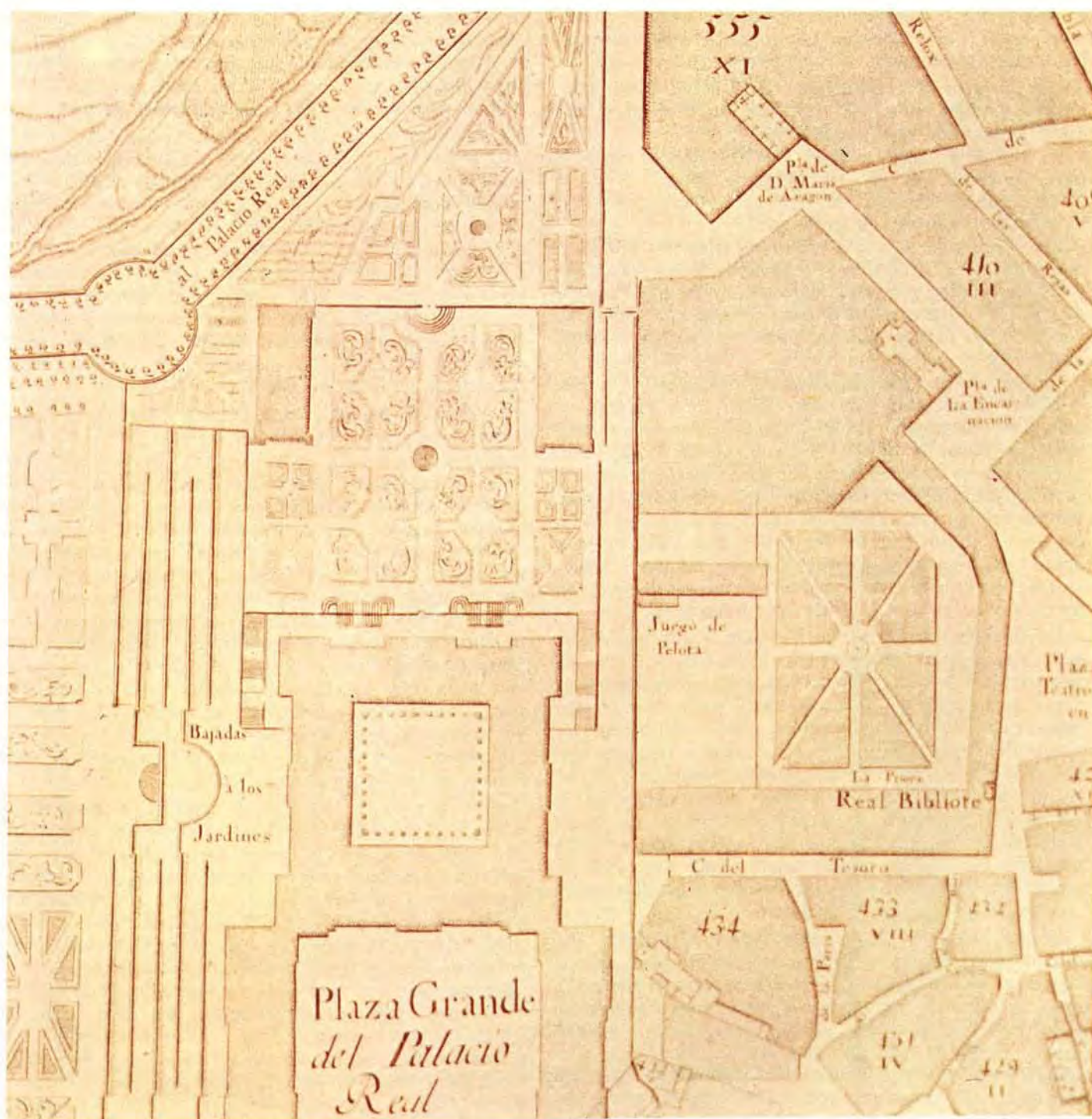
Suelo de ladrillo »Es condición que se tiene de solar esta dicha pieza de ladrillo rosado a laço con su mezcla de barro y en lechada de cal.

Aondar la pieza »Es condición que debaxo del suelo olladero se tiene de aondar esta dicha pieza de manera que quede de seis a siete pies de grueso, para que pueda servir de tener bancos y otras cosas, dexando el suelo a nibel y solado de ladrillo tosco; y para que este entre-suelo tenga respiración y luz se han de dexar dos lumbreras açia la plaça, en el alto del cimiento.

Reboco »Es condición que se ha de rebocar la delantera que cae a la plaza.

Puertas »Es condición que se han de echar cinco puertas, las dos en la delantera de la plaça y las otras tres de los toriles, las quales han de ser muy reças, de cuartón de ventaja y enrrasadas por entrambas partes con tablas de portada, y clavadas con clavos de caveza redonda largos y dadas de berde, porque duren y parezcan bien.

Cerrojos »Es condición que se ha de hacer esta dicha obra a toda costa de manos y materiales, dexándola bien hecha y rematada, con sus cerrojos y cerraduras en las dos puertas que caen a la plaça, que serán con llaves, y las demás con



Pormenor del plano de Espinosa de los Monteros mencionado a principio de este artículo. Los arriates del jardín de la Priora y el J. de Pelota figuran enmarcados por el edificio de la Real Biblioteca y el pasadizo de la Encarnación.

cerrojos solos; y linpia y escombrada la pieça y toriles a contento de los señores Comisarios.—Miguel del Valle y Aguilar (*rubricado*).»

En seguida se acuerda que se pregone en la Plaza Mayor y de San Salvador de la Villa, por si existe alguna persona que quiera hacer posturas. En el Ayuntamiento, o sesión de 7 de junio de 1629, se ve la planta y las condiciones reseñadas; indicase que no ha habido postura alguna, excepto la de Lorenzo Domingo Juan, que se obliga a realizar la obra «en mill ciento

cinquenta ducados (9), que es menos de lo que está el tanteo; y por el poco tiempo que hay hasta el día de la fiesta», 15 de julio, y comprometerse Domingo Juan a hacerla a satisfacción... se le adjudica la obra.

La obligación recoge las condiciones y L. D. Juan dijo que «se obligaba y obligó de hazer los toriles de fábrica y demás obra, que esta Villa haze por mandado de S. M., en su plaza de toros de la Priora. La qual dicha obra hará conforme a la planta y traza para ello hecha por don Juan Gómez de Mora, maestro mayor de las obras de S. M. y con las condiciones hechas por Miguel del Valle y Aguilar y Pedro de Pedrosa, alarifes

de esta Villa...». Aparte de tales condiciones, el comisario de la obra, Lorenzo López del Castillo, ordena las cosas siguientes:

«Las puertas de la plaza que salen al río están quebradas y bajas, anse de subir un pie más que hoy están y ponerlas que puedan servir.

»... que se obligare a hazer una división de madera para los toros que se sacaren de la plaza.

»Se obligara de rejar las *puertas grandes de junto al picadero*, como se le ordenare.

»Ase de obligar a echar todas las alfajías (*alfarjías*) que faltaren en las ballas y derezarlas todas reparadas y hechas fuertes; para esto todo ha de tomar la madera que y (*allí*) tiene el toril para aprovecharse dello y con esto me parece quedará todo bien fechas e armadas...

»... que quede acavada en toda perfección y le aya de dar y pagar esta Villa de Madrid mill e çiento e cinquenta ducados, la mitad luego de contado y la otra mitad mediada la obra...» El contratista, L. D. Juan, hace ver la perentoriedad de la obra y solicita licencia para trabajar los días de fiesta, «que supuesto el poco tiempo que ay para hacer esta obra de aquí a el dicho día 16 de julio, le a de dar esta dicha Villa *liçençia sacada del Vicario* para poder travajar los días de fiesta que vinieren en este tiempo y con *esta condición hace esta obligación y no de otra manera...*».

La tasación oficial hecha, firmada y rubricada por las alarifes municipales Alonso Carbonell y Pedro de Pedrosa dice: «Lo hemos tassado cada cossa de por sí y por lo ques en su justo precio y estimación y vale todo lo de toriles, pieça y ballas, a toda costa, manos y materiales, quince mill e quatroçientos y sessenta reales (10). Y este es nuestro parecer, tasación y declaración, a lo que Dios nos a dado a entender y así lo juramos y firmamos de nuestros nombres... a 26 de junio de mil e seiscientos e veintinuebe años». Posteriormente se indica en un asiento que todo ello se pague con cargo a las tierras baldías concedidas para la obra del Cuarto de Palacio.

Ocurre después una representación de Lorenzo Domingo Juan; en ella se indica que se ha encargado de las obras mencionadas, que se concertaron conforme a unas condiciones; mas como la obra «está ynovada en todo, como se verá por ella, a Vssa. pido y suplico mande nombrar persona para que lo vea y tase, y si ubiere menorías se me baxe y las demasías, que son muchas y de consideración, se me paguen; pido justicia». E indica su súplica las diversas obras adicionales:

«Y así mismo hice en los *palenques* de la dicha plaça muchos pedazos dellos y la arriestre (11) toda; y por la parte de afuera puse dos hórdenes de alfarjías clavadas en los palenques, para favorecer a los toreadores; y hice un tabladillo debaxo del balcón de su Magestad, para las tronpetas; y esto se hiço dos veces, la una para la fiesta de toros y la otra para el ensayo de las fiestas; y adereçe todas las puertas de la plaça y puse un çerroxo grande mío en la puerta del Picadero y en las puertas de la entrada de la Priora puse dos losas con sus texuelos y torne a asentar las puertas.»—Lorenzo Domingo Juan (*rubricado*).

Y, en efecto, Pedro de Pedrosa, alarife de esta Villa, por mandato del comisario Lorenzo López del Castillo, examina toda la obra del mencionado L. D. Juan efectuada en el «cuarto mirador y toriles questa Villa tiene

en la plaça de toros de la Priora, fuera de su obligación», y los tasa de la manera siguiente: enumera las veintiuna partidas de tal medida y tasación y sumadas importan «seis mill y setecientos reales y esta dijo ser su medida, tasación y declaración, la cual juro y firmo».

A estos gastos hubo que agregar la curiosa gratificación dada tradicionalmente a los alguaciles que «han sacado los toros»: «Señor.—La Villa de Madrid, cunpliendo con lo que V. M. le manda, dice que en todas las fiestas que se an hecho en la Plaça Mayor, en las de Palacio del Duque (12) y en la del Parque (13) se a dado el balor de un toro vivo al alguacil que a sacado los toros; y así en ésta podrá V. M. proveer lo que fuere servido».—En Madrid a 31 de agosto de 1629.—Pedro Martínez, secretario (*rubricado*). Y, en efecto, se concede su valor a los alguaciles Melchor de Cuéllar, Juan de Ribera, todos ellos de Casa y Corte.

La obra del mirador «questá en la plaça de la Priora, a donde se ponen los señores Corregidor y caballeros regidores desta villa de Madrid, el día que ay fiestas en el dicha plaça», debió tener una firmeza, al menos relativa, dado la minuciosidad de las condiciones elaboradas por los dos alarifes madrileños mentados, las revisiones frecuentes realizadas por los comisarios del trabajo, el coste de su ejecución y también, aparte de las húmedas condiciones del solar, el proceder del maestro ejecutor, L. D. Juan, quien se muestra como un profesional honrado a través de toda su actividad; tampoco debe menospreciarse el hecho de que trabajó con prisa. Mas lo cierto es que unos veinte años después, concretamente en 1652, se produce un fallo de consideración, que recoge perfectamente el acuerdo municipal, tomado en la sesión del 17 de junio de 1652. Entre los demás acuerdos ocurre el siguiente:

«Por quanto S. M., Dios le guarde, a mandado se adereçe el mirador, que Madrid tiene en la plaça de la Priora, para ber las fiestas que en ella se açen, por estarse cayendo y undido un pedaço del. Está resuelto por acuerdo de diez de este mes que los señores don Francisco de Luçón y don Luis López del Castillo lo agan adereçar y pagar lo que costare, de los efectos aplicados para la fiesta del Santísimo Sacramento deste año, que son los más prontos que Madrid tiene (14). Y en este ayuntamiento el señor don Luis López del Castillo a dado quenta cómo se a hecho mirar lo que es necessario reparar en dicho mirador; y está declarado por Joseph de Villa Real, maestro mayor de obras desta Villa, lo que se a de haçer y está encargado a Juan Belosso, maestro de obras, por preçio de seis mill reales. Se acuerda que... se aga con toda brevedad, se paguen los seis mill reales de los efectos aplicados para los gastos de la fiesta del Santísimo Sacramento de este año, como está acordado y se los pague al ... J. Belosso, don Manuel Román de Ortega, en cuyo poder paran dichos efectos en virtud este acuerdo, que sirva de librança sin otro recaudo...—don Joseph Martínez.—Saque estos del libro del Ayuntamiento.—Joseph Martínez (*rubricado*)».

No valdría la pena señalar la memoria y condiciones de tal obra relativa al reparo del mirador, elaboradas por el maestro Villa Real, porque en nada afectan a la estructura de las anteriormente consignadas. Igualmente sería innecesario recoger algunos otros datos respecto al retraso sufrido por el maestro Belosso en el pago de sus seis mil reales.

El documento tiene la signatura ASA, 1-62-119.

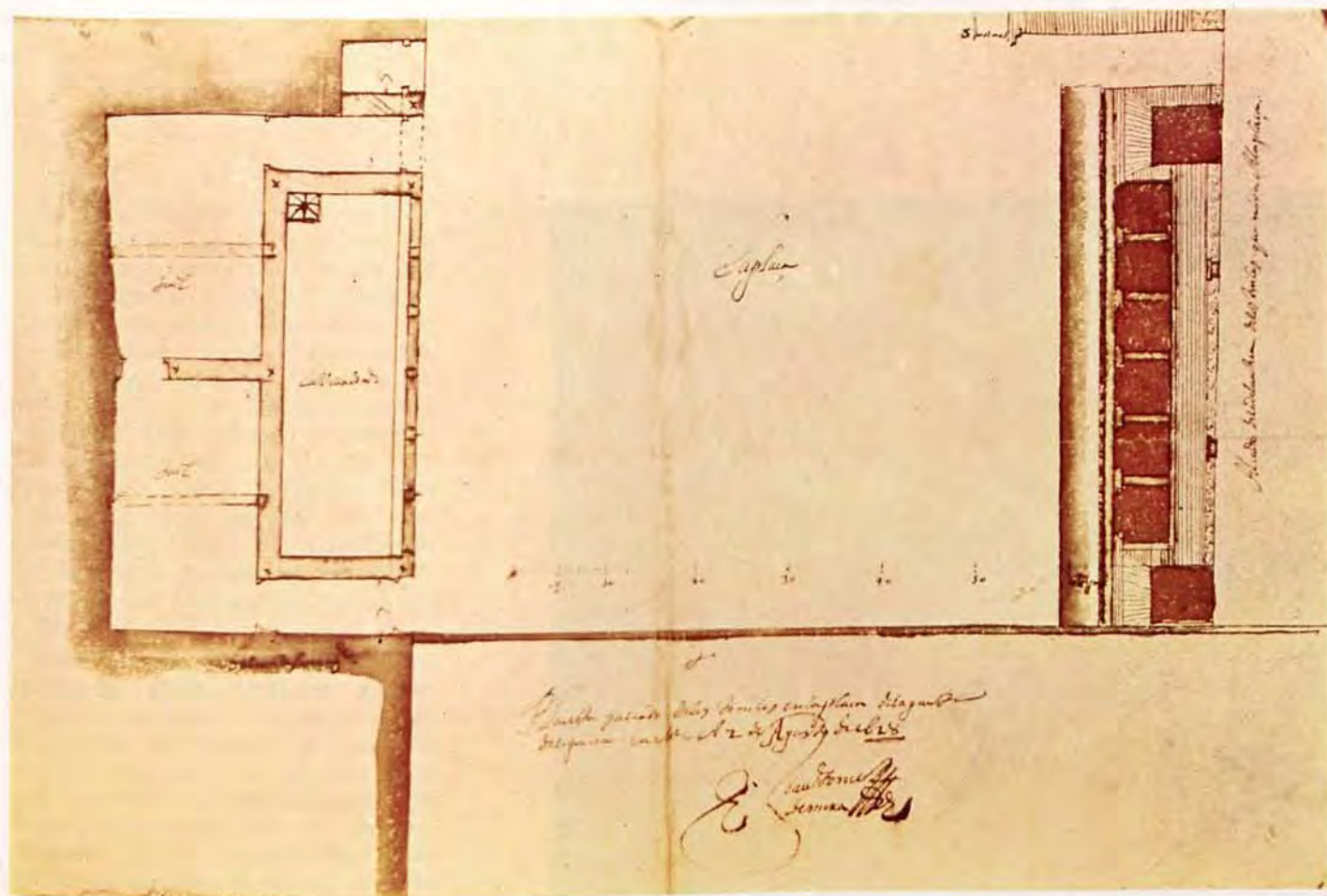
Finalmente, el expediente tercero y último es una obra nueva, de no mucha monta, puesto que se trata, dado el contenido, de un trabajo de remate y ornato. La memoria, redactada por Julio de Caramanchel, refiérese al antepecho del cuarto; detalla lo siguiente:

«Primeramente el antepecho de yerro dos mil y seiscientos reales, con el pasamano limado	2.600 rs.
»Mas los pies con sus zapatas bolteadas y la carrera de tercia y cuarta y la solera de cuarta y sesma, labrada y sentada con sus rebaxos, para enbeber la solera dos mill y cien ...	2.100 rs.
»Mas de apoyar el suelo y sentar el alero mill e quatrocientos	1.400 rs.
»Mas del derribo y despojarlo y dexarlo linpio ochozientos	800 rs.
»Mas de yeso y trastejo (15) seiszientos	600 rs.
»Monta todo siete mil y quinientos reales	7.500 rs.

de 18 días, cuyos jornales montaron 1.242 rs.». (Signatura, ASA 2-60-10.)

En definitiva y resumiendo la cuestión, la traza de Gómez de Mora de 1628 nos muestra una plaza rectangular, desde luego de menores dimensiones que la Plaza Mayor, inaugurada en 1620 con una corrida, acaecida con motivo de las fiestas de San Isidro; mas este último lugar es muy anterior, ya que la antigua e irregular plaza poseía en su fachada norte toril para las fiestas, conforme prueban los dos planos procedentes del Archivo de Zabálburu, estudiados y publicados por Iñíguez Almech en su excelente artículo intitulado *Herrera y las reformas en el Madrid de Felipe II*. Véase RBAM del Ayuntamiento de Madrid, t. XIX (1950).

A propósito de otras plazas de toros, algo hemos indicado anteriormente, notas 12 y 13. Igualmente, acerca del denominado Campo del Rey, así como del lugar relativo al encierro de los toros, ocurren interesantes datos en nuestro comentario al volumen II del *Libro de Acuerdos del Concejo Madrileño*, páginas XLIV, LV y LVI. Ahora bien, la primera plaza circular, construida en Madrid bajo la dirección de don



Traza de J. Gómez de Mora, examinada al comienzo del presente artículo. El balcón de la Mag., algo confuso, aparece en el ángulo inferior izquierdo.

Tampoco interesa aquí la memoria detallada del gasto, partida por partida; mas si recogemos la referente a la mano de obra: tres oficiales y seis peones tardaron en «fortificar las harmaduras y tejar los tejados más

Pedro de Ribera, arquitecto mayor del Ayuntamiento madrileño, lo fue en el paraje denominado Casa Puerta, contiguo al Soto de Luzón, junto a la dehesa de Arganzuela, modelo, a su vez, de la cercana a la Puerta de

Alcalá, erigida de cal y canto y estrenada en 30 de mayo de 1754. Estas dos últimas plazas han sido estudiadas muy en detalle, sobre todo Casa Puerta, por Baltasar Cuartero, buen erudito, en su obra *Historia de la primera plaza circular de toros construida en Madrid*, y publicada en 1957.

A. G. I.

(1) Véase, sobre todo el testimonio núm. 14, el croquis número 3 y texto, incluidos en las páginas XLVIII, LX y LXI.

(2) Quintana, *Historia...*, pág. 835, ed. 1954.

(3) Texeira (1656, números 10 y 12, 13 y 14).

(4) Quintana, *Historia...*, fol. 395 r. y v. de la ed. de 1629; por cierto que el número del fol. está equivocado. La ed. de 1954 no es de fiar aquí ni en otros muchos pasajes.

(5) Esta sisa era enteramente municipal y la Villa se vio en grave apuro económico, ya que el capital, tomado a censo, ascendía a 5.290.334 reales; tal capital incluía, a más de los 250.000 ducados, mencionados en la provisión del Consejo (21-X-1608) y destinados a construir en el Palacio Real una vivienda a doña Margarita de Austria, se añadieron después (6-X-1614) otros 50.000 para fabricar la galería y torre del propio cuarto. Los arbitrios propuestos a tal fin por el municipio

madrileño, así como los arrendamientos y acuerdos del mismo están en ASA 3-297-15.

(6) Acitara y citara «muro cuyo grueso es del ancho de un ladrillo».

(7) Traslapar, «montar», «solapar». Colocar dos cosas de modo que una cubra parcialmente a la otra; como las tejas de un tejado o las dos partes delanteras de una prenda de vestir.

(8) Hoy jaharrar, cubrir con una capa de yeso o mortero la superficie de una obra de albañilería.

(9) Sobre los ducados y su valor en esta época, véase Matéu y Llopis, *La moneda española*, páginas 223, 224, 231 y passim.

(10) No se especifica su tipo y cuantía, o sea, si eran de plata o de vellón, o bien reales de a ocho, de a cuatro y de a dos; sobre todo ello véase M. y Llopis, obra citada, passim.

(11) *El arriostrado* es el conjunto de tirantes o puntales con que se refuerza una estructura.

(12) Refiérese al Palacio de Medinaceli, en el Prado de San Jerónimo, donde hubo una plaza de toros.

(13) Se refiere a la del denominado Coso, cerca de la Almudena.

(14) Julio: El día 25, a las cinco de la tarde, en Santa María, vísperas solemnes con asistencia del cabildo, de la fiesta de Santa Ana. Al día siguiente, a las diez..., misa y sermón... y está patente todo el día el Santísimo Sacramento. Véase *Anales del I. de E. Madrileños*, t. IV, páginas 284-85.

(15) Trastejar. «Aderezar, reparar y componer los tejados».

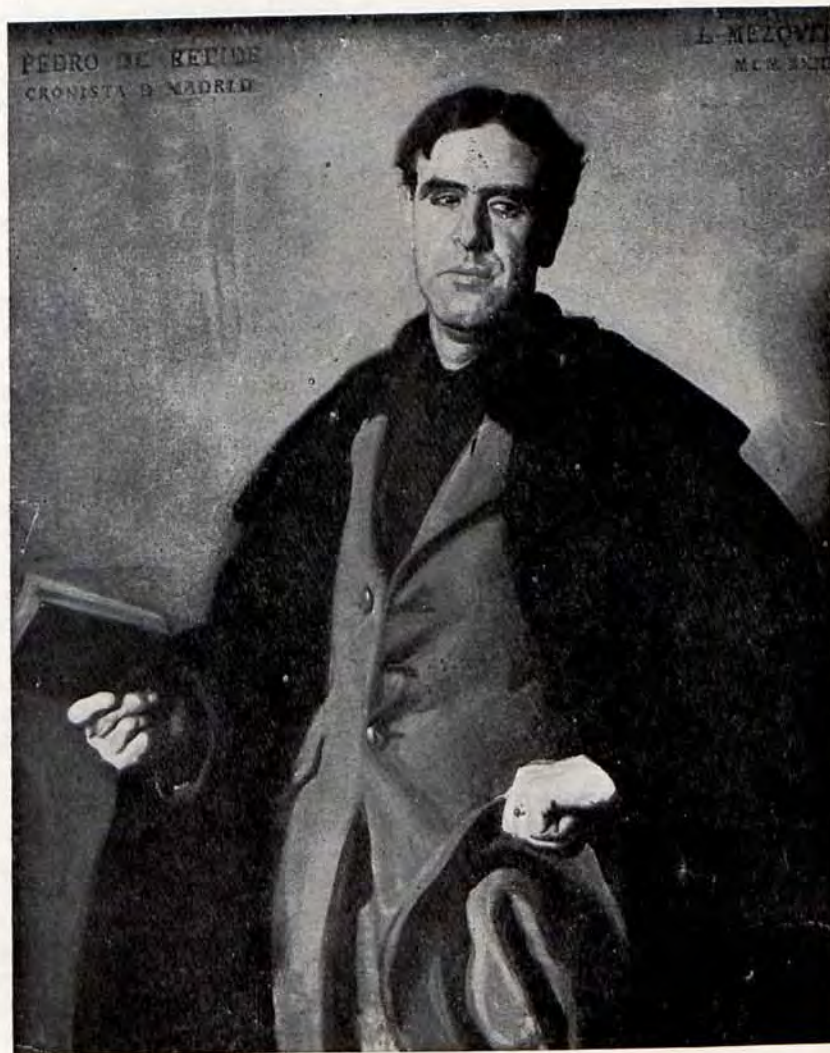
BREVE PERFIL DE UN MADRILEÑO:

PEDRO DE REPIDE Y NOTICIA DE UNA CONFERENCIA

En la calle Real de la Morería, y en un barrio que él va a inmortalizar después, nace un 8 de febrero de 1882 Pedro de Répide Cornaro, cuya señora abuela nos cuenta un madrileño impar fue la última reina de Chipre. Y es en febrero también, un 16, y en Madrid, cuando corriendo 1948, muere el maestro del costumbrismo y la novela, este nuestro don Pedrito, de quien ahora traemos a estas páginas una conferencia magistral: "La aportación de Madrid a la cultura española", dada en La Habana en agosto de 1928.

Don Pedro de Répide merece una biografía extensa, pero ha de ser alguien que bien le conociera quien la escriba, arrancando de esos esbozos brillantes que dejaron quienes también pudieron hacerlo, ya Ramón Gómez de la Serna, Antonio Velasco Zazo o Mariano Rodríguez de Rivas, los tres cronistas oficiales de la villa madrileña. Mientras aquélla llega y como noticia introductoria a su trabajo, apuntemos aquí un breve perfil biográfico suyo.

Pedro de Répide va al Instituto de San Isidro y a la Central, pero sin duda alguna lo que más frecuenta son las escapatorias a los barrios populares, y claro está que a las tertulias de los viejos cafés con billares



y piano. Ramón nos ha dicho — se entiende Ramón Gómez de la Serna—que por ellos gritaba "tengo derecho al trono de Chipre", un derecho que, digamos por nuestra parte, nunca reivindicó éste, de quien el príncipe Constancio Paleólogo decía: "Este inquietante y divertido señor de Répide y Cornaro, que tiene los antepasados italianos, la cabeza española y el aire parisiense".

Cabeza española con tufos de organillero barriobajero y elegancias de París, elegancias que ha aprendido allí, cuando la Isabelona, doña Isabel II, le hace su bibliotecario en el Palacio de Castilla, ya desaparecido de la geografía urbana y sentimental de la capital francesa.

Como bien puede decirse, y esto es natural, su primer libro es de versos: "Canciones". Es un raro de la bibliografía madrileña éste, que dedicó al poeta Grilo. El segundo también es de versos: "Las canciones de la sombra". El tercero es ya de prosa; lo da a la estampa un librero que sacó a la fama a muchos jóvenes de su tiempo: Gregorio Pueyo. Novelitas que llevan un título general: "La enamorada indiscreta".

No se trata ahora de seguir puntual y exactamente a sus libros y a sus obras de teatro, a sus paseos embozado en su capa elegante y garbosa; era el rey del garbo y la elegancia por las calles viejas de un Madrid del que estaba enamorado—digámoslo en frase un tanto chula—hasta las cachas, de su asomarse a los salones y de ir a los mítines—"metines" dicen algunos republicanos—. Pero es un republicano con un sentido liberal y noble, algo como es debido, y que cuando ve que la misma pierde los estribos va en busca de climas de paz, se va, como otros grandes del tiempo antiguo, a hacer las "Américas", a viajar y vivir en América, para luego, como aquéllos, venir a morir a su pueblo, que en el caso de Pedro de Répide es una cabeza de nación: Madrid.

Novelas largas y cortas, novelas, cuentos y crónicas, reportajes e historias, artículos a miles y conferencias y dramas y versos. Es una vida ampliamente vivida la suya, una vida cargada de peripecias y recuerdos de gentes que conoció, de cosas que contempló de cerca a caballo de dos siglos.

Cronista oficial desde el año de 1923, uno de los más claros y certeros, finos y enamorados de todos cuantos lo fueron de entonces a la fecha. Hemos dicho unas líneas antes que no íbamos a recoger con puntualidad bibliográfica sus libros matritenses, pero tampoco, sería demasiado grave falta dejar de apuntar algunos de ellos, sin entrar, claro es, en el terreno de la crítica, que habrá de quedar para esa ocasión de su biografía-ensayo que un Borrás o un Sainz de Robles deben de darnos.

Así, pues, anotemos, a la par que aceptamos la exculpación de una incompleta ficha bibliográfica y sin atenernos tampoco al orden de la aparición en la escena "Del Rastro a Maravillas", "El solar de la boquera", "Costumbres y devociones madrileñas", "La villa de las siete estrellas", "El maleficio de la U", "La negra", "Jardín de princesas", "Del rancio solar", "La saeta de Abaris", "Los cohetes de la verbena"... Larga serie interminable de novelas y crónicas, de artículos recogidos en libros, de los cuales esperamos ahora el de sus historias de las calles de Madrid, publicadas en las páginas del diario "La Libertad", donde largo tiempo escribiera diariamente. Bellas y curiosas historias que ha recogido y prologado un madrileño y escritor de gran porte: Federico Romero, que ha ilustrado Juanito Esplandiú.

Después de correr América, vuelve al Madrid de los años cuarenta don Pedro de Répide; pese a que su edad no es muy avanzada—anda por la sesentena—, está alicaído y viejo; más aún, peor aún: está entristecido de ver que este Madrid no es el suyo. Pero, pese a todo, aún anda por sus calles envuelto en su vieja y elegante pañosa, aún se toca con su clásico chambergó. Va a algunas tertulias, concurre a algunos actos, da una conferencia en el Colegio de San Antón, escribe unos artículos, y como un viejo señor de otros tiempos, creyente y pecador, muere.

* * *

Por el verano de 1928, un julio muy caliente, el madrileño don Pedro de Répide anda por tierras de Cuba. En Madrid queda ya poca gente de la aristocracia, pero toda-

vía en las tertulias de los cafés se comenta que en La Habana el buen Pedro de Répide está obteniendo un éxito colosal. Alguien en el Colonial ha sacado un "Diario de la Marina". Cuenta y no acaba el cronista de la conferencia que en la Institución Hispano Cultural de La Habana ha dado, sobre Moratín, Pedro de Répide. Habla antes "vamos a disfrutar mañana de un bello espectáculo literario", y después, de aquella que pronuncia en el Teatro Martí allá por un 30 de julio de 1928, fecha arriba o abajo.

"Pepín" Fernández Rodríguez, el "Pepín" de La Habana, el madrileño Pepín de los años cincuenta y setenta, y Dios quiera que noventa madrileños, estaba al decir del periodista intranquilo de a quién otorgar la presentación del orador. Corrió a cargo, y con brillantez, de Jorge Manach.

Fue algo esplendente y magnífico, como así la conferencia que días después da sobre "La aportación de Madrid a la cultura española", y que ahora nos cumple la satisfacción de brindar al lector en estas mismas páginas.

En torno a una y otra, una pluma anónima hace un largo elogio de Répide en las columnas de "La Libertad". De La Habana llega un telegrama en que el presidente del Club Madrileño de aquella ciudad pide un homenaje para su paisano. Un homenaje que sería un éxito más.

El domingo 5 de agosto de 1928 empieza a publicarse en folletón la conferencia repidiana. Allí, junto a un telegrama de Londres que dice que hay tifus, un artículo largo que anuncia un Congreso Internacional Socialista y unas coplas de Luis de Tapia:

Me dan envidia a veces
los aviadores
que van cruzando el mundo
con sus motores.

Son estas y muchas cosas más las que hay en aquel número donde empieza a publicarse el texto de Répide, que, hermoso y sugestivo, aquí se brinda a los lectores de VILLA DE MADRID.

Juan Sampelayo

LA APORTACION DE MADRID A LA LITERATURA ESPAÑOLA

Por PEDRO DE RÉPIDE

Muy complacido y muy honrado por ello, he aceptado la invitación de la Institución Hispano-Cubana de Cultura, que es honra de Cuba y que me permite desde esta tierra fraterna hablar de un tema que me es particularmente grato, entreteniéndolo vuestra atención durante el espacio de una hora, para dirigir una mirada panorámica a la aportación que Madrid ha hecho a las letras de España.

Una vocación que era como un imperativo espiritual llevome desde mi infancia a buscar en el alma de la ciudad donde nací a escudriñar su pasado, describir sus costumbres y cantar sus bellezas. Eje un día de la historia del mundo, pareja de Roma en una hegemonía secular, la vida del orbe giró algún tiempo en torno de su nombre y de su prestigio, cuando el alcázar de Madrid era la cúspide de uno de los más grandes imperios de la tierra.

Pero antes y después, cuando comenzó a ser asiento de la errabunda corte de Castilla, y cuando por una ineludible ley histórica, su capitalidad quedó políticamente siendo la del viejo solar hispano, la villa de Madrid ha sido siempre un fanal encendido, vivo lampadario, llama vigilante de poesía, que cumple su destino de arder inextinguible como en el altar del idioma, en su altura de la meseta guardada por los titanes de granito del Guadarrama, entre la pesadumbre sombría de El Escorial, donde la historia duerme, y las rientes vegas de Aranjuez, donde la historia revive en una pascua de rosas, al eco sonoro de la canción del Tajo.

Si se fuese a hacer o intentar un apunte histórico de las aportaciones de Madrid a la cultura hispánica, sería menester el espacio de co-

piosos volúmenes. Los historiadores madrileños del siglo XIX pecaron de modestos. Don Ramón de Mesonero Romanos y don Angel Fernández de los Ríos quisieron combatir tan concienzudamente las poemáticas fantasías de sus predecesores, que redujeron con exceso, a despecho de la verdad histórica, la antigüedad madrileña. Fue ello un exceso racionalista y crítico. Si Lucio Marineo Sículo y Pinelo, en el siglo XVI; Gil González Dávila y Jerónimo de Quintana, en el siglo XVII, y Alvarez de Baena, en el siglo XVIII, llevaron su fantasía hasta la fábula, bien podrían aceptarse sus escapadas hacia regiones ideales, en gracia a la belleza de sus creaciones, que se perdían entre las nubes de un cielo mitológico.

Hablaban de un príncipe, Ocuo Vianor, hijo de la adivina Manto, que tras de fundar en Ausonia la Mantua que había de dar entre sus hijos a Virgilio, había llegado, misteriosa y aérea a dar origen, junto a la cordillera carpetana, a esa otra Mantua que tomaba de la constelación de la Osa Mayor o del Carro su bellissimo emblema de las Siete Estrellas, y traspasaba a Madrid un abolengo que le enlazaba con los dioses. Estos alardes poéticos e inofensivos no merecían la indignación que causaban a Mesonero y a Fernández de los Ríos. Hubo, en cambio, durante la misma decimona centuria, dos hombres más especializados que ellos en la investigación y crítica histórica, colaboradores en una historia de la villa y corte, y que a pesar de no ser madrileños, estudiaron con más cuidado los tiempos remotos de Madrid. Me refiero a Amador de los Ríos y Rada y Delgado, que se ocuparon de

los brocales del pozo, las urnas cinerarias y los mosaicos hallados en Madrid, como testimonio de una población romana. Leyendas votivas e inscripciones sepulcrales, que en su concisión lapidaria tenían la clásica belleza de la poesía latina.

Hubo, sin embargo, en 1860, un sabio madrileño, a quien la posteridad tiene que hacer la justicia que merece, don Casiano del Prado, que hizo en la orilla del Manzanares, en la castiza pradera de San Isidro, y nunca más merecedora del nombre de castiza, las primeras excavaciones para hallar, como encontró, las pruebas de la remotísima población madrileña. Pero a pesar de la importancia de sus descubrimientos paleontológicos, de los restos humanos de razas primitivas, de los colmillos y osamentas de gigantes animales antediluvianos, y armas y utensilios de sílex y trozos de una lejanísima cerámica, tales interesantísimos trabajos quedaron interrumpidos hasta 1916. Hugo Obermaier, alemán refugiado en Madrid durante la guerra, hubo de proseguir tales estudios, verificándose desde entonces hasta la fecha continuas excavaciones, que patrocina el Ayuntamiento de Madrid, y que han dado por resultado el alumbramiento de nuevos yacimientos, no sólo en la margen derecha, sino en la orilla izquierda del Manzanares, y algunos a tal distancia que se encuentran en los límites opuestos de la actual extensión de la capital de España, y muestran cómo Madrid es uno de los lugares de población más antiguos de Europa, y en el que hubo de manifestarse la primitiva y más rudimentaria de las civilizaciones.

Si Madrid ostentaba ya una cultura en la época romana, cuando era la *Mayoritum* o la *Magerianum* del itinerario de Antonio Pío, y durante el período visigótico cedía a la mayor importancia que entonces tenía Toledo, la vieja Tolaitol, asiento de los monarcas y estrado de los concilios, al ser luego la *Magerit* o *Medina Machvit*, contribuyó a la gloria de la España árabe con uno de sus hijos preclaros.

Aquel breve Madrid de angostas y revueltas callejas, que tenía sus límites entre la fortaleza con honores de alcázar y la Puerta de Moros, pasando por el barranco de los Caños Viejos, donde luego quedó y perdura el barrio de la Morera, dio a la España musulmana la perso-

nalidad poligráfica de Omar-ben-Said-ben-Salemi-el-Majerit. Matemático, filósofo y poeta, aquel inclito madrileño bulló en la mahometana Universidad de Córdoba, la Córdoba de Séneca y Averroes, y fue antorcha encendida desde el pie del Guadarrama hasta el corazón de la Península, en aquella época tolerante y sabia, en que un príncipe cristiano podía llamarse el rey de las tres religiones, y la cultura árabe española superaba a la de las escuelas de Bagdad, de Damasco, de Alejandría, y esplendía al par de las más famosas de Europa medioeval.

Transcurre la Edad Media, como ya quedó apuntado anteriormente, con un continuo trasiego de la corte, que de Toledo a Alcalá, de Madrid a Segovia, de Segovia a Olmedo, de Avila a Medina, de Sevilla a Talavera, de Palencia a Zamora, de León a Dueñas, de Valladolid a Tordesillas y de Burgos a Granada y a Tudela de Duero, caminaba trasumante, huyendo asechanzas, esquivando perfidias, temiendo traiciones y atajando rebeldías.

Juan I, el rey caballeresco, que había dado Madrid en señorío y reino a León V de Armenia, porque perdió su imperio en defensa de la fe, hizo aquella donación porque estimaba que era el mejor presente para aquel lejano monarca, vencido por los turcos, cederle la villa que él prefería entre todas las de su reino, y cuando, relevado Madrid de la pleitesía al exótico monarca, se marchó a morir en París, el rey don Juan hizo de Madrid su residencia predilecta.

Era en el reinado de Enrique III cuando otro madrileño esclarecido llevaba a lejanas tierras el prestigio de la suya y ennoblecía el habla de Castilla con el relato de su peregrino viaje. Aún se conservan en Madrid, en esa plazuela de la Paja que es un relicario de la historia española, los muros de la casa en que habitó aquel hombre, que se llamó Ruy González de Clavijo, y que más tarde había de ser mansión de otro insigne linaje de madrileños, cuyos nombres asimismo tienen su lugar señalado en estas referencias.

Ruy González de Clavijo fue a las apartadas tierras persicas, en embajada por el rey de Castilla, y el grande y fiero Tamorlán, aquel poderoso soberano asiático a quien Europa temía, recibió lleno de asombro y de respeto la misión del gran

madrileño, que aun en tal país fabuloso de leyenda oriental hizo brillar el prestigio castellano. El gran Tamorlán contestó con otra embajada de cuento de hadas, en la que entre otros presentes mandaba a guisa de objetos preciosos y sin duda lo eran, dos princesas bizantinas que él guardaba como botín de sus guerras en el bajo Imperio. Una de ellas era doña Angelina de Grecia, que casó en Segovia, entroncando con el linaje de los Contreras, del cual matrimonio desciende el actual marqués de Zayas, excelente poeta, que ha dedicado sus mejores versos a cantar la figura de aquella antepasada suya, cuyo enterramiento en la segoviana iglesia de San Juan de los Caballeros conserva la familia de los Zuloagas, que ha hecho de aquel antiguo templo religioso taller y templo de arte.

Cuando el rey de Castilla recibió la embajada del caudillo asiático, lo hizo con toda la pompa que podía ser pregonera de su majestad, y ya que el alcázar madrileño donde recibía a los emisarios del lejano príncipe podía simbolizar el castillo de su escudo, quiso sin duda completar los blasones de sus armas, y dar al propio tiempo cierta poderosa sensación de fiereza, recibiendo a los embajadores con un león tendido a sus pies. Justo es decir que semejante fiera habíase rendido de tal modo a los goces domésticos, que al ser trasladada a Alcalá de Henares, un día en que el sol agosteo era lumbre en las mieses, reventó de gordo en su jaula cuando el carro que la conducía pasaba el Jarama sobre el famoso puente de Viveros.

Valga ese inciso que ha desviado un tanto mis palabras de la línea del tema, y volvamos a recordar a Ruy González de Clavijo, famoso como orador de opulenta facundia y merecedor de ser citado en esta rememoración por haber escrito la relación de aquel viaje a la espléndida corte asiática, donde la primera voz europea que se hizo oír con todo acatamiento fue la de tan alto caballero madrileño.

La corte romancesca y trágica de don Juan II ve formarse el genio lírico de Gómez y de Jorge Manrique, y junto con ellos ha de hacerse memoria de otro hondo y melancólico cantor que compone con ellos la trinidad poética de la época: el hidalgo madrileño don Juan Álvarez Gato, cuyas filosóficas co-

plas se repetían como tristísimas querellas en los severos aposentos de la reina doña Juana de Portugal, y en el solitario castillo de la triste condesa, y en las estancias ataviadas a la morisca, cubiertos de alcatifes los alicatados muros, entre los que, descuidado de las fatigas del gobierno, solazaba su ánimo de artista don Enrique IV, el calumniado soberano.

La permanencia de los Reyes Católicos en Madrid, quienes habitaban no en el Alcázar, sino en las casas de los Lasso de Castilla, en la plazuela de la Paja, realza la importancia de los Vargas, moradores frontereros a los reyes, en las casas que habían sido de Ruy González de Clavijo, y destinadas por un hado propicio a cobijar inteligencias singulares. Cuatro miembros memorables de esa misma familia merecen ser recordados: Francisco de Vargas, el sabio ministro de los Reyes Católicos, que dio origen a la conocida frase de «Averigüelo Vargas», porque era ésa la fórmula con que los reyes descansaban en él, encomendándole la resolución de infinitos asuntos; su sobrino, igualmente llamado, que fue encargado de la defensa del Alcázar, atacado por los comuneros, defensa en la que su mujer, doña María Lago, igualó el heroísmo de las más célebres heroínas de la historia, y, finalmente, el hijo del averiguador, don Gutierre de Vargas y Carvajal, obispo de Plasencia, varón consumadísimo en ciencias y letras. Otro inciso cabe aquí para reseñar la personalidad de aquel prelado, letrado y sapientísimo, que enlaza el nombre de Madrid con los últimos y escasamente conocidos episodios del descubrimiento y conquista de las Indias.

Ya había sido señalado el madrileñismo, aunque dramáticamente, en el Perú, con el capitán Juan de la Torre, llamado «el Madrileño», nombre de la dolorosa recordación, cuya muerte después de muchas hazañas celebró paseando las calles de Arequipa, envuelto en una capa roja, su padre, que era uno de los trece «Caballeros de la Espuela Dorada», que estuvieron con Pizarro en la isla del Gallo. También, aunque no nacido en la villa, era de tierra de Madrid, nacido en el pueblo de Pinto, el soldado Mancio Serre de Lequizamo, que se apoderó del sol de oro de los Incas y se lo jugó y per-

dió a los dados aquella misma noche.

Tornando a don Gutierre de Vargas, diremos que había heredado el prestigio y el amor que a sus padres manifestaron los monarcas, y buena prueba fue de ello el hecho de que Carlos V le diera el encargo de acompañar hasta Granada el cuerpo de Felipe el Hermoso, para que al fin recibiera sepultura, tras la larga y fúnebre peregrinación a que le había sometido la amorosa locura de la reina doña Juana. Don Gutierre, lleno de ánimo y deseoso de contribuir con su esfuerzo a la total conquista de América, pidió al emperador lo que había sobrado del continente, y el César de buen grado concedióle lo que para mayor honra y gloria de España le pidiera.

Francisco de Camargo, hermano de don Gutierre, fue el encargado de dirigir la expedición y muy luego aderezó navíos y reclutó gente. Las naves, dispuestas en Vizcaya, completaron en Sevilla su avío. Pero como Camargo no pudiera embarcar, hízose cargo de la armada el obispo de Plasencia, Juan Francisco de la Rivera, comendador que vivía en Burgos, y tan pobre que antes de darse a la mar pidió real permiso para dejar en un convento de damas nobles a su hermana y tres sobrinos.

Salió la armada a fines del año 1530. Eran cuatro naves. La capitana, con el general y gobernador electo, y tres naves más, con Alonso de Camargo, Gonzalo de Alvarado y el maestro de derrota Miguel de Aragonés, que cuatro años antes había llevado hasta el Plata al adelantado Mendoza.

Dieron rumbo al estrecho de Magallanes, y la flota embotó el cabo de las Virgenes; dos días después un temporal deshecho hizo varar la capitana en la costa, salvándose los tripulantes, que quedaron en tierra. Trató de recogerlos la nave de Alvarado, pero no pudo y fue arrastrada por los vientos a la Tierra del Fuego. Allí pasaron los tripulantes seis meses hasta que pudieron volver, y llegaron en su navegación hasta el cabo de Buena Esperanza.

El caso de Rivera y sus hombres, que habían quedado en la Patagonia, vino a repetirse, aunque por fortuna en escala menor. En la punta de las Tormentas desembarcaron cinco hombres y habiendo de im-

provisó un temporal alejado la nave, allí quedaron en aquel extremo africano, como sus compañeros en el de América.

Alonso de Camargo entre tanto había subido costeando por el Pacífico hasta llegar a Arequipa. Y el regalo que llevó a los peruanos aquella nave tan ajetreada fue la plaga de los ratones, animalitos hasta entonces desconocidos en aquel país. Con lo que por el origen madrileño de la expedición, puede decirse, aunque parezca extraño, que fue un «gato» el que llevó los ratones a América. El barco se destruyó y fue vendido a pedazos. Almagro, el mozo, aprovechó de la pólvora. El espolón sirvió de asta-bandera en la plaza de Lima. Y con algunas de las tablas se hicieron puertas para la casa de Pizarro.

¡Oh estupenda España que así iba repartiendo sus hombres por el mundo! De aquella armada del madrileño obispo quedaban Francisco de la Rivera, con ciento cincuenta hombres, en la Patagonia. De la gente de Alvarado, unos hombres en el cabo de Buena Esperanza y el resto en Portugal. Camargo, con sus gentes, en el Perú.

Un excelso historiador tuvieron luego estas hazañas, y fue otro madrileño que a las Indias dio el asombro de su ciencia y de su virtud. El admirable escritor y misionero Diego de Rosales, cantor de la «Historia general del reino de Chile», y que a la condición de nacido en la villa de Madrid vinculó siempre cierta vanagloria de rancio castellano, porque lo hizo inherente a su nombre estampándolo en la portada de su libro. Por otra parte, es la única vanidad mundana que se ha logrado desentrañar del corazón de aquel hombre tan insigne como humilde.

Y don Gutierre de Vargas llega a nosotros no sólo por su memoria de letrado y de guerrero, sino con el prestigio de las artes como cumplía a un prelado de los días luminosos del Renacimiento. En la renombrada plazuela de la Paja, adosada a la iglesia de San Andrés y sobre el lugar donde se alzó el palacio de Ruy González de Clavijo, encuéntrase la capilla de San Juan de Letrán, más comúnmente llamada del Obispo, en recuerdo de éste, su fundador, quien la mandó edificar para llevar a ella el cuerpo de San Isidro. Y yace en

ella don Gutierre en bellissimo sepulcro labrado en alabastro, así como el de sus padres, y el admirable retablo del altar mayor, por Francisco Giralte, amigo, paisano y colaborador de Berruguete, a quien ayudó en la labor de la sillería del coro de la catedral de Toledo, y cuya mano devolvióle su auxilio en esta obra madrileña, ignorada hasta para muchos habitantes de la corte, y una de las bellas muestras que del arte del Renacimiento existen en España.

No será menester apartarnos de esta magnífica obra de arte para continuar nuestro tema. La estatua orante del obispo don Gutierre está acompañada por una escolta de figuras de niños de coro, que le acompañan como en vida en su parada litúrgica en aquella misma capilla. Consta que uno de ellos es Rodrigo de Chopa, discípulo de la Escuela de los Estudios de la Villa. Condiscípulo de un altísimo ingenio, era el mejor de sus amigos. Aquel otro muchacho que asistía a las clases del estudio de la Villa, y más de una vez vistiera la sotanilla de niño de coro de la capilla del Obispo, como preparándose para ser paje del cardinal de Acquaviva, aquel otro niño cuya efigie se halla quizá junto a la de Rodrigo de Chopa, se llamaba sencillamente Miguel de Cervantes Saavedra.

Si no nacido en la propia villa de Madrid, venido al mundo en la inmediata de Alcalá de Henares, desde muy temprana edad vivió en la corte y formó su educación literaria aprendiendo humanidades en aquel Estudio de la Villa, donde asistía al aula de un gran madrileño, el maestro Juan López de Hoyos, historiador emérito, autor, entre otros libros, de la «Relación de la entrada de la reina doña Ana de Austria en Madrid», pero cuya gloria mayor se cifra en haber iniciado en las letras al que él llamó siempre su «muy caro y amado discípulo», y en el que su perspicaz atisbo vio, como en una pentecostés del genio, arder sobre su frente la llama de la inmortalidad.

Convengamos, amigos míos, en que aunque Madrid no hubiese hecho otra aportación más que esa a las letras y a la cultura española, habría sido suficiente para su honor y orgullo. Cervantes fue siempre un buen amorador de Madrid. En su obra recuerda con frecuencia lugares y costumbres de la Villa. Llega a tan

determinados localismos como cuando en el «Quijote», al tratar de la aventura de la cueva de Montesinos, cuando caminan él y Sancho, con el sabihondo primo de Basilio, y cuenta este extravagante inquisidor sus estudios de los Metamorfoseos, dice que él puede saber lo que fueron antes las fuentes del Caño Dorado y de la Priora. Ornato precioso la primera del antiguo prado de San Jerónimo, en cuyas vecindades vivió siempre Cervantes, y denominada así la otra por el famoso jardín de la Priora, parte del cual es la actual plaza de Oriente, y que recibía su nombre de la abadesa de Santo Domingo el Real, que tuvo como primera de ellas a la princesa doña Constanza, nieta de D. Pedro I de Castilla. En otros lugares habla de la fuente de Leganitos, donde hoy son los jardines de la plaza de España, escenario también de una aventura de Vicente Espinel, que relata en su «Vida del escudero Marcos de Obregón», y en cuyas vecindades hubo de vivir Mateo Alemán, el autor de la historia del pícaro Guzmán de Alfarache.

En «Rinconete y Cortadillo», Cervantes hace referencia al Lavapiés de Madrid, entre los famosos lugares del mapa bribiático de España, con la Montería, de Valladolid; el Aboguejo, de Segovia; el Zocodover, de Toledo; el Potro, de Córdoba; el Perchel, de Málaga, y la Macarena, de Sevilla, y en una de sus más bellas novelas ejemplares, «La Gitaniella», comienza la acción en el campamento de gitanos que había en las afueras de la puerta de Santa Bárbara, y describe una de las fiestas tradicionales de Madrid, ya suprimida, en que los errantes faraónicos, el día de Santa Ana, atravesaban la ciudad al son de sus panderos y de sus cánticos y bailaban sus danzas rituales en honor de la abuela de la Virgen en el pórtico de la veneranda iglesia de Santa María, la más antigua de la corte.

Cuando se le aherrojaba en Argel, de Madrid salieron y de su convento de la Trinidad, después de orar en la capilla del Ave María, que se conserva en la calle de Atocha, fray Juan Gil y fray Antonio de la Bella, los dos trinitarios consagrados a la redención de cautivos, que habían de volver a la libertad a Miguel de Cervantes, salvando así una vida preciosa y no permitiendo que quedase interrumpida una labor inmor-

tal. Unos trinitarios le redimieron en vida y unos trinitarios lo acogieron en su muerte, que en el convento de la calle de Cantarranas donde había profesado su hija y la de Lope, su constante enemigo, y cerca de la casa donde habitaba este Fénix de los Ingenios, halló su terrenal reposo y su eterna morada.

El Madrid de fines de los días de Felipe II y el pleno reinado de Felipe III, encuentra juntas a aquellas dos ingentes figuras, madrileño de adopción Cervantes, y de nacimiento fray Félix Lope de Vega y Carpio. Harto distintas, sin embargo, sus vidas. Asaetado Cervantes por las flechas de todas las desventuras, favorito continuamente Lope de los hados propicios. Las adversidades amargaron el ánimo de Cervantes, que desde las serenas alturas de su genio acabó por contemplar el mundo y los hombres con agridulce sonrisa. Lope, entretanto, atropellador de la vida, a caballo en el fogoso corcel de sus pasiones, vivió una continua exaltación del vivir con la amistad de los poderosos y el rendido amor de las mujeres. Sólo la gloria militar conoció en vida Cervantes superior a la de Lope. Ambos se vieron en grandes empresas navales cada uno. Pero Cervantes fue glorioso en Lepanto, y Lope uno de los oscuros soldados de la desastrosa armada que una ironía cruel había bautizado con el nombre de la Invencible. Lope gozaba de un éxito continuado. Su rivalidad era literaria y privada. Había comenzado ante la reja del histrión Velázquez, en la calle de Lavapiés, donde Lope había hallado una noche a Cervantes conversando con una de sus arrogantes hijas. Hubo una agresión en que Lope, colérico, abofeteó a Cervantes. Cervantes, sin embargo, no mató a Lope, lo que le hubiera vindicado plenamente, según el criterio de la sociedad de su tiempo. Por su parte, Lope cerró contra Velázquez y sus hijas en coplas y panfletos, que corrieron de mano en mano y de boca en boca en las cazuelas de los corrales, en las losas de Palacio y de la Victoria, en las casas de conversación, en las academias, en el mentidero de los comediantes y en el de San Felipe.

«Estas son tres,
estas son tres
las que empuercan el barrio
de Lavapiés.»



Y el Fénix de los Ingenios sufrió un proceso, y siguió en sonetos despectivos contra Cervantes, como el que terminaba diciendo que la gran obra cervantina sólo servía para que su papel se utilizara en determinados usos particulares y para envolver el género en las lonjas.

Pero la rivalidad de Cervantes y de Lope, ¡oh flaqueza de los grandes ingenios!, tenía al mismo tiempo un fundamento literario. Cervantes, que era un genio de la novela, ponía toda su vanidad en pretender ser un gran poeta lírico y un gran autor dramático. Y Lope, que era un sin par

poeta y dramaturgo, aspiraba, en cambio, a ser considerado sobre todo como novelista. Cervantes se extrañaba mucho de que su tragedia «Numancia» no obtuviese del público de los corrales el mismo favor que «El castigo sin venganza», «La dama boba» o «La Estrella de Sevilla», y después de sus mediocres rimas del «Viaje al Parnaso», retiró los elogios, seguramente insinceros, que había tributado a Lope. Lope, a su vez, al lado de su labor de monstruo de la poesía y del teatro, ponía su afán y su esmero en trazar la «Dorotea» y escribir novelas. Fuer-

za es, sin embargo, reconocer que dentro de los planes secundarios en que se desenvolvía la labor de cada uno, ajena a las disciplinas literarias en que culminaron, fue superior el novelista al Cervantes autor de tragedias, aunque no al Cervantes autor de primorosos entremeses.

Otros dos zaheridores tuvo Lope entre los grandes ingenios de su tiempo: Góngora y Quevedo. Hizo-le D. Luis aquel soneto dialogado que comienza:

«—Lope dicen que vino.—No es posible.
—Vive Dios que pasó por donde asisto.»

y que ante la insistencia de uno de los interlocutores termina poco poéticamente diciendo:

«—Císcome en él, en voz y en sus poesías.»

Quevedo atacaba a Lope porque era discípulo suyo el doctor Juan Pérez de Montalbán, contra quien escribió el libro satírico «La Perinola», para criticar el «Para todos» de Montalbán, que, aunque poeta menor, fue un no despreciable ingenio madrileño. La saña quevedesca le persiguió tenaz con sus epigramas. Decía de él que cuando fue a estudiar a Alcalá, por no echar más dinero a mal, no trajo también graduada la mula de alquiler que llevaba. Llegaba luego a negarle su título:

«El doctor, tú te lo pones;
el Montalbán no lo tienes;
conque quitándote el don,
vienes a quedar Juan Pérez.»

Y también, contemplando una pintura que representaba a San Jerónimo flagelado por los ángeles por leer libros profanos, exclamaba así:

«Los ángeles a porfía
al santo azotando están
porque en Cicerón leía.
¡Válgame Dios, qué sería
si leyese a Montalbán!»

Si Góngora y Quevedo coincidieron en maltratar a Lope, Quevedo luego cayó sobre el racionero de la catedral de Córdoba, que ciertamente en Madrid no hacía vida muy edificante y averiguóse que tenía abierto un garlito en su propia casa. Haciendo alusión a que su ascendencia no era tal vez muy claramente de cristianos viejos, decíale con un orgullo de hidalgo que presumía no tener sangre judaica:

«He de untarte mis versos con tocino
porque no me los muerdas, Gongorilla.»

Y cuando acompañó al rey Felipe IV en un viaje a Córdoba, aprovechó su paso por la patria de Góngora para su descripción burlesca de tal ciudad, en que decía, entre otras gentilezas, que había en ella

«Buenos caballos para ser mujeres,
buenas mujeres para ser caballos.»

Vanas rencillas de poetas, y que vistas al cabo de los tiempos muestran su inocuidad, ya que, a pesar de los ataques mordaces, ninguno logró destruir a ninguno, quedando demostrado que nadie estorba a nadie, y que cuando existe un positivo valer hay lugar para todos en la admiración y el respeto de la posteridad.

Fue siempre Lope de Vega un gran amorador de Madrid. Nació en la calle Mayor, frente a donde más de un siglo después, había de morir D. Pedro Calderón de la Barca. Haciendo una figura poética, decía que hubo de nacer pared por medio de donde Carlos V tuvo a Francia a sus pies, aludiendo con ello a la famosa torre de los Lujanes, donde según la tradición el emperador tuvo prisionero a Francisco I de Francia. En todo ello existía cierta hipérbole, pues no era una pared, sino el ancho de una calle lo que mediaba entre la casa de Luján y la nativa de Lope, y por otra parte ya ha quedado destruida la leyenda de que la tal torre fuese cárcel del rey de Francia, quien no se detuvo allí más que para recibir un agasajo que le ofrecía la familia del custodio don Hernando de Alarcón y seguir al Alcázar, donde tenía deparado, no lugar de prisión, sino amplio y libre alojamiento, como convenía, más que a la majestad del huésped, a la generosidad del hospedador.

Lope quiso siempre a su villa natal, aunque en algún rapto de mal humor hiciera de ella la satírica descripción en que, entre otras cosas, dice:

«Famoso ombligo de España,
en cuya circunferencia
la celestial influencia
con toda dicha acompaña.
Lugar que sin ocupar
trae a todo el mundo en palmas;
lugar de infinitas almas
porque no ocupan lugar.
Lugar donde en tantas suertes
parece tela de araña,
que pesca moscas sin caña
y deja animales fuertes.
Lugar donde tanta gente
vive de pedir prestado,
donde sólo es desdichado
el que no juega ni miente.
Y donde con vituperios
los soldados más cabales
comen en los monasterios,
mueren en los hospitales.»

Esta visión sombría y realista, que se prolonga en una relación de vibrantes redondillas, tenía mucho de cierto en aquellos días confusos de la trágica grandeza española. Y con su natural desdén por la necedad, fruta de todos los climas y de todos los tiempos, decía en otro de los versos de esa composición:

«Los prados en que pasean
son y serán celebrados.
Bien hacéis en hacer prados,
pues hay bien para quien sean.»

Pensamiento en que por el fondo y por la exposición coincidió el conde de Villamediana cuando dijo:

«Llego a Madrid, y no conozco el Prado,
y no lo desconozco por olvido,
sino porque me consta que es pisado
por muchos que debiera ser pacido.»

Pero Lope fue el único poeta que no maltrató al río de su pueblo, al que Quevedo llamaba

«Arroyo aprendiz de río».

Otro, aludiendo al monumental puente de Segovia, obra del propio Juan de Herrera, el arquitecto de El Escorial, hacía exclamar al Manzanares:

«Quítenme aquesta puente que me mata,
señores asistentes de la Villa.»

Y Tirso le decía:

«Como Alcalá y Salamanca,
tenéis, y no sois colegio,
vacaciones en verano
y curso sólo en invierno.»

Lope, más propicio a la ternura y más justo que ellos, cantó las márgenes del río, que en realidad lleva más agua de la que le concedieron los burlones y tiene cotos deleitosos en sus orillas, y el gran poeta hubo de soñar sus frondas nada menos que como paraíso mortal del divino Eros:



«Ninfas del Manzanares y pastores,
ya no hay amor, que aquí murió de
[amores.]»

En Madrid amó y en Madrid sufrió. Llama viva de amor, contrastó fray Félix con el dolor su vida. El dolor de sus amores muertos, el de su hijo mozo que, tumultuoso como él, pero menos afortunado, pereció en un naufragio, y el de su hijo niño, azucenica que segó la Descarnada. Volvió al fin sus ojos a Dios, que es el camino de Damasco, la senda final de todos los grandes pecadores y de casi todas las grandes pecadoras. Aun después de su magistral soneto «A Jesús Sacramentado», que es uno de los más bellos de la lengua castellana, todavía hizo desde el amor del cielo algunos retornos al de la tierra, y es seguro que los cielos no se lo hubieron de tomar en cuenta, porque el amor, si es grande amor, por humano que sea, siempre tiene mucho de divino.

Tan fecundo en ingenios era Madrid, que en las letras dramáticas no le dio cansancio el haber producido a Lope y aun pudo dar sin esfuerzo al Parnaso a Moreto y a Tirso. Nació y vivió D. Agustín Moreto en la calle del Clavel, esquina a la de Reina, en una casa, y permitidme otro inciso más, que a principios del siglo XIX había de tener una importancia que a vosotros, cubanos, puede interesaros. Allí era donde vivía la condesa de Jaruco, la bellísima cubana que era la más hermosa dama de la corte de Carlos IV. Al acontecer la invasión napoleónica, ella dominó a los dominadores, y el rey intruso José Bonaparte quedó rendido de amores ante la magnífica belleza de aquella flor del trópico. En la plenitud del idilio murió la condesa de Jaruco, y en tal sazón que debía ser el primer cadáver inhumado en el cementerio de la Puerta de Fuencarral, recién construido por Bonaparte, que prohibía los enterramientos en las iglesias, y cumplidas las ceremonias legales, la misma noche de la inhumación el bello cuerpo amado fue sustraído del nicho del camposanto y llevado a enterrar en el jardín de la casa de la calle del Clavel, donde todas las tardes, a la hora melancólica del crepúsculo, iba a llorar el rey José sobre la tierra que cubría los mortales despojos de la hermosa criolla.

En aquel mismo lugar había nacido D. Agustín Moreto. En el discreto de la frase y la elegancia del concepto era insuperable el autor

de «El lindo D. Diego». Su obra culminante es esa maravilla de «El desdén con el desdén», que fue plagada por Molière en su «Princesa d'Elide»; y aquí cabría otra larga disertación para demostrar cómo no es sólo en «El Cid», de Corneille, tomado de «Las mocedades del Cid», de Guillén de Castro, y en «Le menteur», tomado de «La verdad sospechosa», de Ruiz de Alarcón, y en otras obras hasta de autores secundarios nuestros, como Matos Frafo y Hoz y Mota, sino en una prolongada labor de adaptación en lo que los franceses del gran siglo espiaron desenfadadamente en el campo de los clásicos españoles.

Fray Gabriel Téllez, el admirable mercedario, que ha hecho inmortal su sobrenombre de Tirso de Molina, es representativo de otro aspecto de la poesía madrileña. Desde su celda del convento de la Merced, en la esquina de las calles de los Remedios y de Cosme de Médicis, donde hoy es un ángulo de la plaza del Progreso, el fraile sagaz atisbaba la vida, y desde un rincón del confesonario contemplaba el panorama de las almas femeninas que pasaban ante su consejo, y las cuales almas buceaba. Era el más realista de los poetas dramáticos de su siglo, y de las tristezas de la realidad se levantaba a veces hasta las más altas regiones del ideal. No hay dramaturgo moderno que haya creado tipos de mujer como «La villana de Vallecas» o como «Mari Hernández, la Gallega». Y desde la sutileza teológica de «El condenado por desconfiado», que se adelanta a los temas religiosos, filosóficos y morales, que habían de ser predilectos de Calderón, aquel gran madrileño, llega a la creación de una figura imperecedera en la literatura universal, y que, a pesar de sus diferentes interpretaciones, no ha sido en ninguna superada: a la del iniciador del tipo de Don Juan, en «Tan largo me lo fiáis», que es el título verdadero y primitivo de «El burlador de Sevilla», la fábula del «Convidado de piedra» y del eterno masculino, como podríamos decir en contraposición al eterno femenino de Goethe, ha quedado tan inmovible y fuerte que no ha podido hacerla vacilar Molière en el «Convidado de piedra», Byron en su «Don Juan», Espronceda en su «Estudiante de Salamanca», ni aun el propio Zorrilla, a pesar de haber dejado una obra maestra de teatro en su «Tenorio», que es, con «Don Alva-

ro», del duque de Rivas, y «El Trovador», de García Gutiérrez, lo más poderoso que queda del teatro hispano en la época romántica. Y no digamos de otras versiones posteriores del tipo, como «El marqués de Priola», de Lavedán, o «La conversión de Mañara», de Dicenta, en la que este admirable y brioso autor siguió la falsa leyenda que confunde a Don Miguel de Mañara con Don Juan Tenorio, cuando queda comprobado que el fundador del hospital de la Caridad en Sevilla no fue jamás un libertino arrepentido, sino que, casado muy joven, observó siempre vida piadosa y ejemplar. Y en cuanto a donjuanes, para seguir la lista, claro está que menos podríamos tener en cuenta el «Don Juan» dadaísta de Max Jacob, que hace tres o cuatro años fue publicado en una revista parisiense para espanto de incautos y deleite de socarrones.

Tirso dudó si debía o no debía salvar a Don Juan, como decididamente lo hace Zorrilla. En su ánimo fervoroso y en su discernimiento de sacerdote hallábase dispuesto a absolverle, cuando ante un confesonario de la Merced llegó una pobre mujer acompañada de tierñas y miserables criaturas, y hablóle de su desesperación al verse seducida y abandonada por el seductor. Fray Gabriel acudió al socorro del alma y del cuerpo de la desgraciada, y cuando conmovido por lo que acababa de oír y de ver subió a la celda donde le esperaba su manuscrito, creyó que debía condenar a Don Juan.

La plenitud del reinado de Felipe IV ofrece a dos madrileños, don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas y don Pedro Calderón de la Barca.

La corte decadente de los Austrias y el Madrid del Buen Retiro, con que el conde duque de Olivares pretende divertir de más altos cuidados al rey poeta, son los que dan a la literatura española esas dos enormes figuras. ¡Cuánto tiempo, sin embargo, ha pasado hasta que la figura del señor de la Torre de Juan Abad haya quedado despojada de una baja leyenda y brille con la ejemplar pureza que le corresponde. Durante más de dos siglos, Quevedo ha sido sólo el chistoso chocarrero y el poeta inmundo, procaz y chabacano que quisieron sus detractores. Todo ello tuvo un origen mezquino y una lamentable

explicación. Quevedo, caballero cristiano y creyente sincero, era el azote de los necios, y no dejaba de fustigar al ignorante padre Niseno, que desde su celda de los Basilios ejercía censura literaria, y del que el autor de «Pablillos» decía con gracia y con justicia que en su mismo nombre llevaba la doble negación de sabiduría. Flagelador de los impostores y mercaderes de la religión, satirizó en verso y prosa al exorcizador calabrés Jenaro Andreim, que en la iglesia de San Pedro el Viejo, y con la protección del nuncio, andaba a hisopazos con los demonios. En su «Vida del Buscón» satirizaba al clérigo avariento del camino de Alcalá, al ermitaño tahir de la posada de Cercedilla y al sacristán grotesco que hacía versos al señor San Corpus

Christi. Quevedo, gran español, soñaba con una patria mejor. Decía que Felipe IV, a quien los aduladores llamaban grande, lo era a la manera de los hoyos, que eran más grandes cuanto más tierra les quitaban, y al hablar de las coronas de la tierra decía que para ver el poco aprecio que Dios hacía de ellas no había más que ver en qué cabezas las colocaba. La Inquisición le persiguió y tachó sus escritos, y el conde-duque le dio larga y dura cárcel en el Alcázar de Segovia y en San Marcos, de León. La tiranía espiritual y la tiranía temporal eran sus enemigas y ambas estaban interesadas, no sólo en perseguir su persona, sino su obra y su prestigio. Y esa fue la labor negativa y detractora que iniciaron contra Quevedo y que se ha prolongado tanto tiem-

po, porque no hay cosecha más pródiga y repetida que la de la calumnia cultivada por el absurdo en los campos del vulgo.

Fue necesaria la edición completa y crítica de sus obras, que otro madrileño ilustre, también historiador de la Villa, don Basilio Sebastián Castellanos, comenzó a publicar en 1842, para que la figura del gran polígrafo apareciese tal como era y se desvaneciese la leyenda del bufón chocarrero. Entonces quedó marcado el gran novelista de costumbres que hizo la vida de «El gran tacaño», el hondo escritor de «Las zahurdas de Plutón» y «La visita de los chistes», el tratadista de «Política de Dios y gobierno de Cristo», el cronista de «Los grandes anales de quince días», el satírico de «Las cuentas del caballero



de la Tenaza», el historiador de la «Vida de Santo Tomás de Villanueva», entremesista jocoso y el altísimo poeta de los nueve libros de las musas, insuperable en sus romances y autor del más perfecto soneto que existe en lengua castellana, aquel de versos que suenan a bronce y se ven como de mármol y que escribió a la muerte de su amigo el gran duque de Osuna.

Don Pedro Calderón no hizo, en cambio, daño alguno a los intereses terrenales y nada estorbó a su buena fama en la vida ni en la muerte. En literatura, igual que en arte, hay modas, y así como el Greco estuvo despreciado y casi ignorado hasta fines del siglo XIX y Murillo perdió entonces un auge que ahora por cierto vuelve a ganar, así también Calderón, que durante el siglo pasado era admirado como merecía entre los dramaturgos de la decimoséptima centuria y aun venerado como el primero de ellos, hubo de sufrir luego un eclipse en su gloria, que recientemente vuelve a mostrarse luminosa, indiscutible y clara. Esta rememoración se debe a los alemanes, que en su labor crítica y prácticamente con representaciones en sus teatros han exaltado la obra calderoniana. Yo estuve hace tres años en Berlín en un teatro donde llevaban tres meses representando noche tras noche, a teatro lleno, «El alcalde de Zalamea», esa obra, por cierto, que Calderón había tomado de Lope, quien fue el primero que llevó al teatro el episodio de Pedro Crespo. Sin embargo, el drama de Lope no ha vuelto a representarse y el que ha quedado es «El garrote más bien dado» y «El alcalde de Zalamea» que sobre él escribió don Pedro Calderón, demostrando una vez más lo cierto de la teoría de que en literatura es lícito el robo cuando va acompañado de asesinato.

«La vida es sueño». «El mágico prodigioso», «La devoción de la cruz», las concepciones filosóficas, religiosas y morales de que antes hice mención, son con las comedias de enredos, como «La dama duende» y «Casa con dos puertas», las obras calderonianas que perduran sobre aquellas otras como «El médico de su honra», en que se ensombrecía la vida y la sociedad se hacía imposible por un funesto y equivocado criterio del honor. Y no quedaría completa la referencia si no se hiciera la de los primorosos entre-

meses de Calderón, no menores en importancia a los de Cervantes, parejos a los donosísimos de don Luis Quiñones de Benavente y de don Francisco Lanini, que demuestran una vez más que no hay género que sea pequeño por sus dimensiones, y en la breve observación de las escenas populares cabe tanto arte y es posible tanta gloria como en las más sublimes y emocionantes tragedias.

Dos líricos considerables dio también el Madrid de aquellos tiempos a la literatura española. Uno de ellos, don Juan de Tassis, el conde de Villamediana, que aunque nacido accidentalmente lejos de la corte, en ella vivió siempre y en ella encontró la muerte de todos conocida. Una leyenda más conviene desvanecer a este respecto. La de sus amores con la reina. En Madrid existe todavía en una plazuela del Retiro un ciprés secular, que una tradición, desde luego muy bella, asegura que creció regado por las lágrimas que doña Isabel de Borbón derramaba por la muerte de Villamediana. Largo tiempo le duró el dolor y tuvo contenido su llanto, porque el conde Villamediana fue muerto en 1622 y el Retiro no existió hasta ocho años después. Por otra parte, era él hombre más que maduro cuando le mataron, y la gentil francesita tenía diecisiete años y un joven marido de diecinueve, y rey de España por añadidura, con lo que es de creer que no anduviese muy rendida de amores para corresponder a la tardía y osada pasión del mordaz poeta.

Villamediana era cruel. Su musa no era simpática. Se ensañaba con el caído y con el perseguido por alguna desventura que tal vez no le era imputable. Hizo, desde luego sin querer, el presagio de la afrentosa muerte de don Rodrigo Calderón cuando en una fiesta de toros le vio disputar con Verdugo, el capitán de la guardia:

«Pendencia con verdugo y en la plaza:
mala señal, por cierto, le amenaza.»

Y después de que un azar fatal hizo que se cumpliera la profecía, no tuvo piedad del marqués de Siete Iglesias, cuya ejemplar dignidad en la muerte trascendió hasta el proverbio y le dedicó este epitafio:

«Caminante, el paso ten:
aquí yace Calderón,
que en robar y morir bien
se parece al buen ladrón.»

Despreciaba al alguacil Vergel, casado con liviana esposa, y le hizo blanco de sus sátiras en la descripción de una corrida donde decía aquello de:

«¡Qué galán salió Vergel
con cintillo de diamantes,
diamantes que fueron antes
de amantes de su mujer!

Mal gobierno fue, por Dios,
sabiendo que se embaraza
la fiesta, echar en la plaza
los toros de dos en dos.»





Todo esto es gracioso, ciertamente, pero ningún chiste más fácil ni menos envidiable que el que surge a costa de una desventura del prójimo. Sobrábale veneno y le faltaba altura serena para llegar a Marcial.

Otro lírico es el delicado y espiritual poeta don Francisco de Borja, nieto del santo que fue marqués de Lombay y enamorado caballero de la emperatriz Isabel, la vista de

cuyo desfigurado cadáver le llevó al sacerdocio primero y a los altares después. Borja, nacido en Madrid, en la calle de Rebeque, cerca del Alcázar, es el príncipe de Esquilache, virrey del Perú, donde fue protagonista de una dramática aventura que narra Ricardo Palma, y enriquecedor del Parnaso español con tan tiernas e inspiradas canciones que parece un hijo espiritual de Lope de Vega.

Dos dramaturgos madrileños don José Cañizares y don Antonio Zamora, son los últimos destellos de la gloria escénica española en aquel siglo, que conforme caminaba a su fin parecía llevar la decadencia de las letras al mismo ritmo de la dinastía austriaca. La guerra de Sucesión impone con el nuevo siglo la nueva dinastía, y el Madrid de los «Sueños» de don Diego de Torres sucede al de su maestro don

Francisco de Quevedo. Tras el breve reinado de siete meses en que Luis I y Luisa Isabel de Orleáns, los dos reyecitos, juegan al trono como una prolongación de sus diversiones infantiles, el reinado de Felipe V se prolonga múltiples años, y durante él, si bien España se rehace, las letras y las artes duermen. Es decir, hay una poesía que se desenvuelve. La poesía popular, que se conserva en los cantares de las niñas que juegan al corro, en las solanas de invierno, en las frondas estivales de las mañanas del Retiro o en las noches veraniegas del Prado y de la plaza de Oriente, junto al caballo de bronce de la estatua de Felipe IV, que cantó Hartzenbusch y que tiene en su historial el haber sido dibujado su boceto por Velázquez, compuesto su proyecto escultórico por Martínez Montañés y fundido en Florencia por Pedro Taoca.

No puede hablarse de la aportación de Madrid a las letras españolas sin mencionar esos poemas anónimos dados al viento por poetas desconocidos. Hay alguno del siglo XVI:

«La niña
que vino de Sevilla
y trajo
un delantal muy majo.
Ahora
como se le ha perdido,
la niña llora.»

Otro, que es reminiscencia picaresca del siglo XVII:

«Me casó mi madre,
me casó mi madre
chiquitita y bonita,
¡ay!, ¡ay!, ¡ay!,
con un muchachito
que yo no quería.
A la medianoche
el pícaro se iba.
Yo le vi venir
por la calle arriba,
la capa terciada,
la espada tendida.»

Ella ha oído sus galanteos a la otra, y sabe que sólo le esperan paños y mala vida.

Cuando la ronda, y cuando los corchetes se llevan al mal hombre, él sabe decir a la ofendida esposa:

«Perdóname, María,
boquita de piñón,
que por ti me llevan
a la Inquisición.»

El reinado de Felipe V es el que más huella deja en esa bellísima literatura folklórica:

«Quisiera ser tan alto
como la luna
para ver los soldados
de Cataluña.
De Cataluña vengo
de servir al rey
con licencia absoluta
de mi coronel.
¿Ha visto usted a mi marido
en la guerra alguna vez?
Mi marido es un buen mozo,
gentilhombre aragonés,
y en la punta de la lanza
lleva un pañuelo bordés.»

Y el diálogo del romance termina con la triste nueva de que el buen mozo murió, según sabe el soldado que viene de Cataluña, y en dos viejos cantares queda igualmente el recuerdo de aquella campaña a la que marchó el rey, dejando el cetro en Madrid en manos de su esposa:

«Yo no soy reina,
yo no soy reina;
soy mujer de un soldado
que fue a la guerra.»

Y el otro, que dice:

«Cuando Felipe Quinto
montó a caballo,
la reina de los cielos
le dio la mano.
Toma esta rosa;
toma, Felipe Quinto,
para tu esposa.»

La estancia en España del general Malborough, el Mambrú de las canciones infantiles, queda recordada en una variada literatura popular de ese período, no siempre con la seriedad que merecía el célebre caudillo; pero su nombre figura en el estribillo de una de las más bellas composiciones de este género:

«A Atocha va una niña,
carabí,
hija de un capitán,
carabí, hurí, hurá.
Elisa, Elisa de Mambrú.
¡Qué hermoso pelo tiene!
Carabí,
¿quién se lo peinará?
Carabí, hurí, hurá.
Elisa, Elisa de Mambrú.
Se lo peina ella misma,
carabí,
con peine de cristal,
carabí, hurí, hurá.
Elisa, Elisa de Mambrú.
La niña ya se ha muerto,
carabí,
la llevaron a enterrar,
carabí, hurí, hurá.
Elisa, Elisa de Mambrú.
La caja era de oro,
carabí,
la tapa de cristal,
carabí, hurí, hurá.»

Elisa, Elisa de Mambrú.
Encima de la tapa,
carabí,
un pajarito va,
cantando el pío, pío,
cantando el pío, pa.»

¿Qué misterioso poeta pudo ser el autor de esta elegía tan honda, en su sencilla forma popular, que es imposible oírla sin conmoverse, recordando a la infeliz Elisa, la pobre niña, que era hija de un capitán y que iba a rezar a Atocha?

Sólo es comparable a éste, otro cantar de corro que se canta modernizado y que está lleno de belleza en esa variante en que llora la muerte de la reina Mercedes:

«—¿Dónde vas, Alfonso Doce,
dónde vas, triste de ti?
—Voy en busca de Mercedes,
que ayer tarde no la vi.»

Mercedes ha muerto, y la copla dice que en su cortejo

«cuatro duques la llevaban
por las calles de Madrid».

Canción que, aplicada a un tiempo en que las calles madrileñas estaban ya cruzadas de tranvías, manifiesta cómo la poesía tiene poder para el embellecimiento y la espiritualización de las épocas todas.

Y es lo curioso que tal canción se halla en su aspecto original en una comedia casi desconocida de Guillén de Castro, que tiene por asunto la alevosa muerte que en el Real de Valencia dióse de orden de la reina doña María o doña Margarita de Híjar, amante de don Alfonso V de Aragón. El rey se hallaba en aquel momento de cacería en Liria, y ve caer una paloma ensangrentada, lo cual considera augurio en una gran desdicha. Y vese a un pastor que canta una canción trágica, en que también pregunta:

«¿Dónde vas, triste de ti,
que la tu querida prenda
ayer tarde no la vi.»

Refiere cómo lo que era blanca y fragante azucena se ha convertido ya

«en un cárdeno alelí».

Y habla del entierro, en que

«las andas que la llevaban,
eran de ébano y marfil,
y el paño que la cubría,
y el paño que la cubría,
rico paño carmesí».

Y el observador se sorprende viendo cómo aquella vieja canción medioeval del reino de Aragón duerme un sueño de siglos, para re-

aparecer en Madrid, cantando las exequias de una reina de hace cincuenta años.

La primera mitad del siglo XVIII transcurre, pues, sin un verdadero florecimiento de las letras que pudiéramos llamar académicas. A los derroches de inspiración y alardes de forma que hicieron brillante el siglo XVII, sucede el frío neoclasicismo, que encierra el verso en las medidas helénicas, y renueva los sáficos adónicos y las anacreónticas. Es la hora de los preceptistas, de los Iriarte, de Samaniego, de Forner y de Hermosilla. Pero entre aquella frialdad surge en Madrid un episodio que adelante en medio siglo al romanticismo de Werther o de René, o de los poetas de tumba y hachero que hicieron la primera revolución literaria del siglo XIX.

Fue su protagonista el poeta José Cadalso, el que hizo las «Cartas Marruecas», imitando las «Persas» de Montesquís, y escribió generalmente una literatura jocunda. Enamoróse locamente de una actriz, María Ignacia Ibáñez, y la muerte vino a cortar súbitamente esos amores. Fue enterrada la histrionisa en el cementerio de la iglesia de San Sebastián, en la calle de las Huertas, y aquella noche el poeta introdujose en el templo, sobornó al sacristán y levantó la losa sepulcral para ver una vez más el rostro de la amada. La ronda interrumpió la maniobra. Cadalso fue perseguido y el escándalo fue grande. No tuvo, sin embargo, consecuencias graves, y el poeta, que vivió siempre bajo la ilusión de aquel episodio, escribió entonces sus «Noches lúgubres», predecesoras de las «Noches tristes» de Young; y consagrado a sus deberes marciales, acabó muriendo heroicamente, como coronel de Artillería, en el sitio de Gibraltar, en ocasión de ocupar un puesto de peligro donde se hallaba sustituyendo a un compañero de armas a quien le correspondía encontrarse allí en aquel momento y que le había rogado que ocupara en tal instante su lugar.

El Madrid de la rivalidad entre los coliseos del Príncipe y de la Cruz, y sus contiendas entre chorizos y polacos; las tertulias de las librerías, con sus pedantones y sus afeites; el de la perversión del gusto literario con los dramones de Luciano Francisco Comella o su anquilosamiento por las tragedias a

la francesa, aunque entre ellas se llegara a un modelo impecable como la «Raquel», de don Vicente García de la Huerta, deja, sin embargo, a salvo la pureza literaria de los madrileños. Hay dos buenos líricos: Álvarez Cienfuegos y don Nicolás Fernández Moratín, de quien las antologías conservarán siempre sus quintillas de la descripción de una antigua corrida de toros:

«Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso
por ser el natal dichoso
de Alimenón de Toledo.
Su bravo alcaide Aliatar,
de la hermosa Zaida amante,
las ordena celebrar,
por si la puede ablandar
el corazón de diamante.»

Pero la mejor obra del que entre los árcades de Roma era Flubisto Thermodonciaco; tan apasionado de la fiesta taurina que, además de la descripción antes comentada, hizo muy seriamente una oda con este encabezamiento: «A Pedro Romero, torero insigne»; la mayor obra de don Nicolás hubo de ser su hijo don Leandro, renovador del buen gusto en el teatro español. Fue don Leandro Fernández Moratín solitario y misántropo por naturaleza. Era un espíritu melancólico que reducía su sociedad a contado número de personas, porque su exquisitez le lanzaba a buscar una isla en que refugiarse para salvarse de los mares de estupidez que suelen abnegar la vida. Jovellanos conoció pronto su mérito y le encomendó a Cabarrús para que le acompañase en su viaje a Francia. Con el padre, pues, de la famosa Teresa, otra madrileña famosa, nacida en una de las quintas carabancheleras inmediatas a la corte, fue a París Moratín. Era en las vísperas de la Revolución, y a pesar de que allí contaba con esa su paisana, que había de ser llamada Nuestra Señora de Termidor, regresó a España. En su segundo viaje a París llegó al hotel de Francia y de los Príncipes, próximo a la plaza Favart, en plenas escenas termidorianas y aún se afirma que vio pasar bajo sus ventanas, clavada en una pica, la cabeza de la princesa de Lamballe, a quien él, cuatro años antes, había visto sonreír en las fiestas cortesanas del Triunfo. Horrorizado huyó de París y recorrió casi toda Europa, fijando

su permanencia durante algún tiempo en Bolonia, donde se hizo una edición de sus obras. Vuelto a España, el favor del príncipe de la Paz —y justo es vindicar la memoria de don Manuel de Godoy, a quien tanto debe la cultura de su tiempo, propulsor de las artes y de las ciencias— le sirvió de ayuda, y más tarde, en cambio, le señaló al furor popular, llegando un día en que, perseguido como afrancesado, abandonó su casa de la calle de Fuencarral cuando las turbas amenazaban asaltarla. En Francia vivió los últimos años de su vida, en Burdeos primero, como Goya, a quien puede ser en varios aspectos comparado, y últimamente en París, donde el 21 del próximo mes de junio se cumplirá el centenario de su muerte, y a mí me cabe el honor de que esa fecha no pase inadvertida, pues he hecho un llamamiento, bien acogido por los escritores franceses, para que ese día unos cuantos camaradas de uno y otro lado del Pirineo nos reunamos y coloquemos la ofrenda de unas flores sobre la puerta de la casa en que murió aquel gran madrileño que se llamó don Leandro Fernández de Moratín.

Durante sus estancias en España hacía vida recoleta en su residencia de Madrid, y buscando mayores soledades, adquirió una casa en Pastrana, cerca del horrible desierto de Bolarque, mansión que usurpan a las fieras hombres desengañados y penitentes, como él dice recordando esos lugares en sus maravillosos comentarios al «Auto de fe de Logroño, celebrado en 1610», en que terminó el proceso de las brujas de Zugarramundi; y aquella casa de Pastrana, el hombre que pasaba por misántropo y que, como cuantos se encierran en una intensa vida interior sentía más eficazmente la tristeza del dolor ajeno y la solidaridad humana, la legó a la Inclusa de Madrid para que sus propietarios fuesen los niños sin padres y sin amparo.

Moratín, como renovador, porque estaba dotado de la privilegiada luz del genio, pudo, a pesar de su tesón en imponer las tres unidades escénicas de acción, de lugar y de tiempo, estrecha norma nociva a la obra de arte, crear obras imperecederas como «La comedia nueva», «El café» y «El sí de las niñas», comedia llena de agri dulce emoción.

Pero al mismo tiempo que él y en plano inferior, ciertamente, hay otro madrileño que ilustra la historia del teatro con sus sainetes primorosos, donde la vida popular de la corte, los petimetres ridículos, las usías presumidas, los fandangos de candil y las rivalidades de la majeza entre los manolos de Lavapiés y los chisperos de San Antón y del Barquillo aparecen en cuadros que no desmerecen en equivalencia artística al lado de los pintorescos motivos de los tapices goyescos. He nombrado a don Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla, desdeñado y combatido por los pedantes de su tiempo, pero cuyo arte ingenuo y vivo conserva la eterna lozanía que no consiguieron los autores de una labor insincera y falsa.

Pero toda aquella sociedad cae y se transforma a partir de la abdicación de Carlos IV, en el motín de Aranjuez, el 19 de marzo de 1808. No son sólo el príncipe Fernando, que va a ser rey, y la francesada, que se acerca, quienes llegan. Es sencillamente que aquel día comenzó la transformación de nuestra sociedad, la revolución española, de la cual la guerra de la Independencia fue la fase primera. Aquella guerra era épica, y necesitaba un Tirteo que la cantara, y un madrileño, don Manuel José Quintana, fue el poeta de la libertad, el de la libertad del territorio y el de la libertad ciudadana.

Moratin, el perfecto clásico, moría en París precisamente cuando era la aurora esplendorosa del sol de Víctor Hugo, que de su infancia y educación en Madrid había llevado a su patria el germen del romanticismo que impuso con un drama de origen y de ambiente español.

En Madrid, al estreno de los primeros dramas de Hugo y de Dumas corresponden los de «El Trovador de García Gutiérrez», del «Don Alvaro» del duque de Rivas y de «Los amantes de Teruel» de Eugenio Hartzenbusch. He aquí el hijo de Madrid, que aparecía en primera línea, sumándose al nuevo movimiento literario. Movimiento de origen madrileño, ya que todo él salía de aquel famoso Parnasillo, el café contiguo al teatro del Príncipe, que posteriormente ha servido de local para la contaduría del teatro Español, hasta que en mal hora ha desapa-

recido el año último para la ampliación de las obras del coliseo municipal.

Pero el romanticismo de Madrid el primero de los románticos, Mariano José de Larra. Fue a su tiempo algo de lo que habían sido a los suyos Quevedo y Moratín. Polifacético su genio, poeta, novelista, autor dramático y crítico certero y agudísimo, Larra no sólo fue romántico por haber pontificado en tal escuela literaria, sino que al troñar en su mano la pistola de Werther, enrojeció con su sangre el sello de su ejecutoria de poeta.

Y al mismo tiempo que el romanticismo tiene Madrid su antirromántico. Espíritu burgués y ordenado, sagaz observador en quien se acusaba la socarronería que suele aparecer en el carácter madrileño al lado de las mayores exaltaciones líricas, don Ramón de Mesonero Romanos, buen amante de su pueblo, protector del aspecto de muchos embellecimientos de la ciudad, historiador demasiado discreto de su pueblo y demasiado somero, como si temiera profundizar y dilatar su historia, es, desde luego, en los artículos de costumbres donde tiene su gloria mayor. Estudiador de Jouy, el ermitaño de la Chaussée d'Antin, propúsose imitar al costumbrista parisiense, haciendo a la vez la crónica de sus observaciones callejeras de la corte de España, y en eso si acertó plenamente «El Curioso Parlante». Hablista excelente, continuador de los clásicos, no tenía necesidad de haber buscado en el modelo de Jouy lo que tradicionalmente tenía en casa, con proseguir, aplicada a su tiempo, la tarea de dos costumbristas madrileños del siglo XVII, como fueron Francisco Santos, en su «Día y noche de Madrid», y Juan de Zabaleta en su «Día de fiesta», suma de cuadros que hacen revivir toda una sociedad. «El panorama matritense» tiene su equivalencia pictórica en los lienzos y dibujos de Alenza, el hijo pictórico de Goya. En alguno de ellos, como en «El alquiler de un cuarto» y «De tejas arriba», están los trazos de sainetes que pudieron haber sido continuación de los de don Ramón de la Cruz.

Llegamos a épocas tan cercanas a nosotros, que no merece la pena de detenerse en ellas, ni el tiempo empleado en la disertación consiente una demora mayor en prolon-

gar el tema. Cabe, sin embargo, recordar que cuando hace ya una cincuentena de años se inicia el neoclasicismo en el teatro, es otra vez un gran madrileño el que realiza su imposición. Don José Echegaray, tan combatido hace unos años como ensalzado antes, es a quien hoy día una crítica serena no puede menor de reconocer su atisbo genial en las concepciones dramáticas, y como no en vano influyó en el movimiento literario de sus días, ni es posible disputarle la justicia con que ocupa un lugar en la historia de aquel período. Al mismo tiempo, así como a Moratín corresponde don Ramón de la Cruz, al teatro dramático de Echegaray corresponde al sainetesco de Ricardo de la Vega, cuya importancia artística no es menor, ni aún dentro de su género cede a la propia obra del autor de «Las castañeras picadas» y «La casa de Tócame Roque».

Como cumpliría a un historiador, yo puedo y debo terminar, aquí mi misión panorámica de las aportaciones de Madrid a la literatura española, terminando donde acaba la labor de los literatos que ya murieron. No obstante, aunque rápidamente, habrá que citar en el siglo XIX a dos escritores que, sin haber nacido en Madrid, realizaron labor madrileña, como Joaquín Dicenta en «Juan José» y el gran Galdós en su admirable labor novelesca. Otro sainetero, hijo de Madrid, que compartió con Ricardo de la Vega los aplausos por sus obras, vive todavía, el venerable Tomás Luceño. Después de la transformación que Echegaray hizo del teatro, como a fines del siglo XVIII la había realizado Moratín, otro madrileño ha verificado en el novecientos una renovación teatral: Jacinto Benavente. Madrileño es Gregorio Martínez Sierra, que tiene un característico género escénico. Los cuadros populares expresados en la forma clásica del romance han tenido sus cultivadores en José López Silva y en Antonio Casero. La novela psicológica y la amorosa sentimental están cultivadas por José Francés y Pedro Mata. La evocación histórica tiene también a Diego San José. La lírica, a Carrere, a Fernández Ardavin, muy superior en su obra lírica a su posterior producción dramática un tanto arbitraria, y a otros poetas como Mauricio Bacarisse y Cipriano Rivas Cherif,

entusiasta laborador este último por un teatro independiente y nuevo y alma de los intentos de ello que se llaman «El cántaro roto» y «El mirlo blanco», compañías de literatos actores que unas veces en el coliseo del Círculo de Bellas Artes y otras en el privado de la casa de los Baroja, representan obras escritas con amplio criterio estético y fuera de la rutina que suelen seguir los empresarios teatrales.

Y para evitar la autorreferencia podría remitir vuestra atención a algunas obras como la «Historia de la literatura española», de Julio Cezador, o los tomos de «La nueva literatura», de Cansinos Assens, para eludir el citarme a mí mismo en lo que yo pueda haber hecho, y en esos libros se estudia la poesía, la

crónica literaria y novela madrileña.

Hasta el último instante literario son también madrileños los que dan la norma de diversas orientaciones. Se ha quedado, sin embargo, como casi clásica la reunión de Pombo, donde asisten Ramón Gómez de la Serna y José Gutiérrez Solana, este último escritor a la vez que pintor y tan fuerte y original en sus cuadros escritos como en los que se deben a su paleta, que hace unos años asustaban a los viejos senados y hoy tienen un lugar en los museos oficiales. El vanguardismo es madrileño también. Hijos de Madrid son los que hacen «La Gaceta Literaria» y quienes, disidentes de ella, predicán y practican nuevas ideas literarias. Nuevos procedi-

mientos, mejor dicho. Y en los que ahora, como en todas las edades, resultará que lo que esté bien estará bien siempre a despecho de esta o la otra manera de expresión, y lo que está mal, no habrá modernidad ni moda que lo salve.

Y nada más, nada más sino agradecer a Hispano-Cubana que me haya prestado su tribuna. Yo soy un peregrino de ideal que camina los senderos del Mundo y se siente feliz cuando encuentra un oasis en su camino o una tienda fraterna para descansar bajo su sombra. Y he encontrado ese oasis, y el techo acogedor me ha dado su cobijo. Muchas gracias. Muchas gracias.

P. DE R.



A LA SOMBRA DE LA HUMILDE ENCINA

EL CEMENTERIO DE EL PARDO

ARTE MODERNO EN UN CAMPOSANTO TRADICIONAL



Más que una capilla de cementerio parece una ermita serrana. La piedra, como elemento tradicional, admite el sobrio adorno de una vidriera. El arco de la espadaña hace juego con el de la hornacina de la Virgen.

El sepelio de los restos mortales del capitán general don Camilo Alonso Vega en el cementerio de El Pardo, dio ocasión a millares de madrileños de conocer este sagrado recinto, cuyas particularidades son muy dignas de reseñar.

El mantenimiento de los viejos camposantos de los municipios anexionados a Madrid es una norma muy de alabar de los que dirigen la política de cementerios en nuestro Ayuntamiento. En Madrid estamos acostumbrados a esas enormes necrópolis como la Almudena o el gran cementerio de Carabanchel que encogen el ánimo. Sin embargo, junto a estos grandes recintos se mantienen en servicio otros pequeños, de pueblo, donde existe un ambiente recogido, íntimo y familiar.

Entre todos los que aún existen en Madrid destaca el de El Pardo. Se trata de un cementerio construido recientemente. El arquitecto municipal don Miguel Angel Esteve trazó los planos de este recinto que se abre en un paisaje que ya empieza a ser serrano. En lugar de cipreses, las encinas castellanas ponen su nota sobria.

La construcción es de piedra de granito, típica de estos parajes. A ambos lados de la puerta, dos ángeles de hierro forjado montan la guardia del Camposanto. Dentro ya van surgiendo tumbas que se acogen a la sombra de las encinas.

LA CAPILLA

Otro arquitecto municipal, don Vicente Baztán, ha trazado los planos de esta capilla de planta cuadrada,



El Juicio Final, representado en esta magnífica vidriera de hormigón traslúcido, pone una nota de singular polícromía en el recinto de la capilla.

con presbiterio rectangular y atrio, concebida al modo tradicional. Su capacidad es de 60 personas. En la cripta, de más reducidas dimensiones y donde se ha dispuesto un enterramiento.

Exteriormente la capilla viene a ser como una ermita serrana, construida con sillares bien labrados de piedra barroqueña, coronada por una espadaña y rematada por una cruz. Una amplia escalinata, tam-

bién de piedra, facilita el acceso al interior. Los tejadillos están recubiertos de pizarra. Interiormente el aspecto es de una sobria y serena decoración, en la que se combina admirablemente el elemento tradicional de la piedra de sillares simétricos, con mosaicos de especial belleza.

Es de destacar que el Ayuntamiento no ha regateado medios para dotar a esta pequeña capilla de ele-

mentos de primer orden que la configuran como un pequeño muestrario del arte ornamental moderno. La capilla está presidida por un Cristo tallado en nogal por el escultor Federico Coullaut-Valera. Se trata de un Cristo muerto tratado magistralmente en su anatomía y que viene a estar en la línea de los Cristos a la española, trágico en su serenidad. Es un Cristo que aun cuando ha sucumbido a la muerte, espe-

ra la próxima resurrección, esperanza y símbolo de todos los que dormirán piadosamente bajo su sombra.

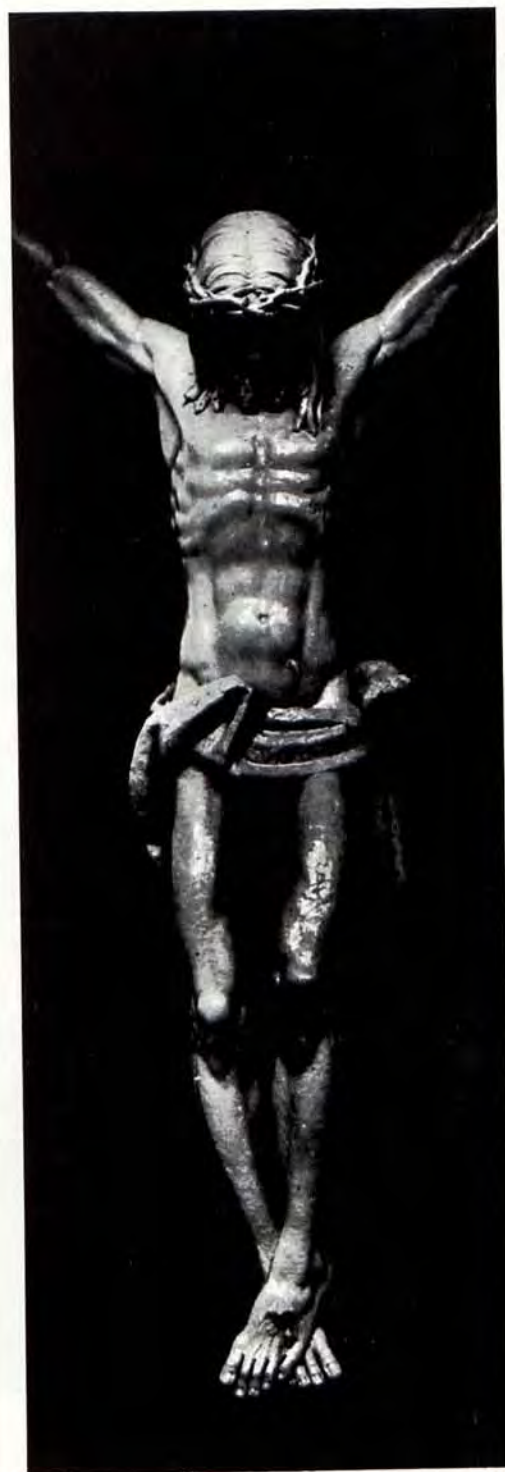
El lateral derecho de la capilla está totalmente ocupado por una vidriera de hormigón traslúcido que representa el Juicio Final. A continuación, otra en la que se ve la Ascensión del Señor, ilumina el presbiterio. El efecto cromático de estas vidrieras, por las que se filtra el fuerte sol madrileño, se refuerza con el sorprendente efecto orna-

mental de la techumbre, en la que se combina el artesonado de madera con mosaico dorado. Este mosaico es obra de Santiago Padrós, recientemente fallecido, autor del que adorna la cúpula de la Basílica del Valle de los Caídos.

Pendiente del artesonado, una gran lámpara de dos metros de diámetro, simboliza una corona de espinas. Es de bronce, obra de la artista Susana C. Polac. De esta misma artista son los seis apliques de alabas-



La Virgen del Carmen, en estilizada imagen que ha superado el barroquismo tradicional. La Virgen y el Niño muestran una melancólica expresión llena de ternura.



El Cristo, tallado en nogal por Coullaut Valera, junto a su perfecto estudio anatómico, muestra la serenidad ante la muerte, aceptada libremente.

tro de los muros laterales y el sagrario de bronce. El acceso a la capilla se hace por una verja de hierro que ocupa todo su frente, obra de J. L. Alonso Coomonte, que representa la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles. Perpendicularmente a esta verja hay una puerta del mismo autor, así como los faroles del atrio.

En la fachada principal de la capilla existe un nicho sobre la que se alberga la Virgen de Covadonga, obra en hierro forjado del magnífico escultor José Espinós, autor entre otras obras de la gran verja de acceso a la Basílica del Valle de los Caídos. El prematuro fallecimiento de este gran artista impidió que terminase personalmente toda la obra que tenía proyectada para esta capilla. No obstante, la verja que separa la cripta de la escalera que a ella baja, procede de sus talleres y fue realizada de acuerdo con el croquis que él mismo realizara.

La escalera de que hemos hecho mención va cubierta con bóveda tabicada de cañón, decorada profusamente con mosaicos también obra del artista catalán Padrós. La cripta es de planta cuadrada, de seis metros de lado, con bóveda por arista y cuatro bóvedas de cañón laterales. Todas estas bóvedas van también recubiertas de mosaico, obra de Padrós. La del prebisterio es una composición en la que se representa la Ascensión de la Virgen a un lado y a Santa Teresa, San Pablo y Santiago, al otro. El sagrario de esta cripta es de estaño, obra de Susana C. Polac, quien también ha realizado en el mismo material seis apliques situados en esta cripta.

Preside el conjunto una imagen de la Virgen del Carmen, obra de Fernando Cruz Solís, uno de los artistas que trabajaron en la decoración del Valle de los Caídos. La imagen, esculpida en piedra de Cobedo mantiene al Niño de pie, casi enteramente desnudo, sobre sus rodillas. El Niño tiene en su mano izquierda el escapulario del Carmen. Es una talla verdaderamente deliciosa, tradicional y moderna al mismo tiempo. Las paredes de la cripta son de granito rosa y el suelo de granito verde.

La carpintería de la cripta y de su sacristía ha sido ejecutada en pino y nogal por Núñez, autor asimismo del artesanado de la capilla. El mobiliario procede de la Fundación Generalísimo Franco.



El interior de la capilla, junto a la sobriedad de la piedra de los muros laterales, muestra la policromía de las vidrieras y de los mosaicos de la bóveda. El conjunto resulta muy decorativo.

De esta somera descripción que hemos hecho de esta capilla del cementerio de El Pardo se desprende su importancia como muestra de la arquitectura religiosa moderna perfectamente enraizada en una tradición y un estilo. Esta capilla sobria, pero bellamente decorada, podemos decir que está en la misma línea, salvando naturalmente todas las distancias, que la Basílica del Valle de los Caídos, que tantas veces hemos tenido que mencionar a lo largo de este artículo. La piedra, tratada al modo tradicional de estos pueblos serranos, se combina perfectamente con los modernos elemen-

tos decorativos compuestos por cemento traslúcido y vidrios de colores. Los mosaicos, magistralmente ejecutados, ponen su nota colorista y tradicional en las bóvedas.

Al salir de la capilla, el cielo siempre azul de El Pardo, pone también su nota de perennidad junto al verde humilde de la encina castellana. Con este cementerio, realmente íntimo, no tenemos esa visión sobrecogedora que nos proporcionan las grandes necrópolis modernas con sus inmensas planicies sembradas de cruces.

MARIO GONZALEZ MOLINA



